



CASARSE
CON
UN
Marqués

SARAH MALLORY *escribiendo como*
MELINDA HAMMOND

Casarse con un marqués

por

Melinda Hammond

Contenido

[Casarse con un marqués](#)

[Copyright](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

Copyright

© 2007 y © 2017 Melinda Hammond

Publicado por primera vez en tapa dura por Robert Hale Ltd. con el título:

Un romance racional

Todos los derechos reservados.

Se ha hecho valer el derecho moral del autor.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito del autor.

Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor: este libro electrónico tiene licencia para su disfrute únicamente. No debe revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, regréselo a Amazon y compre su propia copia.

Esta es una obra de ficción. Los personajes e incidentes son ficticios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con cualquier persona o incidente real es pura coincidencia y no es la intención del autor.

Diseño de portada de JD Smith Design.

CAPÍTULO UNO

—Maldito seas, Ullenwood. Ganaste de nuevo.

Elliot Malvern, séptimo marqués de Ullenwood, sonrió mientras extendía la mano y tiraba del montón de fichas hacia él.

—Es la suerte de las cartas, Ashby.

—Y estas pasadas siete noches has tenido más de lo que te correspondía —gruñó sir James Ashby—. Ojalá me hubiera quedado en el campo.

—Tonterías, James —murmuró el marqués, con un brillo de diversión en sus duros ojos—. ¿Para jugar a los palitos chinos o a lanzar la pelota con tus sobrinos? No lo creo.

—Tienes razón, por supuesto —dijo sir James con tristeza—. Siempre estoy feliz de pasar la Navidad con mi hermana, pero después de una semana tengo ganas de volver a la ciudad.

—Sin duda le dijiste que tenías trabajo que hacer —murmuró el marqués.

Sir James le señaló con el dedo.

—Puedes burlarte, Elliot, pero siempre hay algo que hacer en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Y no creas que la paz con Francia ha facilitado las cosas. Maldita tontería absurda. No puedo soportar pensar en ello.

—Entonces no lo hagas —replicó lord Ullenwood—. En lugar de eso, concéntrate en las cartas. Eso podría mejorar tu juego.

—Hay pocas posibilidades de que eso suceda cuando estás en tan buena racha —gruñó sir James. Hizo una señal al lacayo para que volviera a llenar su vaso—. Tienes una suerte endemoniada con las cartas y las mujeres, Elliot. Lo primero lo atribuyo a tu intelecto. Y lo último, bueno, para mí es un misterio: las amas y las dejas, y aún hay más, listas para caer a tus pies.

—A las que... mmm... amo y dejo, como tú lo expresas tan elocuentemente, James, les va muy bien mientras están bajo mi protección.

—Pero ninguna de ellas permanece bajo tu protección por mucho tiempo.

—No. En cuanto empiezan a aburrirme, les doy su *congé*.

Un caballero con una peluca empolvada resopló. —Eres un demonio de corazón frío, Ullenwood.

—Simplemente racional, Leighton. La emoción nubla el cerebro. No permito que mis amantes tengan tanto poder sobre mí. —Él sonrió—. Me gusta tener la cabeza despejada cuando juego.

—Hablando de juegos de azar —dijo sir James—, supongo que mañana por la noche estarás en casa de Northby. Se habla de que la partida va a ser muy alta. A partir de medianoche.

—Podría pasar por ahí.

—He oído que Northby está bastante agotado. Los alguaciles se acercarán a él en cualquier momento —comentó el señor Leighton, el caballero de la peluca.

—Entonces, ¿por qué asistir? —preguntó sir James.

—¡Mi querido Ashby, todos a los que les gusta el juego alto estarán allí! —gritó un baronet corpulento—. El Brook's y el White's estarán vacíos mañana por la noche.

—Entonces esperemos que la velada esté a la altura de lo que promete —murmuró lord Ullenwood. Se quitó los pliegues de las muñecas y cogió una baraja nueva—. ¿Otro juego, caballeros?

Las ventanas de la gran casa resplandecían de luz, iluminando el impresionante pórtico, pero no había antorchas encendidas en los bordes del camino. Aunque la oscuridad podía ocultar las hierbas que invadían la grava, no podía disimular los baches, y los últimos metros del viaje resultaron muy incómodos para los ocupantes de los distintos carruajes que se detenían en la entrada. Lord Ullenwood entró en el gran salón y fue conducido al Salón Rojo, un gran apartamento en el primer piso, donde fue recibido en la puerta por sir James Ashby, quien contemplaba la escena con el ceño fruncido.

—Buenas noches, Elliot. ¿Qué crees que planea Northby esta noche? No invitaron a damas ni prepararon cena.

El marqués se encogió de hombros y sus agudos ojos examinaron la escena.

—Northby dedicará la noche a jugar, Ashby. La comida y las damas no serían más que una distracción.

—¡Maldita sea, hasta en Almack's ofrecen cena!

—No tengo ninguna duda de que sobrevivirás, amigo mío. —Lord Ullenwood extendió la mano, tomó una copa de vino de la bandeja de un camarero que pasaba y tomó un sorbo—. Al menos el vino es tolerable.

Su anfitrión se acercó en ese momento y los caballeros se giraron para saludarlo.

—Lord Ullenwood, sir James. —Lord Northby se inclinó rígidamente, su porte erguido contradecía su avanzada edad.

—Mi lord. —Sir James hizo un gesto hacia la sala abarrotada—. Todo un éxito, señor.

Los labios de lord Northby se curvaron. —Sí, todos los jugadores de la ciudad están reunidos en mi casa esta noche. Llegan bastante rápido si existe la posibilidad de ganar una fortuna.

—¿Tenía algún motivo especial para esta noche, mi lord? —preguntó el marqués.

—Pronto lo sabrán —murmuró el anciano, antes de alejarse.

—¡Bien! —exclamó sir James, observando la figura de su anfitrión que se alejaba—. Con un comportamiento extraño y disparatado. Vaya, ha convertido la casa en un exitoso lugar de juego por una noche. A decir verdad, nunca me ha gustado mucho ese tipo. Perro viejo y orgulloso, demasiado hosco para mi gusto. Y hace unos meses hizo algunos comentarios terriblemente cortantes sobre uno de mis chalecos. No lo he olvidado.

Los ojos de lord Ullenwood se dirigieron hacia la creación de llamativos diseños que se exhibía bajo el oscuro abrigo de noche de sir James.

—Notable —murmuró—. Bueno, ya que estamos aquí, ¿nos uniremos a la partida?

Con tantos caballeros de ideas afines en el Salón Rojo, el marqués tuvo que elegir entre una mano de piquet con un conocido cercano o unirse a un grupo decidido a jugar al faro. De otras mesas llegaba el ruido de las cajas de dados, pero mi lord decidió empezar con el piquet. La charla inicial en la sala pronto se apagó, reemplazada por murmullos tranquilos, y sólo las llamadas de los repartidores y los ocasionales gritos de júbilo o gemidos de desesperación rompían la tensión. Las velas estaban a punto de arder en sus casquillos cuando el marqués se dirigió a la mesa de juego. Las copiosas cantidades de vino habían hecho efecto en los presentes, muchos de los cuales estaban desplomados en sus sillas, roncando suavemente.

—Aquí viene Ullenwood —lo saludó el señor Leighton con una sonrisa turbia—. ¿Quiere jugar, mi lord?

—Creo que el marqués considera al *hazard* su juego particular. —Sir James Ashby levantó su copa—. Bueno, Elliot, ¿te unirás a nosotros?

Lord Ullenwood miró alrededor de la mesa. Una docena de caballeros lo observaban,

incluido su anfitrión. Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Les diré por qué no —se burló uno, un caballero pelirrojo con mirada de descontento en sus ojos claros—. Últimamente, la fortuna le ha sonreído a Ullenwood.

—Si no deseas jugar contra mí, Granthorpe, puedes levantarte de la mesa —dijo el marqués. El señor Granthorpe se puso de pie.

—Lo haré. No apostaré contra ti en el *hazard*, Ullenwood. Ya he perdido más que suficiente esta noche. —Con una reverencia, se giró y se alejó, balanceándose ligeramente.

—No te preocupes por Granthorpe —dijo sir James—, está borracho como una cuba. Ven, soy lanzador y he apostado por un seis. ¿Te enfrentarás a mí?

Los dados se lanzaron una y otra vez: se apostó, ganaron y perdieron hasta que la caja de dados fue entregada a lord Ullenwood. Tiró su apuesta sobre la mesa, apostó por un siete y lanzó los dados.

—¡*Quatre-trey*! —declaró sir James—. Maldita sea, Elliot, lo has robado. ¡Maldita sea tu racha ganadora!

Lord Ullenwood continuó lanzando y la pila de fichas y notas escritas a mano apiladas en la mesita a su lado crecía constantemente. Los caballeros apostaron su última ficha y luego abandonaron la mesa, gimiendo mientras el marqués seguía ganando.

—Parece que su señoría no puede perder —comentó su anfitrión.

Lord Ullenwood arrojó otra apuesta sobre la mesa.

—El juego favorece a aquellos que pueden calcular las probabilidades, mi lord, usted lo sabe. —Cogió la caja de dados y la sacudió suavemente.

—Bueno, hombre, diga un número —exigió lord Northby con impaciencia.

—Siete.

—Yo voy —dijo lord Northby, igualando la apuesta del marqués.

Con un experto giro de muñeca, lord Ullenwood giró la caja y los dos cubos de marfil bailaron sobre la mesa.

—*Quatre-deuce*, seis —exclamó alegremente sir James—. Ja, Elliot, tal vez tu suerte por fin está cambiando.

El marqués sonrió. —Esto no puede durar para siempre, James.

—Apuesto a que no puede volver a lanzar eso y obtener otro siete —dijo lord Northby.

El marqués recogió los dados y los volvió a dejar en la caja.

—¿Cree que no?

Con una sonrisa, cogió la mesita y vertió su contenido sobre el tapete verde. Un grito ahogado recorrió la mesa.

—Elliot, ¿has perdido la razón? —protestó sir James.

—No, James, pero me aburro. —Miró alrededor de la mesa—. ¿Alguien quiere igualar mi apuesta?

Se hizo el silencio y luego lord Northby se inclinó hacia adelante. Lentamente, el anciano metió la mano dentro de su abrigo y sacó un documento de pergamino, doblado y sellado.

—Conmigo es todo o nada —dijo—. No tiene sentido apostar algo que no puedo cubrir, así que aquí está. Mi oferta final. —Colocó el documento encima de la pila—. Mi casa y todo lo que hay en ella, Ullenwood.

Un murmullo de sorpresa recorrió la mesa. Un caballero de rostro sonrojado y vestido con un abrigo color violeta sacudió la cabeza en señal de protesta.

—No, mi lord, no puede...

Lord Northby se volvió hacia él, gruñendo.

—¡Haré lo que quiera en mi propia casa, maldito seas!

El marqués esperó pacientemente hasta que los murmullos se calmaron. Luego miró al otro lado de la mesa.

—Mi lord, le ruego que lo considere antes de hacer esto.

Lord Northby se levantó. —Lo he considerado, señor. Mi casa y todo su contenido. —Su labio se curvó—. Fíjese, Ullenwood, esto significa todo: mis perros, mis sirvientes... y mi maldita nieta. ¿Aceptará?

Los dos hombres se miraron. El rostro del marqués estaba impasible.

—Nunca he rechazado una apuesta, mi lord —dijo al fin.

—Muy bien entonces. Haga su jugada.

Los dados tintinearón en la caja de cuero y bailaron sobre la mesa mientras los espectadores contenían la respiración. Un siete haría a lord Northby el ganador, un seis le daría todo al marqués.

—*Quatre-cinque*, ¡nueve!

—Mi querido James, todos somos capaces de sumar los números —murmuró el marqués, mirando a su amigo con dolor. Cogió los dados y volvió a lanzarlos. Los pequeños cubos salieron de la caja con cierta fuerza y uno rebotó en el borde de la mesa antes de detenerse frente a lord Northby.

Se hizo un terrible silencio alrededor de la mesa.

—*Cinque-ace* —dijo lord Ullenwood—. Mi apuesta, creo.

Nadie respondió. Lord Northby contempló los dados durante unos minutos, luego echó hacia atrás su silla y se puso de pie con rigidez.

—Felicitaciones, mi lord. —Hizo una reverencia, se giró y salió lentamente de la habitación. Cuando la puerta se cerró detrás de él, comenzó el parloteo.

—Bueno, pero si será... —Sir James se secó la frente con un gran pañuelo rojo y miró a lord Ullenwood.

—Por Dios, Elliot, nunca te había visto tan tranquilo.

El marqués estaba mirando el pergamino, cuyo sello rojo brillaba a la luz de las velas.

—¿Por qué no debería estarlo? —dijo lentamente—. Yo tenía poco que perder. En cuanto a Northby... hablaré con él por la mañana.

—Yo diría que fue el brandy —opinó sir James—. Bebió bastante. Dios mío, ¿qué fue eso?

—El disparo de una pistola —respondió bruscamente el marqués.

Un silencio momentáneo siguió a la fuerte respuesta, pero ahora las sillas estaban volcadas cuando los caballeros se levantaron de un salto y se dirigieron como uno solo hacia la puerta. Lord Ullenwood se abrió paso a empujones y se acercó a un desconcertado lacayo que estaba en el rellano.

—¿Dónde está lord Northby?

—En... la biblioteca, señor. ¡Se ha pegado un tiro!

Llamaron a un médico, pero todos sabían que ya era demasiado tarde. Los invitados regresaron al salón para reanimarse con más brandy del muerto mientras lord Ullenwood se hacía cargo de la situación.

—¿Y quién más debería hacerlo? —preguntó el señor Granthorpe—. Después de todo, esta casa es suya ahora, mi lord.

Lord Ullenwood recogió el documento que aún estaba sobre la mesa de *hazard* y rompió el sello. Extendió el crujiente pergamino sobre la mesa y lo estudió, frunciendo el ceño.

—Parece que mi lord había planeado esto: se parece mucho a un testamento, en el que yo soy el único beneficiario. —Suspiró—. Haré que mi propio abogado lo revise mañana.

El mayordomo se acercó a él y le hizo una reverencia.

—Mi lord, la señorita Beaummarsh le ha pedido que le conceda unos momentos.

—¿Quién diablos es la señorita Beaummarsh? —preguntó sir James.

—La nieta de lord Northby, señor —respondió el mayordomo con tono rígido.

Lord Ullenwood volvió a doblar el pergamino.

—Será mejor que cuides esto por mí, James. Volveré en breve.

Siguió al mayordomo hasta el siguiente piso y por un estrecho pasillo hasta una pequeña habitación llena de libros. Allí, sentada ante un escritorio, encontró a una joven de pelo oscuro y vestido gris. Estaba estudiando un gran libro de contabilidad, con una pluma entre sus dedos manchados de tinta. Parecía tan menuda que al principio pensó que debía ser una niña, de quince años como máximo, pero luego levantó la vista y se dio cuenta de su error. El rostro, con sus cándidos ojos grises que lo miraban fijamente, era el de una mujer joven. Dejó el bolígrafo y se levantó.

—Eso es todo, Royd. Por favor, déjanos.

Después de despedir al mayordomo, se volvió hacia lord Ullenwood. Estaba pálida, pero parecía perfectamente serena. Su cabello oscuro estaba recogido en un moño apretado en la parte posterior de su cabeza, sin adornos ni cintas. Su aspecto sobrio le pareció totalmente apropiado para la ocasión.

—Señorita Beaummarsh. ¿Puedo decirle cuánto lamento que nos encontremos en estas trágicas circunstancias?

—Gracias —dijo en voz baja—. No fue del todo inesperado. Me preguntaba qué haría el abuelo si perdía su apuesta.

—¿Sabía lo que estaba planeando?

—Oh, sí. —Se acercó a una silla a un lado de la chimenea vacía y le indicó que tomara asiento enfrente—. Mi abuelo me lo informó ayer por la mañana. Dijo que o recuperaría su fortuna o lo perdería todo.

—Entonces, ¿tal vez también sabrá por qué me eligió *a mí* para asumir su apuesta?

Nuevamente, esos ojos grises se encontraron con su mirada sin inmutarse.

—Todo el mundo conoce al rico lord Ullenwood, con su fortuna, sus caballos de carreras y —hizo una pausa—, sus mujeres. Si el abuelo admiraba a alguien, creo que le admiraba a usted. Siempre decía que jugaba limpio. —Sus cejas oscuras se arquearon ligeramente—. Está usted conmocionado, mi lord. ¿Quizás no conocía bien a lord Northby?

—No, señorita Beaummarsh, no lo hice.

—Entonces se lo explicaré. Era excéntrico y muy egoísta —dijo sin rodeos—. Durante años ha estado vendiendo la tierra y apostando su fortuna. Luego, cuando tuvo que pagar, descubrió que no quedaba nada salvo la casa, un poco de la finca. Y yo. —Suspiró—. Soy, *era*, una triste decepción. Como única pariente del abuelo me correspondía a mí redimir a la familia. Me casaría por una fortuna y tendría un heredero varón que podría tomar el apellido y continuar con la familia, pero cuando me presentaron a los dieciocho años *no* acepté, ya ve. Las deudas de Northby son tan grandes que eclipsaron las ventajas de casarse con un linaje que se remonta al Conquistador. Y como puede ver, no soy ninguna belleza para tentar a un pretendiente.

—No.

Ella rio. —¡No es necesario que sea tan franco, mi lord!

—¿Qué? Oh. —A pesar de sí mismo, se encontró sonriendo—. Mis disculpas, señora, estuve de acuerdo en que las deudas de su familia serían una desventaja, no quise insultarla.

—Le creo. Pero, por favor, dígame, ¿qué pasará ahora?

Él frunció el ceño. —No estoy seguro. Debo considerar la legalidad de ese documento.

—Oh, es perfectamente legítimo —lo interrumpió—. El abuelo llamó a su abogado para que lo redactara, quedó muy satisfecho con el resultado.

—Lo siento mucho —dijo—. Está usted en una situación muy difícil. No quisiera empeorar las cosas para usted.

De nuevo esa risa contagiosa. Parecía realmente divertida.

—Lord Ullenwood, he vivido durante los últimos cinco años bajo el control de un tirano de poca monta. Le cuidé la casa, hice todo lo posible para mantener a raya a los acreedores y actué como su anfitriona cuando fue necesario, lo cual no era frecuente. ¿Qué podría hacerme que pudiera ser peor que eso? A menos que —añadió pensativamente—, quiera violarme.

—Sea lo que sea que haya oído sobre mí, señorita Beaumarch, ¡no *violo* a jóvenes inocentes!

—Me alegra escucharlo, lord Ullenwood.

Él la miró fijamente, preguntándose si se estaba riendo de él, pero ella encontró su mirada feroz con una mirada inocente.

—Muy bien, entonces, señorita, entonces, ¿no hay nadie a quien pueda recurrir, ninguna tía o prima?

—Ninguna que yo sepa. Puede que haya algunos parientes lejanos, pero ¿por qué querían ayudarme? No, tendré que hacer mi propio camino en el mundo. Tengo un poco de dinero ahorrado, debe ser suficiente hasta que pueda encontrar una manera de ganarme la vida. —Se levantó, como para poner fin a la entrevista—. ¿Quizás me conceda uno o dos días para hacer mis arreglos?

Se encontró diciendo: —Me gustaría mucho que se quedara aquí por el momento, señorita Beaumarch. Si se determina que ese documento es legal y yo soy el propietario de la casa, necesitaré que alguien cuide la casa por mí hasta que decida qué hacer con ella y haga un inventario completo.

Ella asintió. —Por supuesto. Haré todo lo posible para darle satisfacción, mi lord.

Ella estaba de pie frente a él, con las manos entrelazadas y los ojos bajos, pero nuevamente tuvo la clara impresión de que ella se estaba riendo de él y cuando habló lo hizo con más dureza de lo que había pretendido.

—Por favor, permanezca en esta habitación hasta que haya despedido a todos. —Inmediatamente, se arrepintió de su tono frío. La muchacha acababa de perder a su abuelo. Dijo amablemente—: He mandado llamar al médico, aunque no puede hacer nada por Lord Northby. ¿Quiere que la atienda cuando llegue? —Él tomó su mano—. Quizás pueda darle algo que le ayude a descansar.

—No, señor, pero le agradezco su consideración. Estoy perfectamente bien. —Él sintió los dedos revolotear entre sus manos y ella dijo, un poco tímidamente—: Créame, mi lord, siento mi situación bastante terrible, pero no soy alguien que se derrumbe fácilmente. Sin duda encontrará mi falta de sensibilidad bastante... impropia.

Él se llevó los dedos a los labios.

—Al contrario, señorita Beaumarch. Después de los acontecimientos de la última hora, me siento enormemente aliviado.

Al regresar al Salón Rojo, el marqués descubrió que la mayoría de los invitados ya se habían ido y les pidió a los demás que hicieran lo mismo.

—Mal negocio, Elliot —dijo sir James, sacudiendo la cabeza—. Te llamaré mañana, quiero decir, hoy, en caso de que pueda ser de utilidad.

—Gracias, James. Ven y cena conmigo. Me voy a casa a dormir hasta entonces.

El señor Granthorpe pasó tranquilamente.

—Dije que la suerte te sonreía, Ullenwood —se burló—. No sólo has ganado una propiedad considerable, sino que además cuentas con la nieta de Northby. Una brazada acogedora, ¿verdad?

En un movimiento suave, el marqués se giró, su mano derecha formó un puño y aterrizó con un efecto devastador en la barbilla de Granthorpe, enviándolo al suelo.

—Por Dios, señor, responderás por eso —jadeó Granthorpe, levantándose sobre un codo.

—No lo haré. Ya ha habido bastante locura esta noche como para culminarla con un duelo. Vete a casa y mójate la cabeza, Granthorpe.

Cuando finalmente lord Ullenwood partió, todos los rastros de la noche habían desaparecido del cielo y la oscuridad había dado paso a un amanecer helado. Se detuvo junto a su carruaje y miró hacia la casa. La implacable luz de la mañana mostró cuán deteriorado se había vuelto el edificio.

—El ganador se lo lleva todo —murmuró—. Una mansión en ruinas, una propiedad que ha sido desangrada y una pobre niña a la que habrá que mantener. —Saltó al carruaje—. Maldita sea, si eso no hace que uno quiera renunciar al *hazard*. ¡Vámonos, John!

CAPÍTULO DOS

Rosamund estaba de pie junto a la ventana del rellano superior cuando el carruaje de lord Ullenwood apareció en el camino de entrada al día siguiente. Las bahías emparejadas se abrieron paso sobre la superficie irregular y desaparecieron de la vista bajo el enorme pórtico.

—¡Señorita Rosamund, señorita Rosamund, él está aquí, señorita! —La voz entrecortada de la camarera la precedió, pero pronto apareció a la vista y subió los últimos escalones hasta el rellano.

—Meggie, si has venido a anunciar la llegada de lord Ullenwood, preferiría que lo hicieras de una manera más digna —dijo Rosamund, arrebujiándose más en su chal—. Gritar en las escaleras no es algo aceptable en ningún establecimiento, excepto quizás en una taberna.

—Sí, señorita, lo siento, señorita. —Meggie hizo una desgarrada reverencia y se secó nerviosamente las manos en el delantal.

Rosamund se permitió una leve sonrisa.

—Sí, bien. Tendrás que recordarlo, Meggie, si queremos encontrarte un puesto en la casa de un caballero.

—Oh, señorita, ¿realmente cree que nos despedirán a todos?

Rosamund estaba segura de ello, pero no quería preocupar a los sirvientes más de lo necesario, así que meneó la cabeza.

—Eso es lo que voy a descubrir —fue todo lo que dijo al salir de la habitación.

Le llevó varios minutos bajar al vestíbulo de entrada y encontró al mayordomo rondando al pie de la gran escalera.

—Lord Ullenwood la está esperando en el Salón Rojo, señora.

—Gracias, Royd. Creo que deberíamos ofrecerle un refrigerio al marqués.

—Su señoría ya ha pedido coñac, señorita, y ratafía para usted —dijo el mayordomo evitando su mirada—. Ahí es donde iba cuando la vi.

—¿Con qué derecho...? —Se interrumpió Rosamund, mordiéndose la lengua para evitar un arrebató indecoroso. Se recompuso—. Entonces ve a buscar coñac, Royd, pero nada de ratafía. Beberé... champán.

Royd pareció un poco sorprendido por esto, pero al ver la luz marcial en los ojos de la señorita Beaumarsch no dijo nada y se fue a cumplir sus órdenes. Rosamund cruzó el pasillo y se detuvo brevemente para dejar su grueso chal de lana sobre la consola. Era un envoltorio útil y necesario en las frías habitaciones superiores de la mansión. Vio su reflejo en el gran espejo encima de la consola y suspiró. Sabía que el crepé negro no le sentaba bien; era el vestido que había usado cuando sus padres murieron varios años antes, antes de que los vestidos de cintura alta y los materiales diáfanos se pusieran de moda. El corpiño rígido era demasiado holgado para su delgada figura y la hacía parecer aún más consumida, para nada la mujer segura que quería retratar. Se pellizcó las mejillas para intentar añadir un poco de color y se metió un mechón de pelo detrás de la oreja, aunque sabía que no había nada que pudiera hacer con los círculos oscuros bajo sus ojos. Resueltamente, cuadró los hombros y entró en el Salón Rojo.

Lord Ullenwood estaba de pie junto a la ventana, contemplando el parque. Cuando ella entró en la habitación, él se giró.

—Lamento haberlo hecho esperar, mi lord.

—No importa. —Esperó hasta que ella cerró la puerta tras de sí y luego dijo bruscamente—: Debería haber un lacayo para hacer eso. ¿Dónde está?

—Se ha ido, señor.

—¿Desapareció?

—Mi abuelo despidió a los sirvientes hace semanas, cuando ya no pudo pagarles. Sólo tenemos a Royd, el mayordomo y unas cuantas criadas. —Su barbilla se alzó desafiante—. Contratamos a los sirvientes para esa última fiesta.

—¡Qué demonios hicieron! ¿Qué...? —se interrumpió cuando un discreto rasguño en la puerta anunció la llegada del mayordomo con refrigerios.

Rosamund se acercó a una silla. —¿No quiere sentarse, mi lord?

El marqués eligió una silla enfrente y señaló la mesa a su lado. —Deja la bandeja ahí, yo me encargo.

—Sí, su señoría me servirá, Royd, gracias. —Rosamund habló muy deliberadamente, reacia a permitir que el marqués controlara los procedimientos.

Cuando la puerta se cerró detrás del sirviente, lord Ullenwood le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Champán, señorita Beaumarch?

—Sí, tomaré un vaso, gracias. —Sonrió, como si no entendiera su pregunta.

Esperó pacientemente mientras él abría la botella, observando la forma en la que sus fuertes manos manejaban el corcho. Echó un rápido vistazo a sus duras facciones y el pensamiento cruzó por su mente que no sería prudente provocar a este hombre, o esos delgados dedos podrían encontrar su camino alrededor de su garganta. Ella se deshizo de esa imagen y le dedicó otra sonrisa mientras él le entregaba un vaso.

—Creo que antes de continuar, señorita Beaumarch, debo informarle que es muy poco probable que herede esta casa, a pesar del testamento de su abuelo.

—Lo sé. —Se sonrojó un poco bajo su dura mirada—. Estuve considerando el asunto después de que usted se fue. No cabe duda de que mi abuelo se pegó un tiro y, por lo tanto, creo que su patrimonio pasará a la Corona.

—Eso es correcto. Lo siento.

Rosamund inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y luego tomó un sorbo de champán mientras él continuaba.

—Mis abogados podrían impugnarlo, por supuesto, porque hay testigos que declararán que gané la casa y la propiedad en una apuesta poco antes de la muerte de lord Northby, pero creo que todo debe venderse para saldar sus deudas y no me gustaría arrastrar el nombre de su abuelo ante los tribunales.

—No, por favor, olvídalo, —dijo rápidamente—. ¿Qué me importa si Northby Manor le pertenece a usted o a la Corona?

—Lo siento mucho, señorita Beaumarch.

Ella levantó la mano como para ahuyentar su simpatía.

—No importa.

El silencio se cernía sobre ellos. Lord Ullenwood se aclaró la garganta.

—Daré instrucciones a mis abogados para que hagan todo lo posible para retrasar la confiscación de la casa. Nos dará, perdón le dará a usted, un poco de tiempo, pero no tengo muchas esperanzas. Será mejor que prepare a su personal para lo peor.

—Ellos ya lo esperan, mi lord.

—Debe tener cuidado: en estos casos los sirvientes a veces pueden volverse un poco... descuidados con las propiedades de su amo. —Como para ilustrar este punto, un rayo de sol de la mañana iluminó de repente la habitación, brillando como un faro sobre un aparador y mostrando claramente dos círculos redondos en el polvo. No cabía duda de que el marqués lo había visto—. ¿Ha desaparecido algún objeto, señorita Beaumarch?

—No. —Rosamund tranquilizó su conciencia diciéndose que eso no era mentira, ya que ella misma había quitado los candelabros esa mañana y se los había regalado a la amante de su abuelo. Después de todo, la pobre mujer no recibiría otra recompensa por sus años de fiel servicio. Sintió que el marqués la miraba y añadió—: Pero se lo preguntaré a Royd. —Tomó otro sorbo más grande de su vaso—. Tal vez le gustaría ver el cuerpo.

—¿El cuerpo?

—Mi abuelo —dijo—. Se encuentra en la capilla privada.

—¿Ha organizado el funeral?

—Está previsto para el miércoles, aunque todavía no he enviado los avisos.

—No necesita hacer nada más. Enviaré a mi hombre hoy, puede dejarle todo a él con seguridad. Pobre niña, no es de extrañar que luzca tan demacrada.

Ella retrocedió ante su simpatía. —Tengo asesores, señor.

—Oh, ¿quién?

—El señor Sykes, es el abogado de mi abuelo y...

—¿Y?

Ella le lanzó una mirada de disgusto.

—¿No es eso suficiente? Además, no tengo que responder ante usted.

—Oh, si tiene que hacerlo. Lord Northby la confió a mi cuidado.

—Eso no es necesario: soy mayor de edad.

—La última vez que nos vimos me dijo que no tenía a quién recurrir.

—¿Eso hice? Qué poco caritativo de su parte recordarlo.

—¿Cree que ésta es una ocasión para la frivolidad, señorita Beaumarch?

—¿Preferiría que cayera en la histeria?

Lord Ullenwood no parecía contento. Él la miró con el ceño fruncido por un momento, luego se levantó y caminó hacia la ventana.

—También dijo..., si me disculpa mi poco caritativo recuerdo, señorita Beaumarch, que buscaría una manera de mantenerse.

—Sí. —Ella frunció el ceño ante sus manos, apretadas con fuerza alrededor de su vaso—. Desde entonces he pensado un poco más en ello, y lo que realmente me gustaría es involucrarme en los negocios, o... en la política: ser empleada o secretaria de algún caballero importante. —Lo miró con una mirada esperanzada—. Tal vez podría presentarme a ese caballero, lord Ullenwood. Mi educación fue muy buena, incluida una buena comprensión del latín y el griego, y leo mucho. Me considero un ser muy racional, estoy segura de que estaría a la altura de la tarea.

El marqués cerró los labios con firmeza ante la respuesta que le vino a la mente. En cambio, dijo amablemente: —Sin duda usted estaría a la altura, señorita Beaumarch, pero en general los hombres temen a las mujeres inteligentes y desconfían de ellas cuando se involucran en negocios o política. Sería mejor que buscara un puesto como acompañante o institutriz.

Sus cejas se arquearon.

—Sin duda tiene una pariente anciana que necesita que alguien la recoja y la lleve. O mejor aún, ¿sabe de una familia que tiene una guardería llena de niños? Una situación así podría

mantenerme empleada durante muchos años.

—No tengo conocimiento de tales puestos —replicó—. La idea de que usted sea empleada en cualquiera de las dos situaciones es bastante espantosa.

—Entonces estamos de acuerdo, mi lord. Pero ese no es el punto. Debo hacer *algo*.

—Muy bien —dijo—. Entonces será mejor que se case conmigo.

CAPÍTULO TRES

Si Rosamund no hubiera estado sentada en ese momento, pensó que se habría desmayado. Ciertamente, el mundo pareció inclinarse de manera alarmante durante unos momentos y sólo pudo mirar a lord Ullenwood, preguntándose si lo había escuchado correctamente.

—Parece horrorizada ante la perspectiva, señorita Beaumarch. ¿Soy tan repulsivo?

Un color cálido inundó sus mejillas.

—¿Horrorizada? No, no es eso, solo que. —Respiró hondo—. No esperaba esto, mi lord. ¿Puede... *realmente* quiere casarse conmigo?

Ella lo observó mientras él comenzaba a pasear por la habitación, con el ceño ligeramente fruncido mientras buscaba palabras.

—Señorita Beaumarch, debo casarme con *alguien*. Mi familia lo espera, es más, me lo exige. Mi riqueza significa que no tengo necesidad de estar con una novia rica y como no tengo a nadie más en mente...

Su labio se curvó. —Muy halagador, mi lord.

Se detuvo frente a ella y se puso de pie, mirándola a la cara.

—Hablemos sin rodeos. En este momento, soy el objetivo de todas las madres casamenteras y en la búsqueda de un yerno rico, algunas de ellas harán todo lo posible. Es bastante agotador estar evadiendo constantemente sus trucos y estratagemas. No sólo eso, sino que mi familia me dice que es mi deber casarme y tener un heredero. Usted llamó a su abuelo tirano de poca monta, señorita Beaumarch, pero mis tías son igualmente despiadadas en sus esfuerzos por casarme y constantemente hacen desfilar ante mí a mujeres elegibles. Usted, señorita, no tiene hogar, ni tutor, ni prospectos. Si se casa conmigo, tendrá los dos primeros y no tendrá que preocuparse por el futuro. Será un matrimonio de conveniencia, concertado por razones puramente lógicas. No será necesario que nos amemos. Por supuesto, se espera que nos vean juntos de vez en cuando, pero una vez que me haya proporcionado un heredero, cada uno podrá seguir su propio camino, siempre que haya discreción.

Rosamund se miró las manos. Uno de los mayores premios del mercado matrimonial estaba frente a ella, ofreciéndose a convertirla en su esposa. Consideró las ventajas. Era muy rico y se le consideraba guapo. Si a una le gustaban unos ojos oscuros que parecían capaces de mirar dentro del alma y un cabello tan negro como el ala de un cuervo. Desventajas: era arrogante, pero su abuelo había sido igual, así que eso no le preocupaba demasiado. Sólo se le ocurría una desventaja grave.

Ella dijo en voz baja: —¿Y si se enamorara, mi lord?

Soltó una risa áspera. —Las mujeres que prefiero no son del tipo que podrían convertirse en lady Ullenwood. Y a mi edad es poco probable que sucumba a una gran pasión.

—Tan envejecido como está —murmuró, y se ganó otra mirada inquisitiva del marqués.

—A mis treinta y un años me considero más allá de la edad para semejantes tonterías —dijo con rigidez—. Así que, ¿qué dice?

Rosamund decidió intentar levantarse. Sentía las piernas normales, así que se acercó a la ventana y miró el descuidado jardín acuático. Se preguntó si los terrenos de las casas de lord Ullenwood estarían en buen estado. Supuso que estarían impecables.

—¿Me haría cargo de su casa, señor?

—Por supuesto.

Se giró. —¿Y si, por ejemplo, quisiera plantar un jardín?

Parecía sorprendido. —Puede que eso no sea posible en la casa de la ciudad, pero todas mis otras propiedades tienen jardines considerables, incluido Leverhill, mi casa familiar en Wiltshire. Estoy seguro de que, si quisiera hacer cambios, podríamos discutirlos. Aunque nunca aceptaría que talara todos mis árboles o trasladara una aldea a su antojo.

—Yo nunca haría tal cosa. Pero debo tener un papel. Debo estar activa.

—Entonces mi mayordomo le recibirá con los brazos abiertos.

Él sonrió y Rosamund quedó desconcertada por la transformación. Había oído describir a lord Ullenwood como peligrosamente atractivo, ahora, por primera vez, pensó que tal vez no era sólo su riqueza lo que lo hacía así. Luchó por concentrarse en lo que él le estaba diciendo.

—Señorita Beaumarchais, muchas parejas empiezan el matrimonio sin conocerse más que esto. ¿Me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Ella respiró hondo.

—Gracias, mi lord, pero creo que no. Nunca ha sido mi deseo ser la esposa de un hombre rico, un adorno para vestir y exhibir con sus otras posesiones. No creo que las mujeres sólo sean aptas para ser esposas y madres. ¡Rousseau se equivoca en eso!

—Ah —dijo en voz baja—. Veo la influencia de la mujer Wollstonecraft en acción aquí.

Ella levantó la barbilla y lo miró con una pizca de desafío.

—¿Y tiene algún problema con eso?

—No. Creo que la señorita presentó algunos argumentos sólidos y razonados a favor de una mayor libertad para su sexo.

—Entonces debe entender por qué me gustaría hacer mi propio camino en el mundo —dijo con entusiasmo. Dio un pequeño suspiro—. He pensado en ganarme la vida con la pluma, al estilo de la señorita Burney o de la erudita señorita Elizabeth Carter, pero no tengo talento para ello. Sin embargo, he recibido una buena educación y no veo ninguna razón por la que no deba ser útil a un hombre ocupado.

—Señorita Beaumarchais, lo que busca es imposible, a menos que quiera casarse con un hombre así.

Ella agitó una mano impaciente. —No veo la necesidad de casarme. Podría ser su secretaria privada, asistir a cenas políticas, escribir sus discursos...

—No puede ser —la interrumpió—. La sociedad no la llamaría su secretaria, sino algo mucho menos elegante.

—¡Entonces la sociedad tendría la culpa!

—Sin duda, pero es el mundo en el que vivimos. —Le dedicó una leve sonrisa—. Incluso Mary Wollstonecraft consideró conveniente casarse.

—¿Se refiere al estadounidense que conoció en París? Estoy de acuerdo en que los peligros que enfrentó allí le hicieron necesario buscar marido.

—¿Y la segunda vez, cuando se casó con el señor Godwin?

Hizo una pausa, arrugando la frente mientras consideraba el asunto.

—Creo que eso fue una unión de mentes —dijo lentamente—. Llegaron como iguales a la sociedad. La mayoría de las parejas no son tan afortunadas.

—La mayoría no busca la perfección. Vamos, señora: reflexione bien antes de rechazarme.

Ella escuchó la nota de impaciencia en su voz y decidió que no sería prudente continuar con la discusión. En cambio, dijo: —El matrimonio es un gran paso, mi lord, y aunque soy muy consciente del honor que me hace con su oferta, sería un error por mi parte tomar una decisión sin cierta deliberación. ¿Me permitirá un poco de tiempo para considerarlo?

—Por supuesto, pero no quiero que el mundo piense que está desprotegida ahora que su abuelo se ha ido. Les haré saber que ha quedado a mi cuidado y encontraré un compañero adecuado que venga a quedarse con usted.

—Eso no es necesario, lord Ullenwood.

—Es muy necesario, si no quiere parecer una excéntrica.

—Entonces permítame encontrar a mi propio compañero.

—¿Tiene a alguien en mente?

Ella evitó su mirada. —Lo publicaré.

—¿Y tener toda la chatarra de Londres ante su puerta? No, señorita, usted me permitirá hacer lo que quiera en esto.

—Me dejará sin nada que hacer.

—Por el contrario, me hará el favor de presentar un inventario de las posesiones de lord Northby. Hay que hacerlo, y lo antes posible. Mi abogado consultará con el señor Sykes y entre ambos le aconsejarán lo que usted puede legítimamente considerar suyo.

Se alejó de la ventana y miró a su alrededor.

—Sospecho que muy poco.

—Es muy posible que tenga razón. —Fue hacia ella—. Tengo que irme. —Tomó su mano y le dijo suavemente—: No deje que su situación actual la abrume. Incluso si decide que no puede casarse conmigo, no dejaré que muera de hambre, ¿lo sabe?

Su repentina bondad atravesó sus defensas cuidadosamente levantadas y las lágrimas brotaron de sus párpados.

—Si lo hiciera, le sentaría mal a su reputación, mi lord —respondió con brusquedad.

Un brillo inquietante brilló en sus ojos oscuros.

—Sí —murmuró, apretando sus dedos—. Así sería.

Un momento después ya se había retirado. Rosamund corrió hacia la ventana y esperó hasta verlo salir de la casa, apretando su sombrero de ala rizada sobre su cabello oscuro y ladrando una palabra de orden a su cochero antes de saltar al carruaje. Rosamund se sorprendió ante la punzada de decepción que sintió cuando él no miró hacia atrás.

CAPÍTULO CUATRO

Por segunda vez en una semana, lord Ullenwood se alejó de Northby Manor en un estado de leve turbación. ¿Por qué se le había ocurrido ofrecerle matrimonio a la muchacha? Lo más probable era porque esa misma mañana había recibido otra carta de su tía Morpeth recordándole que ya era hora de que consiguiera esposa y que ella tenía precisamente a la dama en mente. La reticencia de la señorita Beaumarsch a considerar la oferta le había sorprendido al principio, pero cuanto más pensaba en ello, más aprobaba su cautela, demostraba un carácter reflexivo. La señorita Beaumarsch no era alguien que actuara por impulso, y eso era una ventaja en una esposa. Tal vez ella no se casaría con él, descubrió que le importaba muy poco, excepto que, si ella se convertía en su esposa, ¡sus tías no tendrían ocasión de molestarlo más!

—Es acoso, querido muchacho —declaró sir James Ashby cuando Elliot le habló de la última carta—. Maldita sea, deberías decirles a esas mujeres que dejen de molestarte.

Estaban cenando juntos en Ullenwood House y, una vez quitadas las mantas, sólo estaba presente el mayordomo, pero, aun así, el marqués no respondió hasta que Johnson abandonó la habitación.

—Entiendo su punto —murmuró Elliot—, si no produzco un heredero, el título desaparecerá. Absuelvo a mis tías de interés personal en esto; lo único que les preocupa es el apellido.

—Bueno, es *tu* apellido, no el de ellas, ¡así que puedes decirles que se vayan al diablo!

Sir James había abierto su segunda botella y estaba de humor beligerante.

—Eso es todo —se quejó suavemente el marqués—. Se los *he* dicho, pero consideran que es su deber seguir... mmm... aconsejándome.

—¡Condenadas! —Sir James se recostó en su silla y miró a su anfitrión con desconcierto—. Maldita sea, si lo entiendo, Elliot. Eres un demonio despiadado en la mesa de juego; no hay caballo que no puedas dominar y has matado a un hombre en un duelo en más de una ocasión, que yo sepa, ¡y, aun así, no puedes deshacerte de una jauría de mujeres!

El marqués le dedicó una sonrisa irónica.

—Lo sé. Me sorprende que no me desaires en público.

Sir James murmuró algo inarticulado y se sirvió otra copa de brandy. El silencio se apoderó de la habitación, roto sólo por el crepitar del fuego que ardía en la chimenea de mármol.

—De modo que hoy fuiste a ver a la nieta de Northby —dijo al fin sir James—. ¿Cómo la encontraste?

—Notable tranquila, teniendo en cuenta los acontecimientos del miércoles por la noche.

—Mmm. —Sir James frunció el ceño ante su vaso—. Un asunto muy extraño, que dejara a la señorita a tu cuidado.

—Sí, yo también lo pensé.

—¿Qué vas a hacer con ella? Quizás una de tus tías podría ser de alguna utilidad y acogerla.

—Tal vez. Estaba pensando en matrimonio.

—¿Casarla, quieres decir? —dijo sir James, llevándose el vaso a los labios—. Buena idea. ¿Tienes a alguien en mente?

—Pensé que podría casarme con ella yo mismo.

El marqués sonrió cuando sir James farfulló y empezó a toser violentamente.

—Querido, queridísimo, Ashby, ¿seguramente mi brandy no es tan malo? —murmuró.

Sir James le lanzó una mirada de reproche.

—¡Maldito seas, Ullenwood! ¡Fue tu broma lo que me hizo ahogarme!

—Oh, pero lo digo en serio, amigo mío. La chica de Northby tiene un linaje excelente; ya he hecho averiguaciones al respecto. La hija de Northby se casó con un caballero, pero no había dinero, lo que naturalmente no agradó a su padre. Parece que Northby no tendría nada que ver con ellos, aunque pagó la educación de la niña y la recibió cuando los padres murieron. Por mi trato con ella parece una cosita sensata. Y casarme con ella pondría fin al acorralamiento de mi familia con muy pocas molestias para mí. Está acostumbrada a dirigir el establecimiento de Northby, así que no tengo ninguna duda de que podría dirigir mis casas. Parece un acuerdo admirable.

Sir James lo miró fijamente.

—¿Y ella ha aceptado esto?

—No, pero creo que lo hará. Sin embargo, te agradecería que no lo difundieras todavía.

—No, claro que no. Pero... Elliot, ¿seguramente no has sentido algún *cariño* por la chica?

—¿Después de dos reuniones? Sé sensato, James. No, yo necesito una esposa, *ella* necesita un hogar.

—Sólo he visto a esa chica una vez y no parecía tu tipo, viejo amigo. Quiero decir, no es ninguna belleza.

—Es cierto, pero ya se encuentra bastante bien. Y según mi experiencia, no es bueno tener una esposa atractiva; el marido siempre está luchando contra los hombres que quieren seducirla.

—Quizás hombres como usted —dijo sir James.

—No, no, me malinterpretas —dijo el marqués suavemente—. Nunca he seducido a una mujer casada. Nunca ha sido necesario.

—¡Lo que significa que caen fácilmente a tus pies! ¡Por Dios que eres un demonio con suerte, Ullenwood!

El marqués levantó su copa y sonrió dulcemente a su amigo.

—Sí —dijo en voz baja—. Creo que lo soy.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, Royd fue a la habitación de Rosamund para anunciar que la señora Tomlinson había llamado y deseaba verla.

—Le trajo esta carta, señorita —añadió, tendiéndole una pequeña bandeja de plata.

Rosamund tomó el papel y lo desdobló. La escritura negra y gruesa no le resultaba familiar, pero supuso de inmediato que era de lord Ullenwood. Escaneó la nota rápidamente.

Lamento no poder acudir personalmente a presentarle a mi prima. Ella es viuda y puede hacerle compañía, si así lo acepta. Suyo, etc., Ullenwood.

—Breve y conciso, como esperaba de él —murmuró—. Bueno, Royd, ¿dónde está?

—La dejé en la biblioteca, señorita.

Se levantó. —Entonces será mejor que vea qué tipo de mujer quiere ponerme encima.

Rosamund entró en la biblioteca esperando encontrar a una viejecita esperándola. En cambio, se encontró cara a cara con una joven no mucho mayor que ella. Estaba vestida con una pelliza forrada de piel de color gris paloma y un gorro moderno que cubría la mayor parte de su cabello, aunque se veían algunos rizos dorados. Mientras Rosamund vacilaba en la puerta, la dama se adelantó, su boca generosa se curvó en una amplia sonrisa y sus ojos verdes brillaron de alegría.

—Señorita Beaumarsch, qué amable de su parte recibirme. Le rogué a Elliot que esperara hasta que pudiera venir conmigo, pero ya sabe cómo es, una vez que se le mete un gusano en la cabeza, nada lo moverá y es mucho más fácil hacer lo que quiere que discutir. Estoy segura de que me está deseando lo peor.

—En absoluto —murmuró Rosamund, desconcertada.

—Bueno, es usted muy amable. ¿Qué le ha dicho Elliot de mí? ¿Nada? ¡Si eso no es propio de él!

Rosamund logró esbozar una leve sonrisa.

—¿No quiere sentarse, señora?

—Gracias y, por favor, llámeme, Arabella. —La señora Tomlinson se dejó caer en un sofá envuelto en una nube de terciopelo gris—. Ahora querrá saber todo sobre mí.

—Creo que primero me gustaría saber qué le ha contado lord Ullenwood sobre *mí* —dijo Rosamund.

—¡Muy poco, ese desgraciado! —replicó la viuda, con otra de sus cálidas sonrisas—. Dijo que usted había quedado a su cuidado, y como no le convenía en absoluto acogerla en su casa de soltero, por el momento debe proporcionarle una carabina adecuada. Así que me pidió que viniera a visitarla para ver si concordábamos.

—¿Le dijo también que mi abuelo murió hace muy poco? Mi período de luto apenas comienza. Perdóneme, pero no creo que una existencia tan tranquila como la que llevo le convenga.

—No, por supuesto que no, se esperaba que me quedara con usted durante todo el periodo de luto, pero Elliot dice que no será más de un mes.

—Oh, ¿y cómo puede estar tan seguro de eso? —dijo Rosamund, irritada.

La señora Tomlinson negó con la cabeza.

—No lo sé. Quizás crea que será tiempo suficiente para que usted decida lo que desea hacer.

—No estoy segura de que mis *deseos* sirvan de mucho —suspiró Rosamund—. Verá, no tengo dinero y debo ganarme la vida lo mejor que pueda.

—Pero pensé que era la pupila de Elliot.

Rosamund parecía un poco incómoda.

—Mi abuelo me confió a su cuidado —dijo—. No existe ninguna obligación legal y no desearía ser una carga para lord Ullenwood. Por lo tanto, debo encontrar empleo.

La señora Tomlinson la miró con asombro.

—¿Debe? ¿Cómo se propone hacer eso?

—No estoy segura —fue la respuesta pensativa—. Tenía la esperanza de que alguien pudiera emplearme en un puesto administrativo. Verá, llevo años cuidando de la casa, recopilando las cuentas, leyendo todas las cartas y escribiendo las respuestas.

—Pero lord Northby era su abuelo —señaló la señora Tomlinson—. Otros hombres pueden tener... secretos, asuntos que preferirían no compartir con una mujer.

—¿Se refiere a sus aventuras amorosas? —preguntó Rosamund, impasible—. Ya había pensado en eso y considero que sería mucho más fácil para mí, como mujer, tratar con sus amantes.

La viuda se llevó las manos a la boca y sus ojos brillaron alegremente.

—Señorita Beaumarch, ¡estoy profundamente conmovida!

—¿En serio? Entonces lo siento —respondió Rosamund, con un brillo en sus ojos—. Hace años que estoy acostumbrada a cuidar de la amante de mi abuelo. Verá, ella vivía en el ala este, así que no había forma de evitarla. De hecho, nos hicimos muy buenas amigas y la extraño muchísimo, pero cuando mi abuelo murió ella insistió en que debía abandonar la mansión y me ha prohibido visitarla. —Suspiró—. Sin embargo, comprendo que a algunos caballeros les puede resultar desconcertante hablar de esas cosas conmigo.

—Una institutriz se considera una ocupación refinada —comentó la señora Tomlinson.

Rosamund hizo una mueca. —Sí, pero en la mayoría de los casos el puesto es el de un esclavo. Lo mismo ocurre con la acompañante de una dama. Quizás *podría* buscar un puesto como profesora, aunque el pequeño aumento de mi independencia se vería atenuado por el hecho de que debería cuidar de docenas de niños a la vez, en lugar de uno o dos. ¡No es una idea agradable! —Suspiró—. Mi educación me ha hecho útil para poco más, excepto para ser ama de llaves, que es lo que he sido prácticamente de nombre durante el año pasado, cuando el abuelo decidió que debíamos reducir nuestros gastos y despidió a la mayoría de los sirvientes. Así que tal vez debería buscar ese puesto. Al menos las amas de llaves parecen tener cierta independencia.

—Pero ¿qué pasa con el matrimonio? ¿No ha pensado en conseguir un marido?

Rosamund sacudió la cabeza con decisión.

—Veo el matrimonio como otra forma de esclavitud. —Ella se sonrojó—. Oh, lo siento, señora. No quise ser insensible.

—No, no me siento ofendida en absoluto. Todo el mundo sabe que mi matrimonio se concertó para unir dos propiedades y, en general, salió muy bien. Mi querido Tommy fue muy amable conmigo y yo le tenía mucho cariño. Lamentablemente, murió antes de que pudiera darle un heredero. Se ahogó mientras navegaba —añadió, mientras una sombra de infelicidad nublaba momentáneamente sus ojos.

—Lo siento mucho.

—Sí, yo también, pero no me quejo. Me dejó una pensión muy buena, ¿sabe?, y he descubierto que ser viuda puede ser muy divertido, sólo que me temo que fui demasiado

indiscreta y Elliot me envió a vivir con mamá hasta que se olvidara el escándalo. ¡Muy prepotente por su parte, por supuesto, e injusto también! Nadie pone objeciones a que tenga una amante, y eso es mucho más indecente que mis pequeños coqueteos. Oh, lo siento; no debería hablar así delante de usted.

—No se preocupe. Como ya ha dicho, los asuntos de lord Ullenwood son de conocimiento público.

—Bueno, él no hace alarde de sus mujeres ante la alta sociedad, pero es tan rico que todos quieren saber de qué se trata —respondió Arabella con franqueza—. Y su última conquista, Barbara Lythmore, la hermosa viuda debe estarle costando un buen centavo, porque todo el mundo sabe que él es el dueño de su casa en Clarges Street y, si las malas lenguas están en lo cierto, le ha comprado el bonito carruaje en el que se la ve conduciendo por el parque todos los días. ¡Lo tiran unos ponis color crema muy bonitos y estoy que me *muero* de envidia! —Arabella frunció el ceño durante un momento, considerando el asunto, luego su frente se aclaró, sonrió y dijo alegremente—: Y luego Elliot le escribe a mamá y le dice que me necesitaba para hacerle compañía, si me aceptaba, lo que me hace sentir feliz. Vuelvo a pensar en él como mi primo favorito. Ya ve, señorita Beaumarch, si me deja quedarme aquí con usted, será lo mejor para las dos. —Lanzó una mirada suplicante a Rosamund—. Diga que me dejará quedarme.

Rosamund sonrió.

—Creo que me gustaría que viviera conmigo, Arabella. ¡Me gustaría mucho!

CAPÍTULO SEIS

A la tarde siguiente, la señora Tomlinson estaba en la residencia y Rosamund se sorprendió de lo cómoda que se sentía con una compañera en la casa. Sin embargo, durante los días siguientes estuvo demasiado ocupada para pensar en otra cosa que no fuera el asunto inmediato del funeral de su abuelo. El secretario de lord Ullenwood se había hecho cargo de los preparativos, pero había que poner luto en la casa, pagar cuentas y había personas a las que había que visitar: amigos de lord Northby que acudieron a presentar sus condolencias, aunque la forma de su muerte alejó a la mayoría de sus conocidos. El funeral en sí fue un asunto tranquilo, y los restos de lord Northby fueron enterrados en la capilla privada, a pesar de la opinión poco caritativa de los pocos que se escandalizaron de que a un suicida se le debería dar cristiana sepultura. Era un día terriblemente frío, y desde la ventana del Salón Rojo Rosamund observó cómo un número lastimosamente pequeño de caballeros se dirigía a la capilla, con las cabezas inclinadas contra el viento helado y la aguanieve que soplaban implacablemente a través del parque. Había hecho arreglos para que les sirvieran refrigerios después del entierro y tuvo que soportar varias horas de penosas y forzadas conversaciones. La señora Tomlinson resultó de gran ayuda, colmando la brecha cuando Rosamund no podía encontrar palabras para responder a algún comentario bien intencionado. Ese mismo día había tenido una dolorosa entrevista con el señor Sykes, el abogado de la familia, quien le dijo que el suicidio de lord Northby hacía que la lectura del testamento fuera irrelevante, ya que todas sus posesiones serían reclamadas por la Corona. No era más de lo que había esperado, pero, aun así, pesaba mucho sobre su ánimo, agravado por la ansiedad de lo que iba a ser de ella. Había visto poco a lord Ullenwood. Asistió al funeral, pero vino para despedirse al poco tiempo, asegurándole que volvería a llamar en uno o dos días.

—Tiene a mi prima como compañía y los abogados están haciendo todo lo posible para retrasar la confiscación de la propiedad por parte de los tribunales.

—Así que se va ahora. —Fue todo lo que se le ocurrió decir mientras le daba la mano.

—No hay ninguna razón para que me quede. De hecho, hacerlo podría incluso dar lugar a conjeturas. —Le apretó los dedos y le dedicó la sombra de una sonrisa—. Intente no estar ansiosa. No permitiré que le suceda algo terrible.

—No, por supuesto que no, —dijo ella, pero una vez que él salió de la habitación se sintió inexplicablemente privada de apoyo.

Rosamund estaba ocupada en la biblioteca a la mañana siguiente cuando hicieron entrar a lord Ullenwood.

—Temía encontrarle todavía desayunando, —dijo, quitándose los guantes mientras avanzaba hacia la habitación.

—En absoluto, mi lord. —Señaló los papeles sobre el escritorio—. Le dije que me gusta mantenerme ocupada y he comenzado con el inventario. La mayoría de los libros del abuelo ya están catalogados, pero los cuadros y los muebles deben ser detallados. —Se quitó el delantal de lino y lo arrojó sobre el escritorio—. ¿No quiere sentarse, señor?

Eligió una silla junto a la ventana, donde el sol de la mañana brillaba sobre su cabello negro.

—¿Dónde está mi prima?

Rosamund no pudo reprimir una sonrisa.

—Ella no es tan madrugadora como yo. Sospecho que todavía está bebiendo su chocolate.

Él frunció el ceño.

—Ella debería estar aquí para acompañarle.

—Eso no es necesario.

—Conmigo tal vez no, pero si tiene otros visitantes...

—Mi abuelo no animaba a las visitas, —le dijo—, pero tenga la seguridad, señor, de que, si hubiera sido alguien más que usted, no tengo ninguna duda de que Royd no los habría admitido, sabiendo que estoy sola. Lo que me recuerda: ¿por qué le dijo a su prima que no estaría aquí más de un mes?

—Una de mis tías vendrá a vivir conmigo a principios de marzo y, una vez que esté allí, será perfectamente aceptable que se mude a Ullenwood House.

Rosamund se puso rígida.

—Da usted por hecho muchas cosas, señor. No he aceptado eso.

—Quedó usted a mi cuidado, señorita.

—Sí, pero todavía estoy ansiosa por encontrar una manera de mantenerme.

—Después de nuestras conversaciones anteriores pensé que habíamos acordado que el matrimonio era la única solución.

—En absoluto —replicó ella, sentándose muy erguida en su silla—. Aún no he investigado a fondo las alternativas. —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Por qué me sonrío de esa manera engreída? Sin duda cree usted que debería aceptar su propuesta y considerarme extremadamente afortunada. ¡Permítame asegurarle que estoy lejos de estar de acuerdo con usted en eso!

—¡Dios mío, mujer, no pierda los estribos sólo por una mirada! Es cierto, creo que para mí el matrimonio es la mejor solución para usted. Confieso que, si me dijera que preferiría la vida de institutriz, sería un duro golpe para mi autoestima.

Ella sonrió de mala gana.

—Entonces no lo diré, y le pido disculpas por haber perdido el control, señor, pero le ruego que no me apesure, estoy segura de que debe haber otra solución, una que no implique tal sacrificio de su parte.

—Ya le he explicado que no lo consideraría un sacrificio, pero no es necesario que me dé su respuesta inmediatamente. Bella se quedará aquí con usted durante las próximas semanas, y una vez que llegue mi tía, si todavía piensa lo mismo, podrá venir a Ullenwood House como mi pupila, nada más.

—Gracias, mi lord. Es muy bueno.

—Muy bien, ahora vayamos al grano. Por lo que ahora sé de los asuntos de su abuelo, queda muy poco dinero para finiquitar con los comerciantes y pagar a los sirvientes.

—Como podría haberle dicho, lord Ullenwood, si me lo hubiera preguntado. Llevo algún tiempo ocupándome de las cuentas aquí.

Él ignoró su tono enojado.

—Entonces tal vez pueda aconsejarme exactamente lo que necesita para arreglar las cosas aquí a finales de mes. —Sacó un fajo de billetes del bolsillo de su abrigo y se los entregó—. Esto debería ser suficiente para pagar las cuentas inmediatas y comprarse nueva ropa de luto.

—Gracias —tartamudeó—. Pero no hay ninguna necesidad...

—Oh, creo que sí. Bella no le permitirá andar con ropas tan pasadas de moda.

Rosamund se estremeció. Era una sensación desagradable saber que lord Ullenwood la consideraba una desaliñada. Tan pronto como él se fue, ella entró en el Salón Rojo y se acercó a

un gran espejo colocado entre las largas ventanas. Una figura muy abatida le devolvió la mirada. Tenía el pelo recogido hacia atrás de su rostro cetrino y un informe vestido de crepé negro colgaba de sus hombros. Cuando sus padres murieron, era una muchacha de quince años bastante regordeta; ocho años más tarde, la grasa de su rostro había desaparecido, y aunque le había resultado sencillo soltarse el dobladillo de su viejo vestido de luto, no había considerado necesario hacerlo. Después de todo, no había nadie que se diera cuenta.

Pero el marqués *se había* dado cuenta y Rosamund se avergonzó de presentarse ante él con tanta indiferencia por su apariencia. Enderezó los hombros, cualquiera que fuera su destino, no lograría nada luciendo tan asustada y decidió hacer algo al respecto.

Más tarde, ese mismo día, Rosamund invitó a la señora Tomlinson a su dormitorio, donde había extendido toda su ropa de luto sobre la cama.

—Todos son demasiado grandes para mí —le confió—, pero me gustaría saber cuáles cree que podrían modificarse adecuadamente para que me queden. Lord Ullenwood me ha dejado algo de dinero...

Se detuvo y esperó ansiosamente mientras Arabella examinaba los vestidos, sus distintos tonos de negro y gris, ondeando sobre la cama como una densa nube de tormenta. Al cabo de un momento, la joven viuda dio un paso adelante y los arrojó a todos al suelo.

—Debe tener algo nuevo —dijo decididamente—. ¿Cuánto le ha dado Elliot?

Rosamund le dijo. Arabella resopló.

—No es suficiente. Si alguien debiera saber el coste del guardarropa de una mujer, ese es Ullenwood, sus amantes se encuentran entre las mujeres mejor vestidas de la ciudad. Venga. Debemos hacer una lista de todo lo que se necesita y luego la llevaré a visitar a mi propia modista.

—Supongo que podría hacerme un vestido —dijo Rosamund, siguiéndola fuera de la habitación—. En cuanto al resto, debo ser económica.

—No quiero ni oír hablar de eso —replicó Arabella—. Le compraremos todo lo mejor. Ahora es la pupila de lord Ullenwood y debe lucir bien.

—Entonces le debo solicitar más fondos al marqués.

—Para nada. Cuando Tommy murió, me dejó una indemnización muy generosa.

Rosamund se detuvo.

—¡Pero no puedo permitir que pague por mi ropa!

La señora Tomlinson había llegado al pie de las escaleras, pero se volvió para mirar a Rosamund, con sus ojos verdes muy abiertos.

—¿Pero por qué no? Tengo tanta ropa que no puedo comprar más en este momento, y será muy entretenido vestirla a usted.

Así fue como durante los días siguientes se pudo ver el antiguo carro de gala de lord Northby delante de las tiendas más elegantes de Bond Street, Pall Mall y Covent Garden. Pronto la cabeza de Rosamund empezó a dar vueltas mientras se encargaba una sucesión de vestidos sencillos y pellizas y se disponían varios rollos de seda, muselina y lino para su aprobación. Se quedó quieta, en silencio, mientras Bella pedía capuchas de crespón, zapatos y guantes de piel («¡Muy aburridos, querida, y, por lo tanto, perfectos para el luto!»), además de una desconcertante variedad de chales, abanicos y pañuelos.

—¡Bueno, otro día de trabajo muy satisfactorio! —declaró la señora Tomlinson cuando estuvieron nuevamente sentadas en el carro y de regreso a Northby House.

Rosamund miró los diversos paquetes apilados a su alrededor.

—No creo que vaya a necesitar todo esto. Y no tengo idea de cuánto costará todo.

—Y tampoco debería hacerlo —dijo Bella—. Está de luto por la muerte de su abuelo y no debería preocuparse por semejantes trivialidades. —Sacó su lista arrugada y la estudió—. Ahora tenemos la falda de muselina que puede usar inmediatamente, y Madame ha prometido que mañana nos entregarían la ropa interior de crespón de Norwich junto con la pelliza forrada de piel y la capucha que necesitará para salir. Luego están los vestidos de día y de noche, y el de seda negra que se entregará más tarde. Por supuesto, no lo necesitará hasta que haya superado su primer período de luto profundo, pero la seda gris le resultará adecuada para usar en ocasiones informales o cuando estemos cenando solas. Mmm, retículas, guantes, abanicos... ¿de qué nos hemos olvidado?

—¡De nada, estoy segura, Bella! Nunca he tenido tantas cosas nuevas al mismo tiempo.

—No, eso es bastante evidente —replicó la señora Tomlinson—. Sé que no se debe hablar mal de los muertos, pero fue bastante *monstruoso* por parte de lord Northby mantenerle escondida de esa manera.

—Pero no me opuse, Bella. De hecho, estaba bastante feliz de vivir retirada, especialmente después de mi desastrosa presentación. La señora que trajo el abuelo para llevarme a todas esas fiestas fue muy amable, pero cuando descubrió que yo era una chica tan torpe y con la lengua trabada, se desesperó por completo de mí.

—Bueno, yo no lo haré —declaró Arabella—. Una vez que te tengamos sus vestidos nuevos y mi peluquera le haya cortado el pelo y lo haya arreglado más elegantemente, creo que lucirá muy bien. Además, ya no es una niña tímida de dieciocho años, sino una señorita sensata de veintitrés años, y creo que triunfará en cualquier compañía... ¡oh!, ahora lo recuerdo. No tiene sombrilla negra.

Rosamund se rio de ella.

—¡Pero es febrero!

—Sin embargo, necesitará uno cuando Elliot la pasee por el parque.

—Oh, ¿entonces me llevará en carruaje?

—No hay duda de ello. Es un conductor famoso, al que siempre se le ve conduciendo por la ciudad.

Rosamund frunció el ceño ante los paquetes amontonados sobre el asiento.

—¿Lleva así a su amante por el parque? —preguntó tentativamente.

—Oh, no, es demasiado discreto para eso. A la señora Lythmore le gusta fingir ser una viuda respetable.

—Y tal vez lo sea. No debería difamarla sin saber la verdad.

Arabella se rio de ella.

—¡Mi querida Rosamund, todo el mundo en la ciudad sabe que es la verdad! Lythmore la dejó muy bien provista, pero pronto se le acabó el dinero y se vio obligada a buscar un protector. ¡Elliot es sólo el último de ellos! —Se recostó en el asiento bien acolchado y miró a Rosamund con una pequeña sonrisa—. Pero no hablemos de Elliot, porque estamos pasando un día de compras muy agradable, ¿no es así? Qué lástima que nos hayamos olvidado de la sombrilla, pero no importa, estoy segura de que pensaremos en varias cosas más que necesitaremos y podremos comprarlas la próxima vez.

—¡No habrá próxima vez! ¡Nunca volveré a ir de compras! —exclamó Rosamund levantando las manos.

—Oh, pero... —Bella observó el brillo en los ojos de su compañera y se interrumpió, riéndose entre dientes—. ¡Ahora me está bromeando! Sólo espere hasta que se haya puesto su

ropa nueva y verá cuánto mejor se siente.

Rosamund no estaba convencida, pero cuando la peluquera contratada por la señora Tomlinson se marchó, se puso uno de sus vestidos nuevos y fue en busca de Arabella. La encontró en el Salón Rojo, rasgueando ociosamente el piano.

—Bueno, Bella —dijo tímidamente—, ¿qué opinas? —Se paró frente al espejo, frunciendo el ceño ante su reflejo.

La señora Tomlinson se paró a su lado y le puso las manos en los hombros.

—Casi diría que eres un ser diferente —declaró—. Sabía que el crespón de Norwich te quedaría bien.

Rosamund se miró: el vestido gris de cintura alta caía en suaves pliegues a su alrededor, haciéndola parecer mucho más alta. Era el vestido más moderno de los que Bella había elegido para ella, pero el material pesado era cálido y reconfortante en una casa tan grande y con corrientes de aire.

—Celestine ha hecho maravillas con tu cabello —comentó Bella.

Rosamund asintió y contempló maravillada el nuevo estilo. La mayor parte de su pesado cabello oscuro estaba recogido en un moño suavemente enrollado, atado con una cinta de seda negra, mientras pequeños mechones se curvaban suavemente sobre su frente y mejillas. «Bella tiene razón», pensó. Parecía una persona diferente; incluso se sentía como una persona diferente.

Se escuchó el sonido del timbre a lo lejos y momentos después entró el mayordomo para anunciar a lord Ullenwood.

Las damas se miraron unas a otras. Rosamund se aclaró la garganta.

—Hazle pasar, Royd. —Miró a su amiga—. ¿Crees que se dará cuenta?

—Si no lo hace, llamaré a un médico inmediatamente —replicó Arabella, sonriendo.

Rosamund tragó nerviosamente y atravesó la habitación hasta pararse frente a la chimenea, tratando de no moverse nerviosamente cuando la puerta se abrió y se anunció al marqués. Dio un paso adelante y se inclinó.

—Buenos días, señorita Beaumarch, prima, yo... —sus palabras se apagaron cuando se enderezó y sus ojos se posaron por primera vez en Rosamund.

Su nerviosismo desapareció, reemplazado por diversión cuando vio la perplejidad y la sorpresa en su rostro. Desapareció en un momento y él levantó su monóculo para mirarla. Arabella no pudo contenerse más.

—Bueno, primo, ¿qué opinas de tu pupila ahora?

El marqués permitió que su mirada recorriera lentamente a Rosamund, desde su brillante moño, pasando por el chal con flecos y el suave vestido de estambre que envolvía su esbelta figura hasta los zapatos de gamuza negra que asomaban desde el dobladillo de su vestido. Bajó su vaso.

—Una transformación —murmuró. Sus ojos volvieron a sus ojos grises, enormes y oscuros contra su impecable piel pálida. Una mirada así evocaría la simpatía del corazón más pétreo. Entonces vio el brillo de diversión en su rostro y se encontró sonriéndole.

—¿Y bien, Elliot? —preguntó Arabella—. ¿No se ve bien?

—Muy bien, Bella. Debo felicitarte.

—Gracias, pero no fue todo mi trabajo, ya sabes, Ros tiene un gusto excelente.

Rosamund se sonrojó ante eso.

—¿No quiere sentarse, mi lord? De hecho —vaciló—, cenaremos dentro de una hora, ¿le importaría acompañarnos, señor?

Lord Ullenwood había planeado cenar en su club, pero ahora decidió que sus amigos podían

prescindir de él.

—Gracias, señorita Beaumarch. Estaré encantado de aceptar su invitación.

Arabella lanzó una mirada rápida y astuta a su primo y se levantó de su asiento.

—No es necesario que toques el timbre, querida. Iré a buscar a Royd y le diré que prepare otro lugar. —Se alejó rápidamente, dejando a Ros entreteniendo al marqués.

Rosamund se acercó a un sofá vacío.

—Yo... mmm... ¿tiene algún asunto que desee discutir conmigo, mi lord?

—Sí. —Él se acercó y se sentó a su lado—. Quería decirle que los abogados llamarán mañana para recoger el inventario.

Ella dio un grito ahogado, con las manos entrelazadas nerviosamente en su regazo.

—Pero aún no está terminado.

—Lo sé y lo siento, pero mi hombre cree que los tribunales querrán tomar posesión de la casa y su contenido en los próximos días. Lo siento. Hice todo lo que pude para evitarlo.

—Gracias, estoy segura de que así fue, pero el suicidio de mi abuelo hizo que el resultado fuera inevitable. —Le dedicó una sonrisa temblorosa—. Una cosa que no tuvo en cuenta en su gran plan.

Él se acercó y tomó sus manos entre las suyas, sujetándolas con un apretón firme y reconfortante.

—Rosamund...

Él vio la repentina mirada de miedo en sus ojos y la soltó. Inmediatamente ella saltó.

—No hay mucho que hacer para completar el inventario. Las habitaciones principales están contabilizadas, sólo quedan los áticos, y si empezamos temprano estoy segura de que podremos tenerlo completo. Ah, aquí está Bella. Bueno, ¿has visto a Royd?

—Sí, ya está todo preparado para poner una manta extra para la cena —dijo Arabella. Se volvió hacia el marqués—. Tienes suerte, primo. Esta noche comemos conejo, y es más que suficiente para nosotras dos; de lo contrario, Cook habría estado maldiciendo tu cabeza.

Lord Ullenwood se levantó.

—Dios no permita que ofenda a su cocinera —dijo con alegría.

—Parece que los abogados nos visitarán mañana, Bella. Le he explicado a lord Ullenwood que nuestro inventario aún no está terminado.

—No importa —dijo—. Ellos les ayudarán a terminar las listas. Mi principal preocupación es que usted identifique lo que le pertenece personalmente, señorita Beaumarch.

—Dios mío, ¿nos van a echar a la calle? —gritó Arabella, hundiéndose en una silla.

—No es eso —respondió el marqués—. Sin embargo, mi hombre no ha logrado ningún retraso adicional y advierte que los alguaciles llegarán en cualquier momento. Sugiere que retire todos sus efectos personales mañana. Haré que vengan un par de hombres con un carruaje para ayudarle; puede enviarme cualquier cosa que desee conservar.

Rosamund asintió, pálida pero perfectamente tranquila.

—¿Y cuánto tiempo puedo... podemos permanecer aquí?

—Espero que les avisen para que salgan en los próximos días.

—¿Tan pronto, cuando su señoría aún no está en su tumba? Eso es indignante.

Lord Ullenwood negó con la cabeza.

—Los tribunales son implacables, Bella. No tengo poder para detenerlo.

—Pero...

Rosamund levantó la mano.

—No, Bella, no debes despotricar contra tu primo. Ha hecho todo lo posible por mí, estoy

segura. Es la ley y estaremos listas para partir cuando llegue la noticia.

—Gracias —dijo el marqués—. Por supuesto, haré que les preparen habitaciones en Ullenwood House. Desafortunadamente, mi tía, Lady Padiham, no puede venir a verme antes, así que tú, Bella, debes actuar como acompañante hasta que ella llegue.

—Con mucho gusto. No dejaría a Rosamund por nada, nos hemos hecho muy buenas amigas. ¡Pero por Dios! ¿Cómo convenciste a tía Padiham para que fuera tu anfitriona? Debes saber, Rosamund, que mi tía es tan indolente que nunca se la puede convencer de que abandone su casa por medios normales. Entonces, Elliot, ¿cómo lo hiciste?

El marqués sonrió.

—Soy su sobrino favorito, ¿no lo sabías?

—Puede que sea así, pero no creo que eso pueda influir en ella.

—Tal vez sea el hecho de que su propia casa necesita una reparación urgente —dijo con un brillo decidido en los ojos—. La convencí de que le resultaría menos complicado venir a verme que alquilar una propiedad. Sin embargo, ni siquiera mis poderes de persuasión pudieron hacer que ella viniera a verme antes de fin de mes, y es por eso por lo que te necesito, Bella.

Arabella lo miró.

—¿Quieres que actúe con decoro?

Sus labios se torcieron.

—El papel tendrá el encanto de la novedad para ti —murmuró.

Arabella soltó una carcajada.

—Qué vergüenza, Elliot, harás que Ros me considere poco educada.

—Y así lo eres, Bella, pero mientras la señorita Beaumarché esté de luto profundo, tus oportunidades para hacer travesuras serán pocas.

—Y ahora Rosamund me mira de reojo y se pregunta qué he hecho para ganarme tal reputación —exclamó alegremente la viuda—. Nada más serio que tener un pequeño coqueteo.

—Hace menos de seis meses que Tomlinson murió —añadió el marqués.

Arabella hizo un puchero.

—¡Pero si hubiera sido alguien más que Harry Granthorpe, no tengo ninguna duda de que no habrías sido tan rápido en censurarme! —dijo.

—No debería permitir que te arruines con nadie, Bella. El hecho de que fuera Granthorpe simplemente hizo imperativo que yo interviniera para protegerte. Ese hombre es un derrochador.

—Sí, así es —asintió Arabella, suspirando. Se volvió hacia Rosamund—. ¿Conoces a Harry Granthorpe, querida?

—Sí. Solía visitar a mi abuelo. Lo vi una o dos veces, pero el abuelo tuvo cuidado de mantenerlo alejado de mí.

—Muy sabio —asintió Bella—. Es un sinvergüenza, pero una se lo encuentra en todas partes. Por eso mamá insistió en llevarme al campo. —Esbozó una pequeña sonrisa traviesa—. Estaba empezando a volverme loca de aburrimiento en casa, cuando el querido Elliot me envió un mensaje de que me necesitaban aquí. —Extendió una mano y Rosamund la tomó sonriendo.

—Y estoy muy contenta de que hayas podido venir a verme —dijo—. Debe saber, mi lord, que Arabella y yo ahora somos grandes amigas.

—Entonces espero que un poco de su buen sentido se le pase.

La viuda protestó acaloradamente hasta que Rosamund levantó las manos.

—No tengo ninguna duda de que lord Ullenwood se está burlando de ti, Bella. Es muy reprochable, pero tendrás la oportunidad de demostrarle que está equivocado durante las próximas semanas, mientras me cuidas. —Se levantó—. ¿Vamos a cenar?

CAPÍTULO SIETE

Con tanto en qué pensar, Rosamund estuvo feliz de permitir que el marqués y su prima ocuparan la mayor parte de la conversación durante la cena. A pesar de su preocupación, le divirtió escuchar sus bromas afables y pronto se dio cuenta de que Bella quería mucho a su primo y confiaba en gran medida en su juicio. Después de la existencia confinada que había conocido con su abuelo, donde le habían permitido conocer a muy pocos de sus amigos, encontraba entretenidas las idas y venidas de su conversación. Le hubiera gustado sumarse, pero la timidez la detuvo. Arabella notó lo silenciosa que estaba su amiga e hizo todo lo posible por incluirla en la conversación. Cuando quitaron las mantas y colocaron un plato de dulces sobre la mesa, dijo de repente:

—¿No me dijiste que hablas muy bien francés, Rosamund?

—Solía hablar con fluidez, pero ya no lo uso desde hace algunos años.

—Debes saber, Rosamund, que Elliot tiene una gran propiedad en Francia.

—Exageras, Bella —la corrigió el marqués—. Una casa grande con una finca importante y varias granjas. Hay sangre francesa en mi familia, ¿sabe? Mi padre me llevó a visitar Château Ullenwood cuando era niño.

—¿Y todavía está en su poder? —preguntó ella, desconcertada—. Seguramente esas propiedades se perdieron durante las largas guerras, o si no entonces, durante el Terror.

—Eso es lo que pensábamos —dijo—, pero hace un par de años me contactó un abogado de París, que afirmó tener documentos que demostraban que la propiedad todavía era legalmente mía. Por supuesto, tan pronto como se firmó la paz el año pasado envié a mi agente a buscar a ese abogado. Desde entonces, el asunto se ha presentado ante los tribunales franceses, que no tienen ninguna intención de apresurar las cosas.

—Quizás Rosamund pueda ayudarte con tus asuntos en Francia, primo —intervino Arabella.

Rosamund negó con la cabeza.

—Estoy segura de que el marqués cuenta con una ayuda muy experta en ese aspecto. —Ella se volvió hacia él—. Me imagino que los tribunales se muestran reacios a admitir que un inglés posea siquiera una taza de suelo francés.

—Tiene usted toda la razón, señorita Beaumarch. Sigo los procedimientos por cuestiones de forma, pero tengo pocas esperanzas de que salga algo de ello.

—¿No podría ir usted mismo a Francia? —preguntó ella—. ¿Eso no daría peso a su afirmación?

—Quizás, pero también daría peso a Bonaparte y su gobierno, algo que detesto hacer.

—Por Dios, es cierto —asintió Arabella, arrugando la nariz con disgusto—. Tendrías que hacer una reverencia en la corte, ante la misma gente que ejecutó al pobre rey y a la reina de manera tan bárbara.

—El señor Fox y sus seguidores visitaron rápidamente París el año pasado, tan pronto como se firmó el Tratado —murmuró Rosamund, seleccionando un dulce de la fuente de plata.

El marqués asintió. —Ellos apoyan la Paz.

—¿Y usted no? —Las oscuras cejas de Rosamund se arquearon—. Seguramente estará de acuerdo en que esto brinda a Addington y al gobierno la oportunidad de recuperarse un poco. Hemos estado en guerra durante mucho tiempo y es un negocio costoso.

El marqués volvió a llenar su copa de vino.

—Es cierto —dijo—, pero la paz tiene su precio. Hemos renunciado a Egipto y el Cabo, pero Bonaparte utiliza su influencia para impedir que Italia y Holanda comercien con nosotros. ¿Cree realmente que esa paz puede durar? Francia está decidida a bloquear nuestro comercio mientras continúa su propia expansión.

Rosamund suspiró. —No, tiene razón, una paz así está condenada al fracaso, aunque lo lamento.

—Pobre Ros, pareces muy abatida y eso no es propio de ti —intervino Arabella—. Sin duda te sientes melancólica ante la idea de dejar tu casa.

Rosamund se apresuró a negarlo.

—Me temo que no tengo mucha práctica en hacerme agradable en compañía. Les aseguro que no soy infeliz.

—Pero seguramente debes sentir cierta ansiedad ante el hecho de que pronto te expulsarán de tu casa —dijo bella.

Rosamund inclinó la cabeza hacia un lado mientras consideraba esto.

—No estoy segura. Fue muy amable por parte de mi abuelo el acogerme cuando mis padres murieron, pero nunca se esforzó por mí, ¿sabes? Será muy extraño perder todas estas posesiones familiares, sin duda, pero creo que no me dolerá.

—Bueno, lloré durante los días que tuve que dejar la encantadora casa de Tommy en Shropshire. Así que, Rosamund, no debes sorprenderte si de repente te sientes abrumada por la emoción —dijo Arabella con gran simpatía—. ¡Sólo dímelo!

Al final, Rosamund descubrió que no tenía tiempo para la melancolía durante los siguientes días. Estaba demasiado ocupada completando el inventario, ajustando las cuentas y escribiendo referencias para todos los sirvientes. Con la excepción de Meggie, a quien retuvo como su doncella, el resto de los sirvientes tuvieron que ser finiquitados y no fue hasta que estuvo sentada junto a la señora Tomlinson en el elegante carruaje de viaje de lord Ullenwood, tres días después, que Rosamund se permitió tiempo para reflexionar.

—Ahora, no debes intentar ser valiente —dijo Arabella, acercándose para apretarle las manos—. Puedes llorar todo lo que quieras, tengo varios pañuelos de repuesto conmigo.

—Gracias, pero, curiosamente, no tengo ganas de llorar en lo más mínimo. Quizás soy una persona muy fría.

—Tonterías —se apresuró a replicar Arabella—. Has sido muy amable conmigo y perdóname si hablo sin rodeos, pero pensé que la mansión era una casa muy fría y lúgubre.

—Lo es —convino Rosamund—. Me había vuelto tan familiar que no lo vi hasta que recorrimos la casa, catalogando cada artículo. Y además se ha vuelto muy ruinoso, porque el pobre abuelo no podía pagar para mantenerlo. Si hubiera sido menos orgulloso, podría haber vendido la casa o alquilarla y mudarse a algo más pequeño, donde podríamos haber vivido mucho más cómodamente.

»Puedo ver que no estás convencida, Bella, pero no hay nada cómodo en vivir en una casa grande donde uno no puede permitirse el lujo de tener chimeneas en las habitaciones y comerciantes siempre presionando para cobrar —miró su elegante pelliza forrada de piel y añadió con tristeza—, y no hay dinero para pequeños lujos como ropa nueva.

—¡Oh, pobrecita! —gritó Arabella—. No debes darle importancia, porque ya todo quedó atrás. Descubrirás que Elliot vive en el colmo del lujo y todo lo que necesitas hacer es disfrutarlo. Sí, sí —añadió apresuradamente cuando Rosamund abrió la boca para hablar—. Sé que dirás que debes encontrar alguna ocupación y ganarte la vida, pero no *de inmediato*. Querida

Ros, debes permitir que Elliot te cuide durante al menos unas semanas. Ah, hemos llegado.

Rosamund miró por la ventanilla mientras el carruaje aminoraba la marcha y giraba desde Piccadilly hacia una tranquila calle lateral, al final de la cual se alzaba una gran casa adosada rodeada de sus propios terrenos. Una lluvia helada había comenzado a caer y cuando el carruaje se detuvo, dos lacayos se apresuraron hacia adelante, cada uno con un gran paraguas para proteger a las damas mientras salían del carruaje y caminaban los pocos pasos hasta la puerta. En el vestíbulo, las llamas saltaban de las chimeneas situadas a cada extremo, y Rosamund fue inmediatamente consciente del aire cálido en su mejilla. Como si esto no fuera lo suficientemente alentador, fue recibida por la amable sonrisa del ama de llaves, quien se adelantó para ayudarla a quitarse la pelliza, presentándose como la señora Trimble y casi de inmediato comenzó a disculparse porque el marqués no estaba presente para recibir a su invitada.

—Esperaba que usted lo perdonara, señorita, porque tiene asuntos urgentes que atender y dice que se reunirá con usted en el salón esta noche antes de cenar. Mientras tanto, debo acompañarla a sus habitaciones, y si hay algo que necesite para su comodidad, me encantaría que me lo dijera.

—¿Y eso también aplica para mí, Trimble? —preguntó Arabella, acercándose a ellas.

—Basta, señorita Bella, usted sabe que en esta casa sólo tiene que pedirlo —declaró el ama de llaves con la severidad burlona de una vieja y confiable criada.

—Entonces quizás podrías calentar un poco de sopa para cuando hayamos desempaquetado. Hemos estado despiertas desde el amanecer y sólo tuvimos tiempo de tragar un bocado de pan con mantequilla antes de que esos horribles alguaciles nos obligaran a salir de la casa.

—¡Oh, pobrecillas de ustedes! —La señora Trimble levantó las manos horrorizada—. Déjeme llevarle arriba sin más demora, señorita Beaumars, ¿ha traído a su doncella?

—Ella viene detrás en el coche de equipajes, con la mía —dijo Arabella, mientras subían las escaleras—. Aunque tengo que decir que ella no es exactamente una *doncella*.

—Meggie es una buena chica y muy dispuesta —dijo Rosamund, reprimiendo una sonrisa.

—¿Podría decir lo mismo de un cachorro grande! —replicó la viuda.

—Lo sé —confesó Rosamund—, pero no podía abandonarla. Ha estado en Northby desde que era niña. Estoy segura de que aprenderá muy rápidamente.

—¡Ha estado actuando como tu doncella desde que llegué y todavía tengo que descubrir que ha aprendido a coser un vestido!

—Ahora cálese, señorita Bella —dijo la señora Trimble, interponiéndose entre ellas—. No le preste atención a lo que digan los demás, señorita Beaumars, debe tomar sus propias decisiones —dijo pacíficamente—. Veremos cómo le va a esa Meggie suya y, si no es adecuada, le encontraremos algo aquí. Ahora tendrá su habitación habitual, señorita Bella, y yo acompañaré a la señorita Beaumars a su apartamento.

Antes de desaparecer en su habitación, Arabella prometió ir a buscar a Rosamund dentro de media hora y llevarla abajo, al salón del desayuno.

—¡Estoy segura de que para entonces la querida Trimble tendrá nuestra sopa lista!

Rosamund estaba muy agradecida por la compañía de su amiga. No pensó que se perdería en la casa, porque era mucho más pequeña que Northby Manor, pero mientras Rosamund se había sentido como en casa en los vastos pasillos vacíos, aquí parecía haber un ejército de sirvientes a cada paso. Ella no debía saber que la casa estaba ansiosa por ver a la nueva pupila de lord Ullenwood, convencidos de que tenía intención de casarse con ella. Nadie sabía cómo había empezado, pero tan pronto como se supo que ella vendría a vivir a Ullenwood House, el rumor se extendió rápidamente por las habitaciones de los sirvientes.

—Créame, señora T. —dijo Cook, en un momento de raras confidencias compartidas ante una copa del mejor vino de Madeira del amo—, un hombre no se esfuerza así por una mujer si no está enamorado.

En consecuencia, cuando Rosamund llegó a Ullenwood House, todos los miembros de la casa estaban ansiosos por verla. El chico de las botas y la fregona podrían verse obligados a mirar por una ventana del sótano, pero todos los demás encontraron una excusa para recorrer las habitaciones principales y echar un vistazo a la mujer que había capturado el corazón de su amo. La mayoría estaba decepcionada y pensaba que ella era demasiado pequeña y parecida a un ratón para tener importancia. Vaya, no podía compararse con la animada señora Tomlinson, pero cuando el ama de llaves ofreció su opinión, se limitó a menear la cabeza y advertirles a todos que no se apresuraran demasiado.

—Puede que sea seria —dijo—, pero no es un ratón, recuerden mis palabras. La señorita está acostumbrada a dirigir su propia casa y sabe lo que piensa.

—Dicen que su abuelo se pegó un tiro y la dejó sin dinero —dijo el lacayo—. Apuestas, eso dicen. Un final pecaminoso.

—Bueno, la dejó al cuidado del amo, y eso demuestra algo de sentido común —observó Cook, cubierta de harina hasta los codos mientras amasaba una gran bola de masa—. ¿Pero será ella una buena esposa para él, señora T.? Habrá algunos cambios aquí si lo hace.

El ama de llaves se levantó y se sacudió las faldas, preparándose para regresar a su habitación.

—Bueno, que yo sepa, nadie ha dicho nada sobre el matrimonio —declaró—. Por eso repito que no nos apresuremos. Tendremos que esperar y ver en qué dirección sopla el viento. Y luego están esas preciosas tías del amo. Aún no sabemos si lo aprueban.

CAPÍTULO OCHO

Rosamund se vistió con esmero para su primera cena en Ullenwood House. Siguiendo el consejo de Arabella, eligió un vestido gris paloma con un chal Norwich de color blanco liso para cubrir sus hombros. Semejante vestimenta habría sido demasiado endeble para las habitaciones con corrientes de aire de Northby Manor, pero la casa de lord Ullenwood era compacta y cálida, con ventanas ajustadas y pesadas cortinas para aislar el aire gélido de la noche, y fuegos encendidos en casi todas las habitaciones proporcionando el lujo supremo.

Acompañó a Arabella al salón, donde encontraron a lord Ullenwood esperándolas. Al principio se sintió un poco tímida; todos sus encuentros anteriores con el marqués habían tenido lugar en Northby Manor, un terreno familiar para ella. Ahora ella era una invitada en su casa y eso la ponía nerviosa. Sin embargo, lord Ullenwood la saludó con amistosa cortesía y pronto la tranquilizó.

—¿Tiene todo lo que necesita, señorita Beaumarsch? —La llevó a una silla.

—Sí, gracias. La señora Trimble ha sido muy atenta.

—Y su habitación es de su agrado.

Ella le sonrió. —Mucho. Es muy cómoda y está bien equipada.

—Has hecho decorar las habitaciones de invitados desde la última vez que estuve aquí, ¿no es así, Elliot? —intervino Arabella, sentándose en una silla cerca de Rosamund.

—Sí, y la nueva ala ya está terminada.

Ella asintió.

—La señora Trimble me la mostró. El nuevo salón de baile es encantador. Debes celebrar un baile muy pronto, primo.

—Olvidas, Bella, que tu mamá te ha prohibido expresamente entrar en sociedad, lo que debe significar que ella no aprobaría tales festividades. E incluso si no fuera así —añadió cuando ella estaba a punto de protestar—, la situación de la señorita Beaumarsch debe impedir cualquier cosa de esa naturaleza.

—Por supuesto, lo había olvidado. Pero estas cosas deberían planificarse bien, Elliot. ¿No deberíamos empezar a organizar tu próximo baile ahora?

Sus labios se torcieron.

—No hay necesidad de eso, Bella. Cuando llegue el momento sólo tendré que pedirle a Henry que se encargue de ello.

—Ah —hizo un puchero la señora Tomlinson—. El estimado Henry. ¿Cómo está tu secretario?

—Mellor goza de buena salud y actualmente se encuentra en Lincolnshire, con mi agente. —El marqués se volvió hacia Rosamund—. Quiero mejorar el drenaje de mis propiedades allí y han ido a estudiar los nuevos planes. Si Henry está satisfecho, los traerá aquí para que yo los apruebe.

—Tiene usted mucha confianza en su secretario, mi lord —comentó Rosamund.

—Sí.

—Sin embargo, supongo que normalmente visitaría la zona usted mismo —añadió astutamente—. Lo siento si soy la causa de alterar sus planes, mi lord, aunque sea sin querer.

Arabella gritó ante esto, pero el marqués la hizo callar.

—La señorita Beaumarch tiene razón. Normalmente, me ocupo de esas cosas yo mismo, pero Henry es más que capaz de ocuparse del asunto. —Una sonrisa brilló en sus ojos—. Él es igualmente capaz de ocuparse de los asuntos aquí, pero fue mi elección estar aquí para cuidar de usted.

Rosamund se encontró devolviéndole la sonrisa.

—Entonces le estoy muy agradecida, mi lord.

La cena se tomó en la sala de desayunos y lord Ullenwood explicó que prefería ese ambiente informal para las cenas familiares.

—Gracias a Dios —asintió la señora Tomlinson mientras tomaba asiento—. Una pequeña cena cómoda será lo ideal para que Rosamund se sienta cómoda.

Rosamund no dijo nada, pero la variedad de platos que cubría la mesa era extensa. Su experiencia al frente de Northby Manor le informó que la cocinera de lord Ullenwood había hecho todo lo posible para mostrar sus habilidades culinarias. Entre los platos presentados como entrada se encontraban un pavo glaseado, cuello de cordero hervido, sopa, budín de ciruelas y hojaldre de venado, seguido de un surtido que incluía perdices, mollejas y tarta de manzana. Con la seria tarea de comer y los sirvientes presentes, la conversación se limitó a temas nada excepcionales, pero una vez que se quitaron las mantas y la reluciente mesa de caoba estuvo amueblada solo con sus copas de vino y una selección de platos confitados de porcelana fina, La señora Tomlinson inició un ataque directo contra su primo.

—Entonces, Elliot, ¿cuáles son tus planes para la señorita Beaumarch?

El marqués despidió a los sirvientes restantes con un lánguido gesto de una mano antes de responder.

—Bueno, por el momento no tengo ninguno. Me imagino que la señorita Beaumarch necesitará un poco de tiempo para recuperarse de los trágicos acontecimientos de las últimas semanas. Ullenwood House está a su disposición.

—Es usted demasiado bueno, mi lord, —murmuró Rosamund—. Estoy realmente agradecida por su ayuda, pero espero no tener que imponerle mucho tiempo.

—Me parece muy desconcertante tu determinación de buscar empleo —declaró Arabella.

Rosamund negó con la cabeza.

—Sé que te resulta difícil entenderlo, Bella, pero no deseo depender de nadie.

—Excepto un empleador —intervino lord Ullenwood.

—Eso, mi lord, sería diferente. Esperaría un salario justo por mi trabajo. —Tomó un sorbo de vino—. Tal vez el señor Mellor pueda aconsejarme.

El marqués se encogió de hombros. —No estoy seguro de que tenga mucha experiencia en el empleo de institutrices.

—Estaba pensando en algo más clerical, señor, como ya le dije.

—¿Se considera usted quizá un amanuense o una secretaria privada? Pregúntele a Henry, por supuesto, pero dudo que pueda ayudarte. —Contestó con indiferencia.

—Quizás conozcas a alguien que pueda contratar a Rosamund —sugirió Arabella—. ¿No podrías recomendarla?

Su labio se curvó.

—Mi querida Bella, no creo que mi recomendación tenga el efecto que la señorita Beaumarch desea.

Su prima dio un suspiro de exasperación.

—¡Dios mío, Elliot, no eres nada servicial esta noche! ¿No te importa lo que sea de Rosamund? ¡Eres la peor bestia de la naturaleza si es así!

—Tu descenso al melodrama es innecesario, Bella —respondió con frialdad—. La señorita Beaumarsch tiene libertad para decidir lo que quiere hacer con su vida. Sabe que no es necesario que busque empleo. Ya le he explicado que existen alternativas.

Rosamund era consciente de que Arabella quería continuar la discusión, pero una mirada al implacable rostro de lord Ullenwood la hizo intervenir.

—De hecho, soy muy consciente de que lord Ullenwood no tiene intención de dejarme en la pobreza, y que eso es un gran consuelo. ¿Bella, quizás deberíamos retirarnos ahora y dejar que nuestro anfitrión disfrute de su brandy?

Condujo a la viuda al salón, donde poco después se reunió con ellas el marqués. Cuando la señora Tomlinson salió de la habitación y estuvieron solos brevemente, Rosamund aprovechó la oportunidad para decir: —Espero que perdone a Arabella por su arrebató. Creo que no le ha explicado completamente las alternativas que me describió.

—¿Quiere decir que no le dije que lo que le había ofrecido? —dijo sin rodeos—. Ciertamente no. Bella pensaría que es la solución perfecta y le regañaría sin piedad.

Rosamund se miró las manos, ligeramente entrelazadas en su regazo.

—Pensé que no había dicho nada porque se arrepentía de su imprudente propuesta.

—No. La propuesta sigue vigente, señorita. —Su tono era indiferente—. El acuerdo sería conveniente para ambos.

Rosamund reprimió un escalofrío.

—Puede que sea conveniente, señor, pero, aun así, me gustaría considerar otras vías.

—Como desee.

Durante las semanas siguientes, Rosamund hizo todo lo posible para decidir su futuro, pero tuvo que admitir que las alternativas a la propuesta de lord Ullenwood no eran atractivas. El señor Mellor, el secretario del marqués, regresó de Norfolk y Rosamund se armó de valor para acercarse a él. No es que fuera inaccesible en modo alguno, pues tenía un semblante abierto y amistoso, modales atractivos y una sonrisa dispuesta. Sin embargo, cuando le sugirió que buscara trabajo con algún gran hombre de negocios o político, su respuesta fue similar a la del marqués, aunque expresada con más tacto.

—No estoy en desacuerdo, señorita Beaumarsch, en que su educación y su experiencia en la gestión de la propiedad de su abuelo la califican para ser de gran ayuda para alguna familia importante. De hecho, con toda probabilidad usted está mejor calificada que muchos administradores de fincas, pero en los casos que conozco de mujeres que han desempeñado tales funciones, han estado casadas con el caballero o con un miembro de su familia. —El señor Mellor pareció ligeramente arrepentido—. Su presencia en la casa de un soltero sería vista con recelo, y si los caballeros estuvieran casados, bueno, ¿espera que una esposa acepte con agrado que su marido pase la mayor parte del día a solas con una mujer joven? Podría considerar la posibilidad de convertirse en ama de llaves, pero si ese es el caso, entonces no necesita presentar su solicitud en ningún otro lugar; mi señor tiene varias casas donde actualmente no hay nadie instalado y estoy seguro de que le permitiría establecer su residencia en cualquiera de ellas.

—Sí, gracias, señor Mellor.

Después de esta deprimente conversación, Rosamund se acercó a las oficinas de registro y descubrió que una dama en luto profundo no se encontraba en una posición ventajosa. Todas las vacantes disponibles debían cubrirse de inmediato y, por muy impaciente que estuviera ante las convenciones, le era imposible aceptar un empleo hasta que hubiera completado al menos un breve período de duelo.

Sus pensamientos dieron otro giro con la llegada de lady Padiham. Rosamund observó su llegada desde un rellano superior y se maravilló de la cantidad de baúles y cajas que llegaron al vestíbulo. Luego dirigió su atención a la propia dama, que se había quitado la pelliza forrada de piel para mostrar un vestido que declaraba al observador que era una dama decididamente rica y elegante. No era una mujer alta, y los voluminosos pliegues de su vestido de muselina bordado acentuaban su amplia figura. Una gorguera blanca ondeaba alrededor de su corto cuello, encima de un pañuelo azul oscuro que cruzaba su gran busto, mientras que un turbante a juego cubría todo su cabello, excepto unos pocos rizos increíblemente rojos. Incluso desde su punto de vista distante, Rosamund pensó que parecía muy bondadosa. Vio que el marqués se acercaba para darle la bienvenida con un casto saludo en una mejilla perfumada y escuchó a la dama soltar una risita.

—Bueno, Elliot, estoy aquí y espero que estés muy agradecido por el esfuerzo que he hecho.

—Estaré siempre en deuda con usted por esto, señora.

—Sí, sí, todo eso está muy bien, pero sácame de esta sala con corrientes de aire, por favor, y preséntame esta pequeña muchacha que has aceptado.

Su anfitrión acompañó a lady Padiham hasta el salón de mañana y llamó a Arabella y Rosamund para que la atendieran. Lady Padiham las saludó calurosamente y pronto informó a su sobrino que, si bien estaba encantada de actuar como su anfitriona, nada la convencería de aventurarse al aire libre.

—Mi querida señora, eso no será necesario en lo que a mí respecta —dijo rápidamente Rosamund.

—La señorita Beaumarsch perdió a su abuelo hace sólo un mes —explicó el marqués—. No será necesario que la lleve con usted por el momento, porque no hará visitas matutinas ni asistirá a bailes. —Echó una mirada a la señora Tomlinson—: Bella estará encantada de acompañar a la señorita Beaumarsch en cualquier salida necesaria, pero debe asegurarse, señora, de que su presencia en mi casa evitará que surjan chismes desagradables.

—Sí, claro. —Mi lady le agitó una mano gorda y rodeada de un anillo—. Si estuvieras casado, Elliot, mi presencia no sería necesaria, pero continúas con tu vida de soltero, llenando la ciudad de corazones rotos.

—¡Mi querida tía! —protestó, pero ella lo interrumpió.

—No lo niegues, Elliot. Incluso en Herefordshire escucho la noticia. No pasa un mes sin que haya otra mujer cuyas esperanzas has frustrado.

—Pero no escuchará que fui yo quien generó esas esperanzas en primer lugar.

Lady Padiham, una mujer imparcial, tuvo que estar de acuerdo, pero no se dejó silenciar.

—¿Puedes culpar a mis hermanas por intentar encontrarte una novia, ya que tú no te tomas la molestia? —continuó—. Prefieres involucrarte con una sucesión de amantes... y no necesita mirarme con el ceño fruncido tan terriblemente, señor. Sabes que soy demasiado vaga para andar con rodeos; Arabella conoce muy bien tu comportamiento y, a menos que la señorita Beaumarsch haya sido una completa reclusa, no tengo ninguna duda de que ha oído hablar de tu reputación. ¿No es así, querida?

—Sí, señora —murmuró Rosamund.

Llevaba poco tiempo viviendo en Ullenwood House, pero ya en varias ocasiones había notado que el marqués escogía una nota perfumada de la colección diaria de cartas e invitaciones que llevaban a la mesa del desayuno para llamar su atención. Ahora reprimió una sonrisa mientras observaba los duros rasgos de mi lord oscurecerse hasta convertirse en un ceño

fruncido. Le recordaba mucho a un colegial sorprendido cometiendo un delito. En ese momento él levantó la vista y captó su mirada. Por un instante, Rosamund temió que su diversión lo hubiera enojado, pero, en cambio, su ceño se desvaneció y una sonrisa irónica curvó sus labios.

—Me esforzaré por enmendar mis costumbres mientras esté aquí, tía.

—Sí, sí —respondió Lady Padiham—. Ahora, pongámonos serios. ¿Qué planes tienes para mi entretenimiento, Elliot?

—Pues ninguno, señora. Anticipé que querría vivir tranquilamente, como lo hace en Hertfordshire.

—Mi querido sobrino, el hecho de que te haya dicho que no deseo salir no significa que las visitas no puedan venir a *verme*. Por supuesto, no debe haber música ni baile, la pérdida de la señorita Beaumarchais lo impide, pero unos cuantos invitados a cenar no vendrán mal. En efecto, a la pobre niña le haría mucho bien, porque no hay nada más perjudicial para los espíritus que estar deprimido por sentir lástima de uno mismo. Ahora bien, hay muchas personas a las que debo ver mientras esté en la ciudad, así que sugiero una pequeña cena, Elliot.

La señora Tomlinson aplaudió.

—Oh, qué idea tan espléndida, tía Padiham. ¿Cuándo será? ¿Conoceré a alguno de sus invitados?

—Creo que la semana que viene. —Se rio entre dientes y la gorguera que sostenía su barbilla tembló—. Si Bessborough no hubiera llevado a Harriet a París, le habría pedido que viniera, porque es una mujer tan dulce y querida, pero en cuanto al resto, dudo que haya alguien que te interese, Bella, y ningún joven al cual cautivar, pequeña traviesa.

—No, eso pensé —suspiró Arabella—. Mi tío era amigo de Addington, ¿verdad? Así que supongo que toda la conversación será sobre política.

—No te hará ningún daño pensar en otra cosa que no sean los últimos vestidos, Bella —gruñó lord Ullenwood.

Arabella hizo un puchero, pero Rosamund dijo tímidamente: —¿Su marido estaba involucrado en el gobierno, Lady Padiham?

—Dios te bendiga, cariño. Murió antes de que cayera Pitt, pero era un gran partidario de Fox, ¿sabes? Me he mantenido en contacto con todos mis viejos amigos y los invitaré a venir a verme, si Ullenwood lo arregla. Estoy segura de que no tengo la energía para hacerlo.

—Le pediré a Henry que se encargue de ello, señora —sonrió el marqués—. Todo lo que necesita hacer es estar presente esa noche.

—Bueno, ¿qué piensas de mi tía? —preguntó la señora Tomlinson mientras acompañaba a Rosamund de regreso a su habitación esa misma noche—. Es un poco excéntrica y extremadamente ociosa, pero tiene muy buen carácter.

Rosamund asintió.

—Me agrada; es muy divertida y fue muy amable conmigo. ¿Crees que invitará a su fiesta a muchos miembros del gabinete? ¿Vendrán?

—Oh, espero que lo hagan, porque ella está muy bien relacionada y, aunque Elliot no participa activamente en política, no rechazarán fácilmente la oportunidad de venir a Ullenwood House. —Arabella suspiró—. Sin embargo, será muy aburrido para nosotras. Los amigos de tía Padiham son todos muy mayores. No habrá nadie con quien coquetear.

Rosamund consideró la próxima cena con mucha más esperanza. No tenía ningún deseo de coquetear con nadie, pero si entre los invitados de lady Padiham había hombres activos en política, entonces podría resultar ser la oportunidad que necesitaba para encontrar un empleador.

Con lady Padiham establecida en Ullenwood House, la vida adoptó un patrón lento e indolente que a Rosamund le resultaba extremadamente fastidioso. Si salía, iba cubierta con un velo y acompañada por la señora Tomlinson, quien estaba bajo estrictas instrucciones de su primo de no hacer nada que pudiera despertar el interés público o la difamación. En el interior, las dos jóvenes pasaban el día cosiendo, leyendo, tocando el piano o pintando con acuarelas. La señora Trimble era una ama de llaves muy eficiente y Rosamund no desempeñaba ningún papel útil en la organización de Ullenwood House. El propio marqués estaba ausente la mayor parte de los días, uniéndose a las damas para cenar algunas noches, pero en general manteniéndose alejado de lo que describió mordazmente a sir James como una casa llena de mujeres.

Lady Padiham nunca salía de su habitación antes del mediodía y pasaba las tardes entreteniendo a sus amigos antes de retirarse nuevamente a descansar antes de cenar. Le explicó a Rosamund que nunca se aventuraba a salir al aire libre durante los meses más fríos, pero que en cuanto llegara el buen tiempo se animaría y tomaría el suave aire en el parque. La señora Tomlinson evitaba las visitas vespertinas de su tía siempre que era posible y prefería intercambiar notas con sus amigas sobre los últimos chismes indecentes. Rosamund esperaba que al estar presente para ayudar a lady Padiham a entretener a sus invitados, pudiera disfrutar de una pequeña conversación estimulante y descubrir a alguien que necesitara un empleado.

Rosamund no tardó mucho en darse cuenta de que lady Padiham había vivido retirada durante muchos años y que los amigos que permanecían en la ciudad estaban más interesados en sus dolencias que en la frágil paz con Francia. Por eso se sorprendió al encontrar a un caballero muy elegante esperando en el vestíbulo una fría tarde. Por primera vez no había sirvientes en el vestíbulo y se había quitado su pesado Benjamin para dejar al descubierto un abrigo de fina lana azul que le sentaba bien sobre un chaleco llamativo y pantalones ajustados y pálidos que desaparecían en un par de brillantes botas de arpillera.

—Oh —Se detuvo—. ¿Está esperando ver a lady Padiham? Creo que está entreteniéndose en la sala de la mañana, ya voy de camino allí.

El hombre arrojó su abrigo sobre una silla cercana, se quitó el sombrero de castor de ala rizada de su reluciente cabello rubio y le hizo una elegante reverencia.

—Gracias, señorita, pero no. De hecho, no sabía que ella estaba en la ciudad. Estoy esperando a lord Ullenwood. —Se enderezó y le sonrió—. Lo siento. No nos han presentado.

Rosamund sintió que se ruborizaba. ¿Cómo iba a describirse a sí misma? El caballero le ahorró la molestia de continuar.

—Usted debe ser la nueva pupila de Elliot, señorita Beaumarsch, ¿es correcto? ¿Cómo está, señorita? Sir James Ashby, a su servicio.

—Sir James. —Ella hizo una pequeña reverencia—. ¿Sabe lord Ullenwood que está aquí? ¿Quiere que lo encuentre?

—No es necesario, señorita Beaumarsch. Johnson ya le ha llevado mi tarjeta. No, por favor, no huya —añadió rápidamente mientras ella se disponía a marcharse—. Cuénteme cómo le va. ¿Es por eso por lo que lady Padiham está aquí, para cuidar de usted?

—Me va muy bien, señor, se lo agradezco. Y sí, mi lady es una anfitriona amable y considerada.

—Creo que es muy bondadosa, aunque me atrevería a suponer que sus conocidos son un poco viejos para usted, ¿no? ¡Maldita sea, si no me ofende que me considere uno de ellos! —Rosamund lo miró rápidamente y el brillo de sus ojos azules la tranquilizó. Continuó—: Pero ¿cómo se las arregla un soltero tan empedernido como Elliot, teniendo su tía a cargo?

Estaba sonriendo, pero Rosamund no estaba segura de cómo responder a su broma y se

sintió aliviada al ver aparecer al marqués en lo alto de las escaleras.

—No puedo responder a eso, sir James —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Será mejor que se lo pregunte al mismísimo lord Ullenwood.

—¿Pregúntame qué? —preguntó el marqués, bajando las escaleras.

—Si te gusta tener a tu tía instalada aquí —sonrió sir James, acercándose a él—. Elliot, ¿cómo estás?

—Bien, James, gracias, y estoy encantado de que lady Padiham se quede aquí.

Sir James miró a Rosamund con picardía.

—Verá, siempre es un caballero, señorita Beaumars. Admiro eso.

Lord Ullenwood inclinó la cabeza. —Ya veo que has conocido a mi pupila.

—Sí, nos presentamos. Espero que no te opongas.

—Si la señorita Beaumars no lo hace.

—En absoluto —respondió ella, guiñándole un ojo al invitado—. Lo único que siento es haberle confundido con uno de *los viejos conocidos* de mi lady.

—James, quizá te gustaría subir a mi estudio —interrumpió lord Ullenwood antes de que sir James pudiera responder—. ¿Si la señorita Beaumars nos disculpa?

—Por supuesto, mi lord

Sir James le tomó la mano. —Me alegro de haberla conocido, señorita Beaumars. Sé que está de luto, pero espero... es decir, ¿ya está recibiendo visitas?

—No, James, no es así. —La voz áspera de lord Ullenwood atravesó el pasillo.

Su invitado no parecía notablemente abatido y Rosamund levantó la cabeza para dirigir al marqués una mirada desafiante.

—Mi lord se equivoca —dijo con gran deliberación—. Naturalmente, todavía no salgo, pero lady Padiham está en casa para recibir visitas la mayor parte de los días, y yo me uno a ella para recibirlos.

Sir James se llevó los dedos a los labios.

—Entonces, por supuesto, espero renovar mi relación con lady P.

—Si tienes asuntos que discutir conmigo, Ashby, será mejor que vengas ahora —gritó el marqués, frunciendo el ceño.

—Adelante, Elliot, ahora estoy contigo. Su humilde servidor, señorita Beaumars. —Le dedicó un último guiño conspirador antes de girarse para seguir a su anfitrión—. No hay necesidad de echar chispas, Elliot, no te retendré por mucho tiempo.

—Si es la pregunta habitual, entonces puedo ahorrarte el problema y darte la respuesta ahora. —El marqués lanzó las palabras por encima del hombro mientras conducía al primer piso—. ¡Es no!

Rosamund vio a los dos hombres desaparecer de su vista y continuó su camino hacia la sala de estar. Un encuentro con un caballero afable le había levantado el ánimo y esperaba que él visitara a lady Padiham muy pronto.

CAPÍTULO NUEVE

Al día siguiente, lord Ullenwood invitó a Rosamund a salir con él. La había buscado en la biblioteca, elevándose sobre ella con su monótono abrigo de conducir con muchas capas en los hombros que realzaban sus ya impresionantemente anchos hombros.

—Usted duda, señorita Beaumarch. Quizás tenga miedo de que le derribe.

—No, sé que le consideran un látigo notable. Simplemente, me sorprende que me lo pregunte. ¿Arabella está indisputada?

—No le he preguntado a Bella.

—Oh. —Ella miró sus zapatos de ante y sus relucientes botas altas—. Pero está listo para partir. Necesitaría cambiarme de vestido.

—Ya he enviado por mi carruaje, así que puedo darle veinte minutos. Y lleve un abrigo cálido, hace mucho frío.

Rosamund se enfureció ante su tono autocrático. Estuvo tentada de rechazar su oferta, pero la idea de salir era demasiado atractiva, así que simplemente asintió y se apresuró a ponerse su vestido de paseo.

—¿Por qué le sorprendió que le invitara a venir conmigo?

Se dirigían hacia el tráfico de Piccadilly y Rosamund no respondió de inmediato, pero observó al marqués controlando su equipo de caballos colorados mientras avanzaban poco a poco a través de un espacio estrecho entre un carruaje privado y la carreta de un granjero.

—Me sorprendió porque pensé que me estaba evitando. O, si no *a mí* —contemporizó—, pensé que tal vez le parecía una imposición que de pronto tantas damas invadieran su casa. —Agradeció que su pesado velo ocultara su sonrojo, y pensó que no se habría atrevido a decirle tal cosa al marqués si él hubiera podido ver su rostro. Una mirada a su rostro impasible no le dijo nada de su reacción ante sus palabras, y se obligó a continuar—. Me temo que he perturbado su vida mucho más de lo que usted esperaba, mi lord. Nunca fue mi intención ser tal carga.

El marqués guio a su equipo hasta Hyde Park antes de responder.

—Está en lo correcto. He *estado* evitando la casa desde la llegada de mi tía. Tenía el malentendido de que lady Padiham cuidaría de usted y de Bella, y que yo sería libre de continuar con mi vida como siempre. Sólo cuando Ashby me llamó ayer me di cuenta de que le estaba descuidando.

—¡No es así! —gritó—. Oh, esto es terrible. ¡Nunca quise esto! No pensé que las acciones de mi abuelo le causarían tantos problemas. —Juntó las manos y se movió inquieta en su asiento—. Había pensado, tenía esperanzas, de poder lograr cierta independencia cuando el abuelo muriera, pero me he convertido en una carga aún mayor, y para usted, un extraño, ¡a quien no tengo ningún derecho a imponerme!

Lord Ullenwood detuvo los caballos y ordenó a su mozo de cuadra que los adelantara. Cuando estuvo seguro de que estaban bajo control, dejó las riendas a un lado.

—Señorita Beaumarch, Rosamund, ¡guarde silencio ahora! —Tomó sus manos—. Míreme. Maldición. —Con un juramento entre dientes, le quitó el velo de la cara—. Así está mejor. Ahora, señorita, ¿parezco un hombre al límite de su resistencia? No. Ullenwood House tiene espacio y sobra para otra docena de invitados y sirvientes suficientes para cuidar de todos ellos. —Le apretó los dedos y le sonrió—. *No* es una carga.

Ella lo miró con el ceño fruncido y ansiosa.

—¿No le hemos expulsado de su casa?

La sonrisa creció. —No. La verdad es que rara vez ceno en casa cuando estoy solo. Ahora, en lugar de reprenderse a sí misma por ser una molestia, debería reprenderme *a mí* por mi falta de atención.

Ella parpadeó y le temblaron los labios. —No podría hacer eso, cuando ha sido tan amable conmigo.

—¡Amable! —Le entregó un pañuelo níveo—. Tome, límpiense los ojos. Supongo que durante los últimos años ha estado viviendo con un hombre que no consideraba nada más que sus propias comodidades, y ha llegado a pensar que no vale nada en absoluto. Y, aun así, tiene espíritu, lo sé. ¿Dónde está la mujer que sólo bebería champán la primera vez que fui a verla?

—Me enojó que se atreviera a dar órdenes a mis sirvientes.

—Y con toda razón. Fue una impertinencia imperdonable. Le pido perdón por ello. Si desea beber champán todas las tardes, le pediré a Johnson que se lo tenga preparado.

Estaba ocupada secándose los ojos, pero logró soltar una risita llorosa.

—Está siendo absurdo, señor.

—Sí, lo soy.

Le tomó la barbilla entre el índice y el pulgar de una mano e inclinó su cabeza hacia arriba.

—Deme mi pañuelo y déjeme secar el resto de esas lágrimas. No le sientan bien.

—Sin duda su amante puede derramar lágrimas y seguir luciendo hermosa —murmuró.

—Por supuesto —asintió cordialmente—. Puede llorar a voluntad, sin que se le enrojezca la piel o que su nariz adquiera un tono rojo indecoroso. La diferencia, sin embargo —le pellizcó la barbilla—, es que todo es para lograr un efecto, mientras que su emoción proviene del corazón. —Él sostuvo su mirada por un momento, luego con una leve risa la soltó y volvió a cubrirle el rostro con el velo—. Ahora que nos entendemos, creo que deberíamos continuar nuestro camino. No dejaré a mis caballos parados por mucho tiempo. ¡Suéltalos, Kirkham!

A pesar del viento helado, el parque estaba lleno de carruajes y jinetes, pero, aunque el marqués reconoció a varios conocidos, no se detuvo a hablar con ninguno de ellos. Sin embargo, le recordó a Rosamund su búsqueda de independencia.

—Conoce a tanta gente, mi lord —comentó Rosamund—, estoy segura de que debe haber al menos uno entre ellos que agradecería un poco de ayuda... tal vez para escribir cartas.

—Estoy seguro de que los hay, pero ninguno que agradeciera una recomendación *mía*.

Su tono era tan implacable que ella no se atrevió a decir más sobre el asunto, sino que puso sus esperanzas en los invitados de lady Padiham a su fiesta esa noche.

Cuando regresaron a Ullenwood House, Rosamund estaba en los mejores términos con su anfitrión y se sorprendió al descubrir que se había divertido más que en cualquier otro momento desde que dejó Northby Manor. Un comentario mientras él le ayudaba a bajar la hizo detenerse.

—¿Quiere decir que no asistirá a la fiesta de su tía esta noche? —preguntó ella, poniéndose el velo mientras él la conducía al interior de la casa.

—No es necesario que esté allí.

—Oh. —Inmediatamente, se dio cuenta de una profunda decepción—. Recordando nuestra conversación anterior, mi lord, usted dijo que debería reprenderlo por su negligencia...

Soltó una carcajada. —Así lo hice, y ahora me lo echa en cara. ¡Qué descarada! Muy bien. Tengo un compromiso para la primera parte de la velada, pero pasaré más tarde, tiene mi palabra. ¿Eso servirá?

—Gracias, señor. —Se giró y miró hacia el rellano cuando escuchó una voz. La señora Tomlinson la miraba desde la galería.

—¡Ahí estás, Rosamund! Me alegro mucho de que hayas vuelto. La tía Padiham ha cambiado de opinión sobre qué servir para la cena esta noche y me ha pedido que le dé a Cook sus nuevas órdenes. Ven conmigo, porque sabes que se enojará mucho si sus planes se ven alterados en esta última etapa. O mejor aún —dijo, animándose—, Elliot podría decírselo.

Él levantó las manos. —Oh, no, no me arrastrarás a esto, Bella.

—Dame un momento para quitarme la capa y el sombrero e iré contigo —dijo Rosamund. Miró al marqués—. Espero que no pierda a su cocinera, mi lord.

—No hay ninguna posibilidad de que eso suceda —replicó—. Puede que resople y resople, ¡pero de ninguna manera *me* culpará por este disgusto!

—Qué criatura tan sin espíritu es, lord Ullenwood. —Rosamund se rio y empezó a subir las escaleras—. Espérame, Bella y desafiaremos a las cocineras juntas.

—Y le pediré a Johnson que le tenga preparada una copa de champán cuando regrese —le gritó el marqués.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Arabella, frunciendo el ceño.

Rosamund se sonrojó y sacudió la cabeza antes de correr a su dormitorio.

Para la fiesta de lady Padiham, la señora Tomlinson había comprado un vestido nuevo de tafetán italiano en color lila pálido con un tocado a juego, pero no se pudo convencer a Rosamund de que encargara otro vestido nuevo y optó por usar su seda gris paloma con una banda de encaje blanco asegurada alrededor de su cabello oscuro. Un collar de perlas alrededor de su cuello era su único adorno y lady Padiham asintió con aprobación de su sencillo atuendo, declarándolo totalmente adecuado para una joven de luto.

—Por supuesto, no haré mucho escándalo al presentarte —dijo mi lady, sacudiendo los pliegues de su propio vestido color rosa—. Dado que Arabella y tú todavía están de luto, no las presentaré de ninguna manera, pero deben vigilarme, queridas, y si las llamo será para presentarlas a uno o dos de mis amigos particulares. —Ella sonrió y asintió, haciendo que las plumas doradas atadas a su turbante se agitaran suavemente sobre ella.

—¿Mi primo ha invitado a alguno de sus amigos esta noche, tía? —preguntó Arabella.

—No, me lo ha dejado todo a mí, pero ha prometido pasar un poco más tarde.

—Para asegurarse de que no nos estamos divirtiendo —murmuró Arabella, haciendo pucheros.

Lady Padiham era demasiado bondadosa para ofenderse y simplemente se rio entre dientes.

—Debes comportarte esta noche, Bella, de lo contrario tendré que responder ante tu querida mamá.

—Así que, con toda probabilidad, tendremos que sentarnos en un rincón, como colegialas que aún no han salido —gruñó Arabella cuando empezaron a llegar los primeros invitados. Se dejó caer junto a Rosamund en un rincón oscuro de la habitación, golpeando furiosamente su mano con su abanico.

—Pero, Bella, ya debes conocer a la mayoría de estos invitados —comentó Rosamund.

—Sí, por supuesto, y nadie podría imaginar una colección más aburrida. La mayoría son mayores que mamá. —Bella se estremeció—. ¡Me sorprende que se aventuren a salir en una noche tan helada!

—Hay un fuego crepitante, y pronto será más cómodo cuando todos hayan llegado —respondió Rosamund, decidida a mostrarse alegre—. Quédate aquí mientras te traigo vino caliente. Eso te calentará.

Cuando llegaron los invitados, Rosamund reconoció a muchos de ellos como los visitantes vespertinos de mi lady, y aquellos que no conocía se dirigió a Arabella para que la iluminara. Estaba atenta a sus conversaciones con el marqués y consideraba que si buscaba empleo no podía ser con un joven. Lord Ullenwood parecía pensar que hombres así malinterpretarían sus motivos. Tampoco debería elegir a un hombre casado, ya que el señor Mellor había señalado que una esposa bien podría oponerse. No, necesitaba encontrar un caballero soltero y mayor que agradeciera su ayuda en asuntos de negocios. Por eso observó con interés a los invitados y, cuando por fin vio a su tía sentada sola, se acercó a ella.

—Qué velada tan fascinante, señora. Hay tantos invitados. Me encantaría saber quiénes son todos. —Ella miró a su alrededor—. Ese caballero de allí, por ejemplo, el del abrigo rojo y las patillas rojas.

—Ah, ese es lord Tyneham —dijo Lady Padiham—. Excelente hombre. Ahora está retirado del gobierno, por supuesto, pero su conocimiento de la política exterior es insuperable. Addington quería que él fuera embajador en París, ya sabes, en lugar de lord Whitworth, pero lo rechazó, diciendo que era demasiado mayor para vagabundear por el continente.

—Ya veo. ¿Y ese? ¿El caballero alto y delgado con peluca gris y levita color chocolate?

—Matthew Harkstead. —Lady Padiham suspiró—. Bendito hombre. Perdió a su esposa hace varios años y desde entonces se dedicó a obras de caridad.

—Qué interesante. —Rosamund consideró al caballero. Quizás esta fuera su oportunidad. Sintió un pequeño sobresalto de sorpresa cuando lady Padiham se ofreció a presentárselo y se limitó a mirar, muda, cómo mi lady agitaba una mano imperiosa y el señor Harkstead se acercaba.

—Matthew, déjame presentarte a mi amiguita, la señorita Beaumarsh. La nieta de Northby, ya sabes.

—Ah, sí, me enteré de eso —tomó su mano y se inclinó sobre ella—. Un muy mal asunto. Mi más sentido pésame, señorita Beaumarsh. —A pesar de todos sus planes, a Rosamund no se le ocurrió nada que decir. Confundiendo su silencio con angustia, el señor Harkstead le dio unas palmaditas en la mano—. Debe sentirse terriblemente al ser arrancada de su hogar familiar, sin nadie que le cuide.

—Disculpa, Matthew, pero tiene a mi sobrino para que la aconseje —intervino lady Padiham.

—Ah, sí, claro, claro.

Con una reverencia, el señor Harkstead se alejó y poco después Rosamund regresó a su asiento en la esquina junto a Arabella, mientras los inicios de un plan tomaban forma en su cabeza.

Arabella le entregó otra copa de vino caliente.

—Estoy tan *aburrida* —se quejó—. La tía Padiham les ha contado todo sobre mí, de modo que las damas sólo quieren compadecerme y los caballeros me tratan como si fuera su nieta. Ojalá hubiera alguien aquí con quien reír.

—Quizás lo haya —murmuró Rosamund, mirando hacia la puerta—. Tu primo justo ha llegado.

Arabella se puso inmediatamente alerta.

—Oh, excelente —declaró ella, iluminándose de inmediato—. Tiene a sir James Ashby con él. ¿Conoce a sir James, Rosamund?

—Lo he conocido; vino a casa el otro día.

—Es una muy buena compañía. —Ella soltó una pequeña carcajada—. Oh, mira, sir James viene. Buenas noches, señor. Estoy muy feliz de verle.

Se inclinó sobre la mano de la viuda con gracia practicada. —Su siervo, señora. Señorita Beaumarch.

—Estamos muy contentas de que estén aquí —gritó Arabella, aferrándose a sus dedos—. Espero que se quede y hable con nosotras toda la noche.

—Bueno, por supuesto que estaría encantado de hacerlo, pero me temo que debo cumplir con mi deber y buscar a mi anfitriona. Entonces espero volver con ustedes.

—Sí, vuelva rápido —suplicó Arabella—. No puede imaginarse lo aburrida que nos parece la compañía.

Sir James levantó una mano y dijo con una sonrisa en la voz:

—¡Tenga cuidado, señorita, debe saber que la mayoría de estas personas son amigos míos!

Rosamund aprovechó la oportunidad. —¿La mayoría de ellos están en el gobierno, sir James?

—Bueno, algunos de ellos, por supuesto.

—Qué fascinante. Qué lástima que hayamos acordado no buscar presentaciones esta noche, porque hay varias personas aquí de las que me gustaría mucho saber más... Lord Tyneham, por ejemplo.

—¿Así es? Bueno, déjeme ir a saludar a lady P. Luego, si lo desea, le presentaré algunos de estos fascinantes caballeros.

Apenas capaz de creer su buena suerte, Rosamund le agradeció amablemente y lo vio alejarse. Arabella hizo una mueca de impaciencia a su lado.

—Rosamund, estoy decepcionada de ti. Sir James es, con diferencia, el caballero más atractivo que está aquí esta noche y todo lo que puedes hacer es pedirle que te presente a esos viejos tristes.

—Yo no se lo pedí, él se ofreció —la corrigió Rosamund—. ¡Y además espero convencer a uno de esos viejos tristes para que me contrate!

Su optimismo duró poco. Fiel a su palabra, sir James se acercó con lord Tyneham a su lado. Arabella convenció a sir James para que la llevara a reunirse con lord Ullenwood al otro lado de la habitación y Rosamund se quedó sola, haciendo todo lo posible por encantar a su nuevo conocido sin temor a que la vivaz viuda lo deslumbrara. Lord Tyneham era muy cortés, pero tan sordo, que la conversación resultaba extremadamente. Finalmente, supo que a él no le interesaba la vida pública y que ahora no se dedicaba a nada más agotador que dar un paseo por Green Park con sus amados perros spaniel.

Lord Tyneham claramente no sería adecuado para su propósito, ni tampoco los otros caballeros que sir James amablemente le presentó, ya sea por ser demasiado mayores, estar demasiado enfermos o sin ningún interés, excepto la caza y la pesca. Se sirvió otra copa de vino caliente y se sentó a repensar su estrategia. Al otro lado de la habitación vio a Arabella riendo y hablando con sir James y el marqués. Ella frunció el ceño mientras terminaba su vino. Fue muy descortés por parte de lord Ullenwood no ayudarla a encontrar empleo. Estaba segura de que él podría hacerlo si así lo deseaba. Sir James había sido de gran ayuda, pero como no tenía idea de por qué ella quería que le presentaran a alguno de estos caballeros, no se le podía culpar por presentar a los que consideraba más interesantes.

Cogió una copa de champán de la bandeja de un sirviente que pasaba y tomó un sorbo. Decidió unirse a Arabella, pero cuando se levantaba para cruzar la habitación vio al señor Harkstead sentado solo junto a una ventana. Haría un último intento. Cuando ella se acercó, él se

levantó y le sonrió de una manera tan paternal que ella se animó. Le devolvió la sonrisa y se dejó caer en el sofá.

—Espero que la compañía no le resulte aburrida, señor Harkstead.

—En absoluto, señorita Beaumars.

—Tal vez esté fatigado —continuó—. Qué vida tan ocupada debe tener. Mi tía me dice que participa en muchas obras de caridad. Me pregunto cómo puede encontrar tiempo para todo eso.

—Uno está obligado a organizar su tiempo, naturalmente —respondió él, sentándose a su lado—. Pero tiene razón: rara vez uno tiene un momento para sí mismo, porque hay comisiones a las que asistir, grupos de trabajo, por no hablar de las peticiones. La gente habitualmente llama a mi puerta, rogándome que les ayude. Verá, incluso ahora estoy en el proceso de establecer un nuevo plan para aliviar los sufrimientos de los pobres que lo merecen...

—¿Y tiene a alguien que le ayude? —preguntó, tomando un sorbo de champán.

—Tengo un empleado, por supuesto...

—Y estoy segura de que es muy útil, pero no puede entender los detalles más finos de sus organizaciones benéficas.

—No, querida, tiene toda la razón. Qué astuto de su parte.

Rosamund pensó en el estimable Henry.

—¿Confiaría usted, por ejemplo, en él para que dictara sentencias en su nombre?

—Oh, no, no, eso nunca sucedería.

Tomó otro sorbo para armarse de valor.

—Me gustaría mucho ayudarle con su trabajo, señor Harkstead.

—¿En serio? —dijo, sorprendido.

—Oh, sí, muchísimo. Verá, desde la muerte de mi abuelo he pasado demasiado tiempo sin hacer nada. Quiero un interés en el que pueda dedicarme de todo corazón.

—Bueno, eso es muy admirable, pero no veo...

—Por lo que me ha dicho, creo que podría ayudarle con su trabajo, señor. Podría quitarle algo de la carga de encima. Debe ser muy solitario para usted, sin nadie esperándole al final del día para compartir tus preocupaciones.

—Eso es cierto —dijo, muy sorprendido—. Llevo todas estas preocupaciones conmigo, día y noche. Tener a alguien que pudiera aliviar esa carga sería una ventaja. —Hizo una pausa—. Su vaso está vacío, señorita Beaumars. Déjeme buscarle otro.

Hizo una señal a un lacayo y pronto le entregó a Rosamund otra copa de champán. Su cabeza comenzaba a dar vueltas un poco, pero el vino burbujeante parecía ayudarla a expresar sus pensamientos, así que tomó otro sorbo más grande.

—Pensé que estaba bajo la protección de lord Ullenwood —comentó el señor Harkstead.

—Bueno, lo estoy, por supuesto, pero no siempre es muy cómodo.

—Ah, lo entiendo —dijo rápidamente.

Rosamund se preguntó qué quería decir con eso, pero lo dejó pasar y dijo con entusiasmo: —Me gustaría mucho ser independiente.

—¿Pero no se opondrá lord Ullenwood?

—Oh, no —respondió ella alegremente—. Lo hemos discutido y, la verdad, creo que estaría muy contento de deshacerse de mí. —Ella le dirigió lo que esperaba fuera una mirada inteligente—. Verá, me gusta estar ocupada. Quiero una *ocupación*.

—¿Ahora mismo?

—Sí, señor, porque no me gusta estar ociosa, y si estuviera buscando a alguien, estoy segura de que podría serle útil.

Le dio una palmadita paternal en la mano. —Estoy seguro de que podría, querida.

Tomó otro sorbo de champán. ¡Esto iba muy bien!

—Por supuesto, el problema sería encontrar un lugar donde vivir. —Volvió a pensar en el estimable Henry, que tenía alojamiento en la cercana Jermyn Street.

—Bueno, no hay necesidad de que eso le preocupe —dijo el señor Harkstead—. Podría encontrarle una casita acogedora.

—¡Es usted muy amable! Pero, por supuesto, tendremos que discutir las condiciones.

—¿Condiciones?

—Bueno, sí. Querrá saber qué puedo hacer...

El señor Harkstead levantó una mano y dijo apresuradamente: —¡No creo que debamos discutir eso aquí! Quizás sería mejor que viniera a verme mañana, querida. Vivo a un paso de distancia, en Dover Street. Venga a verme a las dos, digamos, y discutiremos todo más a fondo.

Rosamund le sonrió. —Bueno, gracias, señor. Así lo haré.

Cuando el señor Harkstead se fue, Rosamund permaneció en el sofá y consideró su éxito. Después de todo, no había necesitado la ayuda de lord Ullenwood, lo cual era un gran motivo de satisfacción. Se sintió un poco mareada y dejó el vaso, pensando que tal vez no debería beber nada más. De hecho, tenía un poco de sueño y se contentaba con recostarse en el sofá y cerrar los ojos...

—Rosamund, ¿dónde has estado?

Abrió los ojos y encontró a Arabella parada junto a ella. Extendió la mano y la atrajo hacia sí.

—¡Nunca lo adivinarás! He encontrado a alguien que me contratará como su secretaria.

—¡No!

—¡Sí! El señor Matthew Harkstead.

Arabella miró al otro lado de la habitación, al hombre delgado y de aspecto ascético que en ese momento se estaba despidiendo de lady Padiham.

—¿Estás completamente segura?

Rosamund asintió.

—Sí. Lo discutimos plenamente. Está muy ocupado y cree que puedo serle de gran utilidad. Tengo que verlo mañana para acordar las condiciones.

La señora Tomlinson retrocedió. —¿Seguramente no piensas ir a verlo sola?

—Pero por supuesto. Una vez que esté trabajando para él, no podré tener a mi doncella a su cargo.

—¿Y Elliot lo sabe?

—No —dijo Rosamund—, y no es mi intención decírselo, al menos hasta que todo esté de acuerdo, así que te ruego que no digas nada al respecto, Bella.

—Muy bien, si insistes.

—Sí. Esto es muy importante para mí, y dado que tu primo parece pensar que no puedo manejar estas cosas por mí misma, me complacerá mucho demostrarle que está equivocado.

CAPÍTULO DIEZ

Exactamente, a las dos de la tarde del día siguiente, Rosamund estaba en el umbral de una casa limpia y recién pintada en Dover Street. El frío se había intensificado durante la noche y una ligera nevada había dejado zonas de hielo en las carreteras y asfaltadas. Rosamund se acurrucó en su pelliza forrada de piel y enterró las manos en su manguito para protegerlas del cruel viento que le mordía la nariz y las mejillas, a pesar del velo. Llamó resueltamente y pasó impacientemente de un pie frío a otro. Finalmente, la puerta se abrió y la guiaron dentro. Se animó cuando el sirviente le indicó que la esperaban y la condujo escaleras arriba hasta un espacioso salón.

—Oh. —Se detuvo en la puerta—. ¿Pensé que el señor Harkstead querría verme en su oficina o estudio?

—Me ordenaron que la trajera aquí, señorita. —La patente indiferencia del lacayo resultaba desconcertante.

Rosamund descubrió que su coraje se le escapaba. Cuadró los hombros y entró en la habitación hacia la chimenea.

—Muy bien —respondió ella alegremente—. Me calentaré aquí junto al fuego mientras espero al señor Harkstead.

Hacía mucho calor en la habitación. Evidentemente, el fuego había estado ardiendo toda la mañana, y Rosamund se sintió alentada por esto; el señor Harkstead debía ser un hombre de buenos medios económicos para permitirse semejante lujo. Según su experiencia, aunque limitada, la mayoría de los hogares sólo encendían el fuego en una habitación justo antes de utilizarlo. Oyó que se abría la puerta y se giró para ver que el señor Harkstead había entrado.

—Buenos días, señorita Beaumarsch. Estoy encantado de que haya podido venir.

—Hemos concertado una cita, señor —dijo enérgicamente—. No sería muy profesional de mi parte decepcionarle.

—No, no, claro que no. Déjeme ayudarle a quitarse el abrigo. Estoy seguro de que se sentirá más cómoda. ¿Y quizá su sombrero? Sentirá más el beneficio cuando vuelva a salir. Dios mío, ¿en qué estaba pensando Perkins para no ayudarle con ello? Así está mejor. Ahora, querida, venga y siéntese aquí a mi lado en el sofá.

Rosamund habría preferido una silla, pero en la única que estaba cerca del fuego ahora se encontraba su abrigo y su sombrero. Se sentó en el borde del sofá, repentinamente incómoda. Intentó concentrarse.

—¿Cuándo quiere que empiece, señor?

El señor Harkstead le sonrió.

—Pensé que podríamos comenzar hoy. No tiene sentido perder el tiempo, ¿verdad, querida? Rosamund se pasó la lengua por los labios secos.

—No, seguramente no. Pero primero hay cosas que discutir.

Se acercó un poco más.

—¿Cómo qué?

Rosamund se apartó y se encontró presionada contra el brazo de caoba tallada del sofá.

—S-salarios, señor. Y... y contratos.

El señor Harkstead hizo un gesto con la mano.

—Oh, no creo que debamos preocuparnos por los contratos. Nunca lo he considerado necesario en el pasado.

—¿No es así?

—No. Todas mis damas anteriores estaban muy contentas con los términos.

—Oh. —Rosamund se sorprendió—. ¿Ha tenido otras señoras trabajando para usted, señor?

—Pues sí, por supuesto. No creo que me encuentres poco generoso. ¿Quieres quitarte los guantes, querida?

Tragó y trató de parecer enérgicamente eficiente mientras se quitaba los guantes de seda.

—¿Le gustaría que le tomara algunas notas, tal vez, o que le redactara una carta para que pueda ver con qué pulcritud escribo? Seguramente necesitará alguna prueba de mis habilidades.

—Sí, sí, ya llegaremos a eso.

—Entonces tal vez pueda mostrarme dónde le gustaría que trabajara, señor. ¿Quizás tiene un escritorio para mí?

Los pálidos ojos del señor Harkstead se abrieron un poco.

—¿Un escritorio? Pues sí, sí, todo a su debido tiempo. Por ahora, creo que empezaremos por aquí. —Le quitó los guantes y los arrojó a un lado—. Confieso que me sorprendió un poco cuando te acercaste a mí anoche, querida. No sabía que Ullenwood fuera tan liberal en estos asuntos.

Ella frunció. —¿Cuáles asuntos, señor?

—Tenerte en su casa, y, además, delante de las narices de su tía. —Él tomó sus manos—. Lo felicito por eso, pero claro, tú no sigues el estilo común. Se podría pensar erróneamente que eres perfectamente respetable.

Miró hacia abajo y vio que él le había puesto la mano en el muslo. Ella se la arrebató.

—¡Soy perfectamente respetable! Creo que... ¡oh!

Antes de que pudiera moverse, él se abalanzó sobre ella, tomándola con un apretón sorprendentemente fuerte y cubriéndole la boca con un beso caliente y húmedo. Rosamund luchó, el brazo de madera del sofá se clavó en su espalda mientras él la empujaba. El pánico la estremeció. Ella se retorció, deslizándose del asiento y arrodillándose para escapar de él.

—No, no, señor Harkstead, esto no es lo que tenía en mente —jadeó.

—¡Bueno, es precisamente lo que yo tenía en mente!

La alcanzó de nuevo. Con un grito, ella intentó levantarse, pero él la agarró del brazo y la tiró al suelo. Ella luchó furiosamente y escuchó que la muselina alrededor de su cuello se rasgaba. Él la inmovilizó contra el suelo.

—Vamos, vamos, querida —jadeó, mientras su aliento caliente le rozaba la cara—. No puedes prometerme tanto y luego decirme que no. —Empezó a desabrocharse la solapa de sus pantalones hasta la rodilla.

—¡Señor Harkstead! Le dije que quería trabajar para usted; como administradora.

—Disparates. Sé exactamente lo que me estabas pidiendo. Así que déjame probar la mercancía, querida, y luego hablaremos de las condiciones.

—¡No! —ella giró la cabeza para evitar su boca, luchando y pateando. Su pie derribó una pequeña mesa auxiliar, pero no pudo desalojar su peso que la empujaba hacia abajo. Sus manos ahora buscaban su corpiño, arrancando su pañuelo de muselina. Intentó agarrarle las muñecas, casi sollozando de frustración.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

La furiosa voz de lord Ullenwood resonó por la habitación. Al momento siguiente, el peso aplastante de Harkstead se liberó de ella. Con un grito estremecedor, Rosamund se giró de lado y

se acurrucó, sollozando. Apenas notó los sonidos de puñetazos y gruñidos, o el ruido de muebles rotos, pero luego se hizo el silencio y sintió una mano suave en su hombro.

—¿Ros? —El marqués estaba arrodillado a su lado, hablando en voz baja—. ¿Le ha lastimado?

Respiró hondo varias veces, intentando recuperar los sentidos.

—N-no, en realidad no. Yo...

—¿Cómo te atreves a entrar en mi casa y agredirme! —La voz del señor Harkstead, temblorosa de ira, la atravesó—. Haré que te echen. ¡Perkins, Perkins!

—Si llamas a tu hombre, está tendido al pie de las escaleras —gritó el marqués. Se volvió hacia Rosamund—. ¿Puede levantarse? Permítame que le ayude.

—Gracias. —Ella se puso de pie con dificultad—. Ahora estoy mejor —dijo, pero sus dedos se aferraron a su mano.

—¡Sinvergüenza! —chilló Harkstead, avanzando un poco, pero aun manteniendo una silla entre él y su agresor—. ¡La ley caerá sobre ti! Tengo amigos en el gobierno.

Rosamund hizo una mueca y se encogió contra lord Ullenwood, quien la rodeó con sus brazos.

—Estoy seguro de que les interesará saber cómo intentaste seducir a una dama inocente —gruñó—. Ahora cállate, Harkstead, o me veré obligado a dejarte sin sentido. —Apartó los brazos de Rosamund y se acercó para recoger su pelliza—. Venga, póngase esto. Le llevaré a casa.

Ella no se movió. La conmoción había dado paso al remordimiento y Rosamund sintió que las lágrimas comenzaban a picarle los ojos. El marqués la agarró por el hombro y la sacudió ligeramente.

—Debe ser valiente un poco más, Ros.

Respirando de nuevo, estremeciéndose, asintió y se enderezó el pañuelo desgarrado, luego le permitió que la ayudara a ponerse la pelliza. Sus manos buscaron a tientas los botones y él los apartó y se los abrochó. Cuando él terminó, ella recogió su sombrero y logró hacer un lazo digno.

—Así está mejor. —El marqués sonrió alentadoramente—. Aquí tiene. —Le puso el cordón del manguito en la cabeza y le tendió los guantes de cabritilla—. Los necesitará, ha empezado a nevar. —La condujo hasta la puerta, luego se detuvo y se giró para mirar a Harkstead, que todavía estaba de pie detrás de una silla, con un furioso moretón empezando a oscurecer su mejilla—. Por el bien de la dama, no continuaré con esto —dijo con voz tajante como el acero—. Pero si descubro que se ha filtrado alguna palabra de esto, lo perseguiré y lo destruiré, señor, ¿lo entiende?

Con el marqués a su lado, Rosamund pudo echar una mirada furtiva al señor Harkstead. Él los miraba ceñudo, pero sus hombros encorvados y su rostro asustado convirtieron su miedo en lástima. Apretó el brazo de lord Ullenwood.

—Por favor, vayámonos.

El día de invierno había dado paso a un crepúsculo gris y nublado y, cuando salieron a la calle, el aire helado se atascó en la garganta de Rosamund y la hizo jadear. Se aferró a lord Ullenwood. Él la miró.

—¿Busco un taxi?

—No, creo que preferiría caminar.

—Entonces tenga cuidado. El camino puede estar resbaladizo.

La condujo por la calle. Nevaba ligeramente, había pequeños copos que se arremolinaban sobre el suelo helado. Rosamund se armó de valor para hablar.

—¿Por qué vino por mí?

—Arabella me contó de qué se trataba. Estaba incómoda porque había salido sin su doncella y vino a pedirme consejo.

Rosamund bajó la cabeza. —Creo que he sido muy tonta —dijo en voz baja.

—Extremadamente tonta —dijo brutalmente.

Ella se mordió el labio. —Sin duda dirá que debería haberle escuchado.

—No. Es tan inocente que debería haberle dejado más claro lo que podría pasarle.

Habían llegado a Piccadilly y Rosamund vaciló.

—Yo, mmm, no quiero volver todavía. Ellas, es decir, Bella, me estarán buscando, y yo no estoy lista...

—Entonces caminemos por Green Park —sugirió—. Está sólo un poco apartado de nuestro camino y le dará tiempo para recomponerse.

La guio a través de la concurrida calle hasta el parque. El tiempo helado había ahuyentado a la multitud e incluso los vendedores ambulantes se apresuraban a buscar calor y refugio. Muy pronto estuvieron solos en el camino y la nieve que caía silenciaba los sonidos del tráfico hasta que parecieron caminar en su propio mundo silencioso. Rosamund sabía que tenía que agradecer al marqués por haber ido a rescatarla y comenzó a expresarle su gratitud con vacilación. Él la interrumpió.

—Si me hubiera contado sus planes, podría haberle advertido contra ello. ¿Qué le impulsó a ir a ver a ese hombre sola?

—He oído que es muy respetable y él mismo me dijo lo ocupado que está con todas sus obras de caridad.

—Y supongo que le ofreció sus servicios.

—Sí.

—Dios mío, señorita, ¿seguramente debe darse cuenta de lo que él pensaba que le estaba ofreciendo?

—Ahora sí, por supuesto, pero anoche me pareció tan simple...

Dio un suspiro exasperado.

—¡Precisamente Harkstead! El hombre tendría que haber sido un santo para resistirse a usted. Puede que Harkstead esté involucrado en una docena de buenas obras, pero no es un santo. Maldita sea, casi siento lástima por él.

—Bueno, yo no lo hago —replicó ella con un destello de su antiguo espíritu—. Le he dejado muy claro que se había equivocado y él todavía ha intentado... —se interrumpió, buscando su pañuelo en su bolso. Lord Ullenwood sacó el suyo y se lo entregó. Después de darle un momento para que se secara los ojos, volvió a decir—: Aún no entiendo cómo se decidió por Harkstead.

Se sonó la nariz desafiante.

—Cree que no escuché sus consejos, pero lo *hice*. Por lo que usted dijo, ya había decidido que un hombre joven no sería adecuado, y luego el señor Mellor señaló que un hombre casado podría encontrarse con que su esposa se opusiera.

—Indudablemente.

Ella hizo una mueca, pero continuó.

—Entonces pensé que un hombre mayor sería el más adecuado. —Respiró hondo—: Me equivoqué y lamento mucho haberle causado tantas molestias.

—Merece que le azoten por lo que ha hecho —replicó—. Le dije desde el principio que este plan suyo no podría funcionar.

—Sí, lo hizo. Debería haberle prestado más atención.

—Y es innecesario —continuó como si ella no hubiera hablado—. Si realmente no puede casarse conmigo, entonces ya le he dicho que le daré una asignación.

Ella paró. —¿Aún se casaría conmigo después de lo ocurrido?

—No ha ocurrido nada. Harkstead guardará silencio sobre lo de hoy, créame.

—Pero...

—No, para mí es obvio que necesita que alguien la cuide. —Extendió la mano y le levantó el velo, dejándolo caer suavemente sobre la coronilla de su sombrero—. Bueno, señorita Beaumarch, ¿debemos casarnos y poner fin a todas estas tonterías?

Ella lo miró fijamente, sus pensamientos eran un caos. No se consideraba romántica, pero de vez en cuando se había permitido soñar con recibir una propuesta de matrimonio. Nunca en sus imaginaciones más locas había sido en un entorno así, en la luz mortecina de un día nevado de invierno, con el frío pellizcando los dedos de sus pies.

—¿Estás seguro de que es lo que desea? —le preguntó ella.

—Ya le he explicado que debo casarme. Creo que nos llevaremos muy bien, pero si lo prefiere, le pagaré una pensión y tendrá su independencia. Le encontraré una casa y una compañera adecuada, aunque en este momento no se me ocurre nadie que pueda impedirle que se entregue a estos locos planes suyos. Ponga a trabajar esa mente racional suya por un momento y considere lo conveniente que sería el matrimonio para los dos. —Él le sonrió y ella se olvidó de sus dedos helados—. Más le vale casarse conmigo, querida, y acabar con esto.

Ella tragó. De repente estaba demasiado cansada para seguir luchando por su independencia. ¿Qué importaba que no se quisieran? Ya era hora de que dejara de lado esos sueños infantiles y considerara su futuro con lógica.

—Muy bien, señor, gracias. Estaría encantada de ser su esposa, si cree que nos conviene.

—Bien. Entonces regresemos y contémosles a Bella y a mi tía la noticia. Ambas estarán encantadas, estoy seguro.

Comenzaron a volver sobre sus pasos. Ahora nevaba con más fuerza y, cuando llegaron a Piccadilly, la carretera se estaba poniendo blanca y la nieve se depositaba encima de las cenizas que habían caído sobre los adoquines helados. No había mucho tráfico, pero cuando se acercaban al desvío hacia Ullenwood House oyeron gritos un poco más adelante en la carretera. El aire se llenó del estridente y asustado relincho de un caballo y del ruido del metal raspando.

—Ha habido un accidente —dijo Rosamund, mirando a través de la oscuridad—. ¡Alguien está herido! Vayamos a ver si podemos ayudar.

A medida que se acercaban al lugar, la naturaleza de la conmoción quedó clara. Un carro descansaba en un ángulo ebrio sobre los restos de una rueda destrozada. Un niño estaba parado frente a los dos caballos de tiro, tratando de mantenerlos firmes y casi siendo levantado del suelo mientras estos levantaban la cabeza y resoplaban ansiosamente. Había una multitud reunida junto a la bandera y Rosamund no podía ver más allá de ellos, pero lord Ullenwood dio un paso adelante y miró por encima de sus cabezas.

—¡Santo cielo, James! ¡Abran paso, déjenme pasar!

Rosamund lo siguió de cerca mientras él se abría paso entre la multitud y vio a sir James Ashby tendido en el suelo, con una pierna debajo de él en un ángulo antinatural.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el marqués.

Un hombre corpulento con gorra y bufanda que estaba arrodillado junto a sir James se levantó y le saludó con respeto.

—El caballo de tiro cayó encima de él, señor. Una de las ruedas se derrumbó y se desató el caos, ¿ve? Este caballero se adelantó para ayudar y la yegua resbaló en los adoquines. —Él se

encogió un poco de hombros—. Es mi carro, ya ve, señor. Afortunadamente, el caballo está en perfecto estado.

Sir James había estado acostado con los ojos cerrados, pero ahora los abrió.

—¿Eres tú, Elliot? Maldita sea, me alegro de verte. ¿Puedes sacarme de aquí? Odio que me miren boquiabiertos como si fuera un espectáculo de fenómenos.

Rosamund se había quitado el velo y se arrodilló junto al hombre herido.

—Creo que la pierna está muy rota —dijo—. Debemos llevarlo adentro.

—Podemos llevarlo a casa —ofreció el carretero con entusiasmo.

—Mi casa está más cerca —murmuró el marqués, arrodillándose para inspeccionar la pierna herida.

—Sí, llevémoslo allí, pero rápido, hace demasiado frío para que esté tumbado aquí —dijo Rosamund con urgencia. Se volvió hacia el carretero—. Necesitaremos algo para transportarlo. Saque una de esas tablas de la ventana, podemos usarla como camilla.

—Pero estábamos a punto de cerrar —objetó el comerciante, que formaba parte de la multitud.

—Entonces su asistente puede ayudar a llevar a sir James a Ullenwood House —respondió Rosamund—. De esta manera estará seguro de que le devolverán la contraventana. Y tú, muchacho. —Hizo un gesto a un joven rubio que miraba boquiabierto el proceso—. Pareces un joven brillante, ¿te gustaría ganarte un chelín? Corre y busca al médico. Llévalo a Ullenwood House y encontrarás un chelín esperándote... ¡y seis peniques extra si eres especialmente rápido! ¿Puede decirle las indicaciones de su médico, mi lord?

El marqués había estado atendiendo a sir James, pero ahora asintió y le dio la información al chico. Mientras el niño huía, se volvió hacia su amigo.

—Creo que tienes la pierna rota, James. Tendremos que moverla con mucho cuidado.

—Sí, haz lo que tengas que hacer —jadeó sir James, con el rostro muy pálido—. Sólo dense prisa.

Rosamund llamó a los hombres para que acercaran la contraventana.

—Déjela aquí, al lado del caballero. Ahora necesitaremos que varios de ustedes lo levanten... con cuidado... mi lord, será mejor que cuide su pierna herida.

Fue cuestión de unos momentos colocar a sir James sobre la contraventana, pero el dolor del movimiento lo dejó inconsciente.

—Y me alegro de ello —comentó Rosamund mientras ella y el marqués conducían el camino hacia Ullenwood House—. Espero que siga sin sentido hasta que lo tengamos a salvo en una cama.

—Dígame, señorita Beaumarsh, ¿es usted siempre tan controladora?

Ella soltó una pequeña risita. —Preferí tomar el control, ¿no? Pero estaba muy claro lo que había que hacer y estoy segura de que, si yo no hubiera hablado, usted lo habría hecho.

—Indudablemente. Aunque no habría sido tan temerario como para prometerle a ese chico ni siquiera un chelín por ir a buscar al médico. —Sus ojos oscuros brillaron hacia ella—. ¿Tiene un chelín?

Tuvo la gracia de sonrojarse y deseó haber pensado en recolocarse el velo y ocultar su rostro de sus penetrantes ojos.

—Bueno, no. Pensé ...

Él se rio y le apretó la mano que descansaba en el hueco de su brazo.

—Sé exactamente lo que pensé, señorita Beaumarsh, y tiene toda la razón. No me importa un chelín por mi amigo. O incluso, si el chico fuera muy rápido, ¡uno y seis peniques!

Llegaron a la casa y el marqués ordenó a los hombres que llevaran su carga hasta una de las habitaciones de invitados. Rosamund los acompañó, pero una vez que sir James estuvo acostado en la cama, la despidió, junto con los portadores de la camilla.

—Puede que sea controladora, pero sigue siendo una mujer soltera y no permitiré que desnude a sir James. Mi hombre Davis y yo nos ocuparemos de eso.

—Entonces buscaré al médico y lo traeré —dijo.

El médico llegó poco después y se apresuró a entrar en el vestíbulo, donde se quitó el sombrero y la capa entre unos copos de nieve escarchados. Era un hombre de aspecto sensato, que parecía imperturbable ante el relato confuso y muy coloreado que había recibido sobre el accidente en la calle principal. Rosamund pagó a su pequeño escolta y observó al pilluelo andrajoso huir hacia la nieve, esperando que sus compañeros mayores y más grandes no le arrebataran su generosidad.

—Tengo entendido que sólo hay una víctima, señorita.

Rosamund se volvió hacia el médico y se encontró con que la miraban con ojos paternos.

—Sí, señor. Sir James Ashby. Quizás lo conozca, ya que es amigo de lord Ullenwood. Tengo entendido que un caballo resbaló en el hielo y cayó sobre su pierna. Lo conduciré a verlo. El caballo resultó ileso —añadió, y luego se preguntó si aquello no le parecería demasiado frívolo.

La habitación de invitados mostraba pocos signos de su anterior confusión. Sir James, vestido con lo que ella sospechaba que era uno de los camisones de lord Ullenwood, yacía entre sábanas blancas y relucientes. Habían encendido un fuego que ardía alegremente en la chimenea, habían corrido las cortinas de la ventana y ardían velas por toda la habitación. Sólo el marqués estaba presente y, cuando entraron, Rosamund observó la expresión de alivio en su rostro.

—A su debido tiempo, señor. Le he dado a Ashby un poco de láudano, pero se ha vuelto a desmayar.

El médico dejó su bolso.

—Entonces no perdamos tiempo y terminemos el examen mientras no siente dolor. Tal vez, señorita, sería tan amable de conseguirme unas vendas.

Las siguientes horas resultaron ser un momento de ansiedad. El médico confirmó que la pierna estaba realmente rota, pero cuando estuvo listo para arreglarla, sir James estaba nuevamente semiconsciente. Rosamund había querido quedarse y ayudar, pero el dolor de la herida hizo que el paciente gritara y comenzara a maldecir a sus verdugos con tanta elocuencia que el marqués insistió en que se fuera. Rosamund fue a su habitación para cambiarse el vestido e, incapaz de tranquilizarse, fue en busca de la señora Tomlinson. La encontró en el salón, frunciendo el ceño ante el marco del tambor.

—¡Rosamund! Gracias al cielo. ¿Cómo está sir James? La señora Trimble me contó lo sucedido, pero Elliot había dado instrucciones de que no me permitieran acercarme a la habitación del enfermo. —Se indignó mucho, pero arruinó el efecto añadiendo pensativamente —: Lo cual es muy bueno, en realidad, porque soy terriblemente sensible y me desmayo ante el simple pensamiento de sangre o dolor.

—Entonces me alegro mucho de que no hayas ido —respondió Rosamund—, porque había mucho de ambas cosas. La pierna del pobre sir James está muy mal. El doctor Miles está intentando arreglarla ahora mismo.

—¿Y te han echado porque es tan horrible?

Los ojos grises de Rosamund brillaron.

—No, me echaron porque el lenguaje de sir James no es apto para los oídos de una dama. Arabella se llevó las manos a la boca y soltó una pequeña carcajada.

—¡Ay, pobre hombre! Siempre es tan caballeroso que ciertamente debe estar sufriendo. Bueno, no hay nada que podamos hacer por él en este momento así que tendremos que esperar a que baje Elliot. Le he dicho a Cook que prepare la cena y la tía Padiham va a cenar en su habitación, porque las comidas tardías no van con su constitución. Lo cual me parece muy bien —Bella dio unas palmaditas en el sofá a su lado—, porque quiero que me cuentes todo.

—No hay mucho que contar —dijo Rosamund, sentándose—. Vimos el carro en Piccadilly con una rueda rota y...

Arabella la detuvo.

—No se trata de *eso*. ¿Qué pasó cuando fuiste a ver al señor Harkstead?

—Oh, el señor Harkstead.

—Sí. Lamento haber enviado a Elliot tras de ti, pero estaba muy preocupada por ti.

—No importa —dijo Rosamund, esperando que su rostro no la traicionara—. El señor Harkstead no me convenía y lord Ullenwood llegó a tiempo para llevarme a casa.

—Oh, ¿eso es todo? —gritó Arabella, decepcionada.

—Sí —afirmó Rosamund—. Tal vez debería ir a ver a lady Padiham, puede que esté ansiosa por saber cómo le va a sir James.

—No, ya te lo dije, está cenando en su habitación y no le gusta que la molesten mientras come. ¡No te irás hasta que lo sepa todo! ¿Qué dijo el señor Harkstead? ¿*Por qué* no aceptó? Anoche estabas tan entusiasmada con la perspectiva de trabajar para él.

Rosamund se dio cuenta de que su amiga no dejaría pasar el asunto. Se preocuparía por ello, como un perro con un hueso, hasta saberlo todo. A menos que hubiera un bocado aún más sabroso que Rosamund pudiera darle. Desesperada, dijo: —Ya no importa en absoluto, porque he aceptado casarme con tu primo.

CAPÍTULO ONCE

El silencio de Arabella fue todo lo que Rosamund podría haber esperado. Duró un minuto completo, luego sonrió radiante y abrazó a Rosamund con fuerza.

—Oh, Ros, eso es maravilloso. ¡Tú y Elliot! No había imaginado, no tenía noción de esto. ¡Elliot! ¿Pero cuándo se acordó? —Tomó las manos de Rosamund y dijo con entusiasmo—: ¿Hubo tal vez un compromiso de larga data entre ustedes? ¿Tu abuelo se opuso al matrimonio?

—No, no, nada de eso.

—No, por supuesto que no, porque si ese hubiera sido el caso, no te habría dejado al cuidado de Elliot.

Rosamund empezó a preguntarse si había hecho bien en hablar. No estaba segura de cuánto querría el marqués que ella divulgara su conveniente acuerdo. Agradeció ver entrar a lord Ullenwood en ese momento. Arabella inmediatamente cruzó la habitación volando hacia él.

—Elliot, qué astuto. Ros me acaba de dar la noticia. ¿Cómo es que no me has dicho nada?

Rosamund dirigió al marqués una mirada suplicante. Su mirada se posó sobre ella, pero como su rostro impasible no cambió, no pudo estar segura de que él la hubiera entendido.

—¿Y bien? —preguntó Arabella, agarrándolo del brazo y caminando con él hacia el fuego.

—Dado que lord Northby falleció tan recientemente, decidimos no hacer ningún anuncio —dijo con calma.

Arabella casi golpeó con el pie con exasperación.

—Lo sé, pero ¿cuándo se acordó entre ustedes? Pensé que Ros estaba decidida a permanecer soltera.

—Yo... quería un poco de tiempo para decidirme —tartamudeó Rosamund.

—Bueno, por supuesto —dijo la viuda—, siempre pensé que tu determinación de aceptar un empleo remunerado era una tontería, pero estabas muy decidida a lograrlo. Incluso anoche dijiste...

—Bella, pensé que al menos reconocerías que una dama puede cambiar de opinión —comentó mi lord, pareciendo divertido.

—Sí, por supuesto —dijo—. Oh, estoy tan feliz por ustedes. —Aplaudió y soltó una risita—. Y lo que dirán mamá y las otras tías...

—No le dirás a nadie, Bella, por favor —ordenó el marqués.

—No, claro que no, si insistes.

—Sí.

—Pero algún día lo sabrán —argumentó—. Y tan pronto como se enteren, todas descenderán sobre ti, decididas a inspeccionar a tu futura esposa.

—Lo sé y no tengo intención de someter a la señorita Beaumarch a eso.

—¿Entonces que van a hacer?

—Nos casaremos con una licencia especial dentro de una semana y viajaremos al extranjero inmediatamente después de la ceremonia.

—Por favor, deje de molestar a su prima, mi lord —se rio Rosamund, pero cuando sus ojos se encontraron con los de él, la risa se apagó—. ¿Habla en serio?

—Así es —dijo suavemente—. Pero creo que primero deberíamos discutirlo en privado, ¿no cree?

—Mi querida Ros, estás tan pálida como tu encaje —declaró la señora Tomlinson. Y añadió

con rara sensibilidad—: Creo que tal vez debería dejarlos hablar. Elliot, ¿no debes intimidarla! Aún falta una hora para la cena, así que volveré entonces.

Rosamund la vio salir volando de la habitación, dejando tras de ella una quietud y un silencio inquietantes.

—Creo que mi prima rara vez ha mostrado más tacto —observó lord Ullenwood.

—Sí. —Rosamund tragó—. ¿Cómo está sir James?

—Está durmiendo. El médico le dio una bebida para que se sintiera más cómodo. Su pierna está rota en dos lugares. El médico la ha fijado, pero James no podrá moverse, al menos durante las próximas semanas.

Ella dio un suspiro de alivio.

—Entonces no puede haber ninguna posibilidad de que abandone la ciudad, señor.

—Al contrario.

Caminó hacia la chimenea y apoyó un brazo en la repisa, mirando hacia el fuego. Las llamas iluminaron su rostro, resaltando los suaves y fuertes planos de sus mejillas. Rosamund esperó pacientemente y por fin continuó.

—James debía viajar a Francia al final de la semana. Debía entregar un mensaje a lord Whitworth, el embajador en París.

—¿Seguramente se puede enviar por mensajería? Ahora estamos en paz con Francia.

—Una paz muy incómoda. Es probable que cualquier carta enviada a Francia sea interceptada. A James se le ha confiado un mensaje que debe ser entregado directamente al embajador y tiene instrucciones de entregarlo sólo en manos de Whitworth. Es muy importante y secreto. —Él la miró—. Después de que el médico nos dejó, James me lo explicó todo. Quiere que yo vaya en su lugar.

—Ya veo. —Se mordió el labio, considerando el asunto—. No veo que sea necesario estar casado para ir a Francia, señor.

—Cierto. Tengo asuntos en París que podrían justificar mi visita, y esa era mi intención inicial, ir solo. Sin embargo, ahora que Arabella sabe que vamos a casarnos, apuesto a que el secreto saldrá a la luz dentro de una semana.

—¿Es eso tan malo?

—Mis tías descenderían a la casa, decididas a saber todo sobre usted y las circunstancias de nuestro acuerdo, y yo no estaría aquí para apoyarle.

—¿Son tan terribles entonces? —preguntó, sonriendo un poco.

—Son dragones —respondió alegremente. Se sentó a su lado—. Sólo quieren lo mejor para la casa de Ullenwood, y aunque estoy seguro de que le aprobarán, no quisiera someterle a la prueba de reunirlos sin mí a su lado. Por eso sugiero que nos casemos inmediatamente y vayamos a Francia.

—Pero eso parecería como si les tuviera miedo —objetó.

Él sonrió. —Todo el mundo sabe que ese es el caso.

Se miró las manos, ligeramente entrelazadas en su regazo.

—Y tal vez se avergüence de su esposa.

Extendió la mano y tomó sus dedos entre los suyos.

—Eso no es así, y nunca podría serlo. Cuando termine el luto, presentaré a mi nueva marquesa a la sociedad con toda la pompa y ceremonia que pueda reunir. —Ella se sonrojó. Él tomó su barbilla con una mano y la inclinó hacia arriba hasta que ella se encontró mirándolo a los ojos—. Entonces, ¿vendrá conmigo?

—Sí, mi lord. No porque tenga miedo de enfrentarme a sus tías, sino porque si va solo

tendré miedo por usted. Desde la muerte de mi abuelo es el único amigo que tengo en el mundo.

El brillo de diversión burlona abandonó su rostro y le dedicó una mirada solemne e ilegible.

—Eso es una lección de humildad —dijo al fin—. Rezo para no decepcionarle.

—Entonces, ¿está todo decidido?

La señora Tomlinson miró a Rosamund luego al marqués. Por fin estaban solos en el comedor. Habían quitado las mantas y Johnson había hecho salir a los lacayos de la habitación con su habitual estilo pausado. Lord Ullenwood miró a su alrededor para asegurarse de que la puerta estuviera firmemente cerrada.

—Sí, prima. Nos casaremos y nos iremos a Francia de luna de miel.

—A Rosamund no le quedará tiempo para comprar su ropa de novia.

—Podré comprar vestidos en París —dijo Rosamund.

Los ojos de Arabella se iluminaron. —¡Cielos, sí! Oh, debes traermme un vestido muy llamativo. Ojalá pudiera ir contigo.

—Te necesito aquí, Arabella —intervino lord Ullenwood—. Para que cuides de tía Padiham. Y sir James.

—¡Dios mío, me había olvidado por completo del pobre! —gritó Arabella con fingida consternación—. ¿Cómo se te ocurre salir del país si tu amigo está encerrado en tu casa?

—Muy fácilmente, si existe la posibilidad de que mis tías se acerquen a mí. James está demasiado enfermo para necesitar mi compañía durante unas semanas. He llamado a su ayuda de cámara para que lo atienda y el médico le visitará periódicamente.

—Bueno, entonces, ¿qué debo hacer?

—Tú, querida prima, controlarás mi casa mientras yo esté fuera. Confío en ti para mantener entretenida a tía Padiham. La dejaré a cargo aquí, pero dudo que se mueva. Pídele a Henry el dinero que necesites.

—Así que puedo hablar con Cook sobre el menú.

—Sí.

—¿Y encargar flores para las habitaciones principales?

—Si lo crees necesario, aunque no recibirás visitas, y habrá muy pocas flores en esta época del año.

—Estoy segura de que tía Padiham apreciará el esfuerzo, mi lord —intervino Rosamund con dulzura—, a pesar del gasto.

Mi lord lanzó una mirada abrasadora a su prometida, pero ella le devolvió la mirada con una suave sonrisa.

—Sí, y debo tener algo que hacer —asintió Arabella.

—Si mis tías descienden, tendrás mucho que hacer —replicó con aspereza.

CAPÍTULO DOCE

Habían pasado casi tres semanas desde que Barbara Lythmore recibió la visita del marqués de Ullenwood. Esto no era inusual, porque en los seis meses de su relación ella había encontrado en él un amante descuidado, y si no hubiera sido tan rico, se habría sentido tentada de buscar en otra parte. Pero él era excepcionalmente generoso, así que cuando no respondió a su última carta, decidió que era hora de ir a buscarlo.

Las fiestas de lady Plemstall siempre eran eventos brillantes y llenos de gente, donde uno podía esperar encontrar a todo el mundo, pero cuando la señora Lythmore llegó a Plemstall House buscó en vano a lord Ullenwood. Fue recibida con sonrisas y reverencias de varios caballeros mientras cruzaba el abarrotado salón de baile, recibió simplemente un gesto gélido de una o dos matronas elegantes y ningún reconocimiento por parte de las más rigurosas. No les prestó atención y se dirigió a la sala de cartas, donde se detuvo en la puerta para observar a los jugadores.

—Me temo, señora, que esta noche se sentirá decepcionada.

La voz ronca en su oído la hizo alejarse un poco del hablante.

—Señor Granthorpe. —Miró al caballero de pelo rojo muy empolvado que estaba a su lado—. Acabo de llegar en este momento, señor y siempre estoy interesada en ver quién está presente.

—Hay un hombre que no encontrará aquí esta noche.

Su labio se curvó en una sonrisa desagradable, pero ella trató de ignorarla.

—¿Oh? No tengo idea de a quién se refiere. Vine sin expectativas de encontrarme con nadie esta noche.

—¿No? Pensé que consideraba a cierto caballero como su propiedad personal.

—Habla con acertijos, Granthorpe. —Ella encogió un hombro blanco—. Demuestra una falta de elegancia, ¿sabe?

Él se sonrojó y se inclinó hacia ella. —Puede que me falte elegancia, pero si *me* casara por la mañana me aseguraría de que mi amante lo supiera de antemano.

Sorprendida, dejó caer su abanico. El señor Granthorpe se inclinó para recuperarlo.

—Sí —dijo arrastrando las palabras—. Pensé que eso captaría su interés.

—¿De qué está hablando?

—Ullenwood se casará mañana, en St George's.

—¡Eso es una mentira! —siseó, su rostro palideció bajo el polvo blanco.

—¿Lo es? —se burló—. Entonces explíqueme por qué su cochero estaba anoche en el Running Footman, diciéndoles a sus compinches que mañana llevaría a su amo a Francia, inmediatamente después del desayuno de bodas.

Ella le arrebató el abanico de la mano y lo abrió.

—Es una historia probable —dijo, abanicándose vigorosamente—. Lo han engañado, señor.

—Sí, eso habría pensado, si no lo hubiera escuchado yo mismo.

Fue el turno de la dama de fruncir el labio.

—Ah, sí. Había olvidado su predilección por las desmotadoras. Es una moda, ¿no es así?, que un caballero se vista como el conductor de una diligencia común y se mezcle con el cadalso y la chusma.

Él se encogió de hombros. —A veces proporciona información útil, como en este caso, pero

si no me cree, vaya a Hanover Square mañana por la mañana y compruébelo usted misma.

El día de su boda, Rosamund se despertó con un cielo gris y plomizo y vientos tempestuosos que azotaban el carruaje mientras conducían la corta distancia hasta Hanover Square. Lord Ullenwood y su secretario habían organizado todo para la boda, dejando a Rosamund con poco que hacer y con una extraña sensación de indiferencia respecto del proceso. La ceremonia en sí fue sencilla y contó con muy pocos invitados, todos ellos conocidos del marqués. Sólo reconoció al señor Mellor, que actuaba como padrino de boda de lord Ullenwood, a lady Padiham y a la señora Tomlinson. Al salir de la iglesia, una repentina ráfaga de viento arrojó una lluvia helada sobre el pórtico y el marqués la apresuró a bajar las escaleras hasta el carruaje que los esperaba. Mientras subía al interior, escuchó una suave voz femenina que llamaba a lord Ullenwood.

Desde el oscuro interior del carruaje, Rosamund vio cómo una dama elegantemente vestida con una pelliza azul claro, adornada con pieles se acercaba al marqués. Rizos dorados de 22 quilates asomaban desde el borde de un sombrero cuyas plumas desafiaban el viento y se curvaban hacia abajo para proporcionar el marco perfecto para un semblante exquisito. Ella avanzó, sonriendo y extendió una mano.

—Elliot, qué agradable sorpresa.

El marqués estaba de pie con una mano en la puerta del carruaje, observando impasible a su interlocutora. Rosamund notó que él no hacía ningún movimiento para tomar la mano que le tendía y, después de un momento, la mujer la volvió a esconder dentro de su manguito de piel.

—Bueno, mi lord, ¿no me va a presentar? —dijo, dirigiendo una rápida mirada hacia el carruaje.

—No, Barbara, no lo haré.

Rosamund parpadeó. El marqués sonreía, pero el tono implacable de su voz era inconfundible.

Barbara. Sus sospechas se confirmaron: se trataba de la famosa señora Lythmore, la amante de Ullenwood. Rosamund la miró con interés.

La señora Lythmore era una belleza renombrada y no se podía negar que presentaba una imagen muy agradable, pero a diferencia de la amante de lord Northby, que había sido un poco tosca pero muy bondadosa, Rosamund pensó que había dureza en la boca de la señora Lythmore, y una mirada calculadora en esos ojos azul cerúleo. También notó algo más en sus ojos cuando la dama escuchó la respuesta de lord Ullenwood: un destello de furia. Desapareció en un instante y la viuda soltó una risa tintineante.

—Ah, ya entiendo. Me entrometo en su día, ¿no? Qué tonta de mi parte, pero si lo hubiera sabido... —Dejó que las palabras colgaran delicadamente por un momento antes de darle al marqués otra sonrisa, esta vez (al menos en la opinión de Rosamund) llena de invitación—. *Au revoir*, mi lord.

Ella se alejó y el marqués subió al carruaje. Cuando el carruaje empezó a moverse, Rosamund no pudo permanecer en silencio.

—¿Por qué no nos presentó, mi señor?

—Ella no merece su atención, querida.

—Pero claramente lo conoce, señor. —Ella lo desafió e inmediatamente se preguntó si había ido demasiado lejos.

—Tengo muchos conocidos que no me gustaría presentarle a mi esposa —dijo brevemente—. No volveremos a hablar de ello, por favor.

Rosamund volvió la cabeza para mirar por la ventana. Por supuesto, no hablaría de su amante con ella; si la hubiera tomado por esposa con expresiones de devoción, tal vez habría habido alguna excusa para la ira y el dolor que ahora sentía. Ella parpadeó rápidamente. Ese era un comienzo desfavorable para su matrimonio.

CAPÍTULO TRECE

La pareja de recién casados regresó a la casa de Ullenwood para el desayuno de bodas y visitaron a sir James antes de partir hacia Francia. Lo encontraron sentado en la cama rodeado de papeles y libros.

—Así que me dejan —los saludó jovialmente—. Traidores.

—Cuidado, James o cancelaré mis planes. Marzo no es el mejor mes para viajar a París.

Sir James se estiró y le tomó la mano.

—Lo sé, viejo amigo, y te estoy muy agradecido —dijo, repentinamente serio—. Y a tu señora también, por aceptar ir contigo. Estoy muy en deuda con usted, señora. Bueno, váyanse. El matasanos dice que debo quedarme en cama al menos una semana más, pero cuando vuelvan espero estar levantado y en movimiento otra vez. Incluso podría haber regresado a mi propia casa.

—Debe tomarse todo el tiempo que necesite, sir James —le dijo Rosamund—. Estamos muy contentos de poder ayudarle y no supone ningún problema.

Él recompensó sus palabras con una sonrisa.

—Mi esposa asume demasiadas responsabilidades, James —gruñó el marqués—. Eres una maldita molestia. Pero no quiero que tu muerte pese sobre mi conciencia, así que será mejor que te quedes aquí un poco más.

—Gracias, Elliot. *Au revoir*, entonces. Les deseo un buen viaje y que lo disfruten.

Fue el turno de Ullenwood de sonreír.

—Por supuesto que será divertido —dijo—. ¡Me voy de luna de miel!

Dover. Rosamund miró por la ventana la extensión de aguas grises y agitadas y se estremeció. Una cortina de lluvia se movía a través del mar y, ocasionalmente, una ráfaga de viento la hacía salpicar el cristal frente a ella. Todo lo que había pasado durante los últimos meses no la había asustado tanto como poner un pie en el barco rumbo a Francia. Para su luna de miel.

Rosamund, mirando el mar agitado, exhaló un suspiro que nada tenía que ver con el sombrío panorama que se veía al otro lado de la ventana. Excepto por un casto beso después de la ceremonia, su nuevo marido la trató como lo había hecho antes de la boda. Incluso se había esforzado en asegurarse de que Henry les reservara habitaciones separadas en Dover, por si se veían obligados a esperar una marea favorable.

Temiendo que Ros se casara siendo totalmente inocente, Arabella la había llevado aparte y le había explicado con colorido detalle los placeres del lecho matrimonial. Rosamund había palidecido ante la sola idea de que un hombre la besara, y mucho menos de algo más íntimo, pero Arabella había insistido en que compartir la cama con un marido podía ser una experiencia de lo más gratificante. Rosamund había guardado todo este conocimiento, decidida a ser una buena esposa, pero cuando comenzaron el largo viaje a Dover, el marqués se disculpó por apresurarla a casarse y prometió que se tomarían un tiempo para conocerse mejor antes de imponerle cualquier otra cosa que no fuese su nombre.

A Rosamund le habría parecido admirable esa paciencia si no hubiera visto a la exquisita

señora Lythmore. Rosamund no se consideraba una persona vanidosa, sabía que con su apariencia oscura y de niña abandonada nunca llamaría la atención cuando entraba a una habitación, pero aun así era muy deprimente saber que el marqués la encontraba tan poco atractiva que no podía atreverse incluso a tocarla.

El sonido de la puerta abriéndose rompió su ensoñación. Se giró y vio entrar a lord Ullenwood.

—El capitán dice que la tormenta está amainando —dijo, quitándose el abrigo con capa y colocándolo sobre una silla frente al fuego—. Espera que podamos zarpar esta noche.

—Entonces debería decirle a Meggie que no deshaga las maletas.

Levantó la mano.

—No hay necesidad. Davis estaba en las escaleras cuando entré. Él se lo dirá.

—¿Y su cochero?

—John ya está en el muelle, supervisando el desmantelamiento del carruaje. —Se acercó a la mesa y cogió la botella de vino—. Ya ve, no nos queda más que esperar. ¿Quiere tomar una copa de vino conmigo, querida?

—Sí, gracias.

—Está muy pálida.

Intentó sonreír. —Admito que estoy un poco asustada. Nunca había visto el mar.

—Y ahora le pido que navegue por él en plena noche. Lo siento.

Él se paró frente a ella y le tendió un vaso. Ella lo tomó y lo miró fugazmente a la cara.

—Por favor, no se arrepienta. Cuanto antes termine esta parte del viaje, mejor. Y estoy segura de que no hay nada de qué preocuparse; la gente hace este recorrido todo el tiempo.

—Bravo, pequeña.

Su aprobación la reconfortó, pero intentó no demostrarlo.

—Además —continuó—, Meggie tiene mucho más miedo que yo, así que debo darle un buen ejemplo.

Más tarde, cuando el grupo abandonó el refugio de la posada, Rosamund se sintió aliviada de que la lluvia hubiera cesado, pero el viento todavía soplaba entre los edificios y tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del silbido de las olas en la orilla de guijarros.

—¿Cuánto tiempo cree usted que durará la travesía, mi lord?

—Más de tres horas, dependiendo del viento y la marea —respondió—. Se sabe que los viajeros esperan más de una semana para que haya viento favorable. Somos afortunados de poder irnos tan rápido.

—Afortunados —resopló Meggie, caminando detrás de ellos—. Yo lo llamo locura. Partir en una noche tan tormentosa. Y además es tan negro como boca de lobo.

Un marinero arrojaba sobre cubierta unos bultos envueltos en hule, pero al oír estas palabras se volvió y soltó una risa grosera.

—Señora. Esto no es oscuro. Las nubes de lluvia se están disipando, ¿ve? Así que tendremos bastante luz de luna para mostrarnos el camino.

La criada ignoró esta interrupción bien intencionada y continuó murmurando mientras seguía a su señora a bordo.

Varias linternas bien colocadas iluminaban la cubierta, pero Rosamund no sabía si agradecer o lamentar que la oscuridad envolvente les ocultara la vista del agua. Podía oírlo, las olas golpeando contra el casco de madera, y podía sentirlo, porque la cubierta se movía

alarmantemente bajo sus pies. Se aferró al brazo de lord Ullenwood mientras seguían al capitán por la cubierta. Los condujo por los estrechos escalones en forma de escalera hasta los camarotes, donde abrió una puerta y retrocedió.

—Si su señoría desea descansar aquí, y mi señor, hay un camarote para usted y su ayuda de cámara por aquí.

—¡Dios nos ayude, es un ataúd flotante! —exclamó Meggie, siguiendo a su ama al interior del camarote.

—Tonterías —dijo Rosamund con tono vigorizante—. Es una habitación muy práctica.

Habían suspendido una lámpara de un gancho en el techo y, gracias a su luz débil y cambiante, Rosamund inspeccionó sus habitaciones. Las paredes y el techo estaban revestidos de madera oscura y había una cama estrecha contra una pared con un pequeño armario a un lado, donde había un aguamanil de metal y una palangana. La maleta de Rosamund había sido colocada en el suelo. Ella dio un pequeño grito de alivio.

—Gracias al cielo. Tengo jengibre y limones ahí, Meggie. Debe haber una cocina en algún lugar de este barco, ve a ver si puedes encontrar un poco de agua caliente y puedo prepararnos una bebida caliente a los dos. La señora Trimble me dijo que una tisana es muy buena para calmar el estómago.

Mientras hablaba, el balanceo del barco se hizo más pronunciado y Meggie alzó los ojos al cielo.

—No veo que nada nos ayude si esto empeora mucho.

—Por supuesto que empeorará —espetó Rosamund, con los nervios a flor de piel—. Aún no estamos en el mar. Ahora ve y haz lo que te digo.

Sola en la pequeña habitación, Rosamund se sentó en el borde de la cama y trató de luchar contra su miedo. Se dijo a sí misma que no había nada que temer. Cientos, no, miles, de personas se hicieron a la mar, muchas mujeres como ella ahora hicieron el Grand Tour, por lo que todas debieron haber experimentado una travesía como ésta. Una vez que se acostumbrara al movimiento de balanceo, estaba segura de que lo encontraría bastante relajante.

Se oyeron gritos apagados desde la cubierta, el chirrido de metal contra metal y un repentino aumento en el movimiento del barco debajo de ella. Se agarró al borde de la cama. Estaban haciéndose a la mar. La linterna se balanceó violentamente y las sombras en movimiento aumentaron su sensación de pánico. Hubiera preferido estar afuera en el aire, pero el capitán les había pedido que permanecieran debajo de la cubierta hasta que estuvieran seguros en camino.

Rosamund permaneció muy quieta, permitiéndose moverse con el barco. Tentativamente, se soltó de la cama y se desató el sombrero y la capa, luego se arriesgó a levantarse para colgarlos de un gancho en la pared. Animada por este logro, echó otro vistazo al camarote. La cama era muy estrecha, apenas lo bastante ancha para la corpulencia de Meggie. Sabía que una señora más estricta insistiría en que su doncella durmiera en el suelo, pero la estrecha franja de tablas desnudas entre la cama y la pared apenas era lo suficientemente ancha como para caminar sobre ella. Debían tumbarse por turnos, pensó, o podrían sentarse y confiar en que el viaje no sería largo.

Rosamund se tumbó en la cama a esperar el regreso de Meggie. Poco a poco el barco adquirió un movimiento suave y constante, la actividad en cubierta cesó y sólo el crujido de las maderas del barco perturbaba el silencio del pequeño camarote. Rosamund empezaba a preocuparse por su doncella cuando oyó unos pasos pesados y familiares que se acercaban y entró Meggie.

—Por fin. Pensé que te habías caído por la borda. —Rosamund se sentó—. ¿Trajiste un poco de agua caliente?

Meggie levantó una jarra con una mano temblorosa, con los ojos muy abiertos y vidriosos.

—Sí, pero... ¡Oh, señorita, me siento rara!

Una hora más tarde, Rosamund subió a cubierta, se aferró a la barandilla y miró a su alrededor. Un puñado de nubes grises cruzaban el cielo azul grisáceo más pálido, con sus bordes teñidos por la luz de la media luna. Debajo de ella y en todas direcciones, el mar era una mezcla de gris y negro en constante cambio, con ocasionales toques casi blancos en las crestas de las olas. El viento helado le picaba las mejillas, pero echó la cabeza hacia atrás, deleitándose con la sensación del aire salado y penetrante en su piel. Las enormes velas chasquearon y revolotearon sobre ella, y en el centro de la cubierta se encontraba la mole negra del carruaje de viaje de Ullenwood, firmemente amarrado a la cubierta.

Ella saltó cuando una figura se separó de las sombras.

—¿Está usted enferma, señora? ¿Puedo ayudarla? —El marqués se acercó a ella. Su rostro estaba entre sombras, pero podía oír la preocupación en su voz.

—No, estoy muy bien, gracias. Subí a tomar un poco de aire. —Vio el brillo de sus dientes. Él le estaba sonriendo.

—Bueno, hay mucho de eso. —Él se paró a su lado, contemplando el agua—. Tiene cierta belleza, ¿no?

—Sí. Es emocionante, pero también un poco aterrador. Es tan vasto. Me siento muy pequeña, muy vulnerable.

—¿No sería más feliz en su camarote?

—Tal vez —dijo—, pero mi doncella está indispuesta, la pobrecita. Está sufriendo muchísimo. Le he dado un poco de limón y jengibre en agua caliente y ahora está durmiendo.

—Ah. Ya veo.

—No creo que lo comprenda —replicó ella—. He pasado la última hora atendiendo a la pobre niña.

—Pero lo *entiendo* —dijo, con diversión ondeando en su voz—. Verá, Davis ha sido... mmm... afectado de manera similar.

Ella lo miró fijamente y él asintió.

—Es verdad, querida. Mi hombre enfermó casi antes de zarpar del puerto y ahora está tendido en el camarote, sin poder moverse.

Rosamund lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo reprimir una carcajada.

—Dios mío, pobre Davis. ¿Quizás debería llevarle un poco de limón y jengibre?

—Ya le he dado brandy, creo que le sentará mejor que su mezcla más saludable.

—Es muy cruel de mi parte reírme, lo siento. ¿Pero debería estar con él?

—Ciertamente no debería hacerlo —replicó—. No me lo agradecería. Preferiría que no fuera testigo de su fragilidad.

—A Meggie le pasa lo mismo. Cree que es muy antinatural que yo la atienda.

—Entonces consideremos lo que debemos hacer durante el resto del viaje.

Rosamund era filosófica.

—Tenemos que esperar que el cruce no sea de larga duración.

—Me temo que todavía pasarán varias horas.

—Oh.

—Suena ansiosa.

—Bueno, sí, lo estoy. Un poco.

—Deberíamos intentar descansar. —Él le tendió la mano—. Venga conmigo.

Ella la tomó sin dudarlo.

—¿Adónde vamos, mi lord?

—Encontraremos un lugar donde podamos estar cómodos.

La condujo más allá de las cajas y el carruaje que formaba una montaña negra en la cubierta y hacia la popa, donde se apilaba una masa de bultos oscuros.

—Vellones —dijo, llevándola hacia ellos—. La lana británica todavía es apreciada en Francia. —Se arrojó entre los vellones y le tendió los brazos.

—Bueno, señora esposa, será mejor que se siente en mi regazo y yo nos envolveré a ambos en mi capa.

Nerviosa, Rosamund se sentó sobre sus rodillas y él la atrajo hacia él hasta que su cabeza descansó sobre su pecho. Respiró hondo y percibió el leve olor rancio de los vellones que los rodeaban. Los envolvió a ambos con su pesada capa.

—No debo permitir que se resfríe —murmuró, con la boca contra el pelo de ella.

Ella se apoyó contra él y trató de relajarse. Nunca había estado tan cerca de ningún hombre, pero, extrañamente, pensó que nunca se había sentido tan segura y cálida en toda su vida. Sus brazos la rodearon con más fuerza.

—¿Está cómoda, Ros?

Oh, sí.

—Lo estoy, gracias —dijo, escuchando el constante latido de su corazón—. Nunca había viajado tan lejos de casa. —Permaneció en silencio por un momento—. Espero que sir James no intente caminar demasiado pronto. Su pierna todavía no está fuerte. Me temo, señor, que sin usted allí para contenerlo intentará hacer demasiado.

—Tiene a su hombre para cuidarlo. No debes preocuparte por James, puede parecer un tipo frívolo, pero en realidad es muy sensato, ¿sabe?

—Espero que sí. El médico prometió venir mañana, hoy, para cambiarle el vendaje de la pierna. Debe convencerlo para que permanezca en cama todavía algún tiempo.

Ella lo escuchó reír. —Le juro que se equivocó de vocación, querida.

—Cuidé a mamá cuando estaba enferma.

—¿La cuidó hasta que murió?

—Oh, no, eso fue fiebre. Mamá y papá se contagiaron y no me permitieron acercarme a ellos. Pero mamá nunca había gozado de buena salud. Creo que enfermó cuando yo nací y nunca se recuperó realmente. Por eso me enviaron a la escuela. Papá no podía cuidar de mí y se lo pidió a mi abuelo, quien pagó mi educación.

—Ah, sí, su *excelente* educación.

—Sí, *fue* excelente. La señorita Troughton tenía opiniones muy avanzadas sobre la educación femenina. Consideró que nuestro intelecto era en todos los aspectos igual al del hombre.

—¡Por Dios! ¿Su abuelo aprobó eso?

Ella se rio entre dientes.

—El abuelo no lo sabía. Estaba satisfecho de que me iba bien en la escuela y nunca indagó demasiado sobre lo que estaba aprendiendo.

—¿Y sus lecciones incluyeron las doctrinas de la señora Wollstonecraft?

—Sí, además del latín y el griego. Todo lo que un joven aprende en la escuela.

—De ahí su afirmación de que podría sustentarse por sí misma.

Ella se sentó. —Y *podría*, si tan sólo...

—¿Si tan solo? —la incitó, divertido en su rica voz.

Ella le frunció el ceño, aunque dudaba que él pudiera verla en la oscuridad.

—¡Si tan sólo los caballeros no intentaran seducirme!

Él se rio suavemente y la atrajo hacia él.

—Por desgracia, querida, eso es lo que les pasa a las señoritas bonitas —dijo bostezando.

Ella se sentó de nuevo.

—Oh. ¿Cree que soy? —preguntó tímidamente.

—¿Qué?

—¿Cree que soy bonita?

Al mirar, pudo ver que tenía los ojos cerrados.

—Tiene cierto encanto.

—Pero no lo suficiente —suspiró.

Abrió los ojos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no soy lo suficientemente bonita como para que quiera seducirme —dijo muy atrevida.

Hubo silencio. Rosamund contuvo la respiración, preguntándose si lo habría hecho enojar. Por fin dijo en voz baja:

—No tengo necesidad de seducirle. Es mi esposa.

—Pero...

—Ros, ¿tiene intención de hablar hasta Calais?

—No, pero...

Sus brazos la rodearon con más fuerza, acercándola a él una vez más.

—Entonces, por favor, quédese quieta y en silencio, porque ambos necesitamos descansar. Tenemos un largo viaje por delante.

Con un suspiro, se permitió descansar contra él mientras él los envolvía con la capa, acurrucándola cómodamente para protegerse del viento helado. Ella apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Estaba cómoda y cálida, acurrucada contra el marqués y mecida suavemente por el movimiento del barco. Escuchó el crujido de la madera y el suave chapoteo de las olas contra el casco, aspiró el agradable olor a jabón de la piel y la ropa del marqués, un alivio de los vellones más olorosos. Tantas sensaciones que quería recordar. El marqués cambió ligeramente de posición y giró la cabeza para plantarle un beso en el pelo.

—Y cuando le *seduzca* —murmuró—, no será en un lugar desagradable.

Los ojos de Rosamund se abrieron de golpe, pero no se movió. El marqués no volvió a hablar y, sonriendo, se quedó dormida.

CAPÍTULO CATORCE

La lluvia se detuvo y Rosamund durmió a ratos. Cada vez que despertaba, todavía acurrucada contra el marqués, permanecía muy quieta, temiendo que aquel idílico interludio terminara. Una vez, cuando se había quedado dormida, algo la molestó y saltó. Inmediatamente esos fuertes brazos la rodearon con más fuerza y ella sintió sus labios en su cabello.

—Silencio, amor —murmuró—. Está segura.

Y Rosamund volvió a relajarse, reconfortada.

Finalmente, el ruido y el bullicio de las cubiertas superiores traspasaron su conciencia. Todavía estaba oscuro, pero la luz gris en el horizonte delante del barco le indicó que el día se acercaba rápidamente. Una repentina comprensión de su posición la hizo arder de vergüenza y se levantó de las rodillas del marqués. El movimiento despertó a su marido y sus brazos la sujetaron firmemente.

—¿Está tratando de escapar de mí, Ros?

—No, mi lord. No quiero ser una carga para usted.

—Es tan ligera como un cardo —dijo—. Nunca será una carga para mí.

—Oh, qué lindo al decir eso. —Ella le sonrió, pero se le cortó el aliento cuando lo miró a la cara. Había algo depredador en su sonrisa, y la inclinación de sus ojos grises, oscuros y duros como la pizarra, le aceleraron el pulso. Incluso cuando ella juntó las cejas, la mirada desapareció. Casi la apartó de él.

—Pronto amanecerá. Deberíamos regresar a la cubierta inferior y velar por la salud de nuestros sirvientes.

Era lo que Rosamund había estado a punto de sugerir, pero ahora no le convenía que el marqués pensara en ello. Se sintió engañada. Reprimiendo sus vagos sentimientos de descontento, Rosamund siguió a lord Ullenwood hasta la cubierta inferior y se dirigió a su camarote, donde encontró a Meggie acostada en la cama. Estaba muy pálida, pero despierta y serena.

—Oh, señora, ¿le he alejado de su cama? ¡De hecho, no pude evitarlo, me sentí tan mal, mi señora!

Rosamund se apresuró a tranquilizarla y se sintió un poco culpable por haber disfrutado tanto de la travesía. La noticia de que había tierra a la vista actuó como un poderoso tónico para la criada, que se puso rápidamente de pie y ansiosa por moverse. Rosamund la agarró del brazo.

—Despacio, Meggie. Todavía estás débil. Me han dicho que tenemos aproximadamente una hora antes de llegar al puerto.

—Entonces déjeme hacer las maletas y prepararme, mi lady. El tiempo pasará más rápido si estoy ocupada.

Llegaron a Calais cuando los primeros rayos de un amanecer helado se extendían por el cielo. Un pequeño bote de remos salió para llevarlos a tierra, donde fueron escoltados a una posada para desayunar mientras esperaban que atracara el barco y descargaran el carruaje.

Al mediodía estaban listos para continuar el viaje y el marqués acompañó a su señora fuera de la posada. Su cochero estaba esperando, observando profesionalmente el equipo alquilado para transportar a los sirvientes y el equipaje extra.

—Debo decir que está bien construido —comentó al valet mientras supervisaba la fijación

de baúles y cajas a la parte trasera del vehículo—. Por supuesto, esto es sólo un carruaje; no hay conductor, ¿sabe? Sólo postillones. —El cochero explicó—. No puede compararse con el carro de mi señor, por supuesto, pero con regañones decentes hará el trabajo bastante bien.

El marqués se rio entre dientes.

—Nada convencerá a Wilson de que la suya no es la mejor profesión del mundo.

—Y así es, señor —sonrió el cochero, tocándose el sombrero—. Soy el rey del mundo, encaramado en la caja. ¿Está listo para partir, mi lord? Las maletas están todas empacadas, ya ve, así que podemos partir cuando le convenga. Y he elegido algunos buenos caballos para nosotros. —Usó su ventaja como criado de toda la vida para guiñarle un ojo a su señor—. Unas pocas monedas de oro significan lo mismo en cualquier idioma.

Rosamund se acomodó en el gran carro de viaje junto a su marido y miró por la ventana para ver a Davis ayudando a Meggie a subir al segundo carruaje. Cuando la puerta se cerró tras los sirvientes, ella observó por primera vez el panel de la puerta dañado.

—Antes había algunas decoraciones en la carrocería —comentó, frunciendo el ceño—. No puedo distinguirlo del todo porque está muy rayado. Qué negligencia marcar una pintura tan fina.

Lord Ullenwood se quedó mirando el carruaje por un momento.

—No fue un descuido, querida —dijo—. El escudo de armas ha sido borrado deliberadamente. Apostaría a que el vehículo perteneció a alguna familia noble y fue confiscado por el nuevo régimen.

Rosamund miró atónita a su marido.

—Oh, querido. ¿Cree que la familia está... muerta? —terminó en un susurro.

Lord Ullenwood se encogió de hombros. —Posiblemente. Muchos perecieron en el Terror.

Ella suspiró. —Esto hace que todo sea mucho más real. Por supuesto, leí los informes en aquel momento, pero entonces significaban muy poco para mí.

—Intente no dejar que esto le abrume. Fue hace años. El nuevo cónsul tiene ahora firmemente el control y se nos dice que Francia nunca ha sido tan próspera.

Rosamund percibió la nota de ironía en su voz, pero no dijo nada y prefirió guardar silencio.

Mientras viajaban hacia París hubo muchas señales de que el país se estaba recuperando de su revolución. Los campos estaban bien cuidados y la gente parecía bastante sana y feliz. Las mujeres con sus chaquetas camelote rojas y sus delantales les sonreían al pasar, pero también había señales de la terrible conmoción que había sufrido la tierra; iglesias con las ventanas rotas y las lápidas derribadas y, a través de los árboles, se vislumbra de vez en cuando algún castillo otrora magnífico, ahora en ruinas ennegrecidas.

El camino a París los llevó a través de Montreuil y Chantilly con su castillo en ruinas. Había visto tantos viajeros ingleses en los últimos meses que el viaje se realizó con razonable comodidad. Como se podían obtener grandes beneficios, las posadas estaban encantadas de ofrecer sus mejores habitaciones al rico lord inglés y John Wilson podía elegir los caballos en cada parada, pero Rosamund no podía estar tranquila. Mientras se acercaban a París, miró por la ventana, con el ceño fruncido.

—¿Por qué está tan pensativa, querida?

Las palabras de lord Ullenwood la despertaron y forzó una sonrisa.

—Tengo un poco de aprensión respecto a París, mi lord. No estoy del todo segura de aprobar este nuevo gobierno. Durante nuestro viaje hasta aquí he observado que las iglesias están abiertas de nuevo, pero los sacerdotes no son libres de seguir su conciencia, los periódicos sólo informan lo que les dicen y Bonaparte se ha nombrado Primer Cónsul vitalicio. Nuestro parlamento tiene sus defectos, señor, pero en Francia parece que el pueblo no tiene derecho a

decir nada contra su líder. Si vamos al tribunal, ¿tendré que sonreír y morderme la lengua si no estoy de acuerdo con algo de lo que se dice?

—Me temo que es así, señora. —Él le sonrió—. Si tanto le preocupa, no debe ir, no insistiré en ello. De hecho, preferiría que se mantuvieras alejada. Debo entregar mis mensajes al embajador y le he prometido a James que no haré nada para enfadar a las autoridades aquí, pero no veo ninguna razón para mostrarles más que civilidad común. Después de todo, se han apoderado de mi tierra y han enviado a mis parientes a la guillotina. No puedo perdonarlos fácilmente.

—Entonces, si no se opone, señor, me ausentaré. —Ella lo miró ansiosamente—. Siempre y cuando no ponga en peligro su posición aquí.

—No, no será así.

Tranquilizada, Rosamund se dispuso a disfrutar de la etapa final de su viaje. Se sentía extremadamente cansada, pero esto se explicaba por las horas de viaje en carruaje cada día. Las posadas habían sido cómodas, pero no suntuosas, y el marqués había insistido cada noche en que se instalara una cama plegable en su habitación para su doncella. Rosamund sabía que era bastante habitual que las parejas casadas tuvieran dormitorios separados, pero la práctica le parecía bastante desalentadora. El marqués había dejado claro que su luna de miel comenzaría una vez que llegaran a París, pero a medida que pasaban los días y él no hacía más que besarle la mano, el ánimo de Rosamund comenzó a decaer. Estaba claro que su marido la encontraba poco atractiva.

Llegaron a París al final de un día de primavera particularmente hermoso, pero la primera vista que Rosamund tuvo de la ciudad no fue alentadora. No le gustaba la cantidad de soldados en las calles y se estremeció al ver las numerosas casas grandiosas que estaban vacías y abandonadas. Pensó que había un aire de tristeza en la ciudad y las calles polvorientas la hacían estornudar.

Llegaron al Hôtel Cerutti justo cuando oscurecía y los asistentes los condujeron a su suite con enfáticas reverencias, y les aseguraron que a mi lord inglés le habían dado las mejores y más cómodas habitaciones de París. Mi lady fue llamada a admirar los finos dorados de los techos, los magníficos salones de recepción y, si les permitía, la excelente disposición de los dos dormitorios principales con sus puertas comunicantes. ¿Un arreglo excelente para mi lord y su nueva esposa, *non*?

Rosamund se sonrojó un poco ante las miradas de complicidad. Ahora que el viaje finalmente había terminado, empezaba a dolerle la cabeza y se sintió aliviada cuando la dejaron sola con Meggie para cambiarse su polvorienta bata de viaje y ponerse un vestido gris limpio antes de regresar al elegante salón donde les habían preparado la cena.

Entró el marqués, vestido con una levita negra ajustada y pantalones blancos hasta la rodilla. La severa elegancia de su atuendo hizo que el corazón de Rosamund diera un vuelco. Ella pensaba que era el hombre más guapo que jamás había visto. Y era su marido.

Lord Ullenwood despidió a los sirvientes y dirigió una mirada de disculpa a su esposa.

—¿Me consideraría imperdonablemente descortés si le dejara comer sola? —dijo—. Realmente creo que debería ver a lord Whitworth lo antes posible.

Rosamund se sorprendió al encontrarse al borde de las lágrimas. Se tragó su decepción.

—No, por supuesto que no, mi lord. Después de todo, esa es la razón por la que vinimos aquí.

Él besó sus dedos. —Es muy buena. Concluiré mi asunto lo antes posible, tiene mi palabra. La garganta de Rosamund se sentía muy apretada.

—Debe cumplir con su deber.

Él sonrió. —¡Cuándo regrese, verá qué bien cumplo con mi deber, señora esposa!

Rosamund se sonrojó furiosamente. Riendo, Ullenwood le dio un golpe en la mejilla con un dedo descuidado.

—Volveré tan pronto como pueda.

CAPÍTULO QUINCE

Lady Ullenwood había perdido el apetito. Las pequeñas delicias preparadas con tanto esmero por el chef francés no sabían a nada. Bebió una copa de vino, envió a Meggie a buscar su libro de lectura y se dispuso a esperar el regreso de lord Ullenwood.

Rosamund estornudó. Miró el reloj de bronce dorado que había sobre la repisa de la chimenea. Once en punto. Era muy posible que el embajador hubiera estado fuera de casa y Elliot hubiera decidido esperarlo. O tal vez estaba entreteniéndolo y el marqués se había visto obligado a unirse a él y cortejar a una multitud de bellezas francesas. Rosamund rápidamente descartó esta inquietante imagen de su mente. A pesar del fuego que ardía en la chimenea, sintió mucho frío y decidió que lo mejor sería irse a la cama. Mandó llamar a Meggie y le pidió que calentara las sábanas antes de ponerse el vaporoso camisón de muselina y encaje que la señora Tomlinson había insistido en que llevara consigo.

Cuando Meggie la ayudó a acostarse, Rosamund se dio cuenta de que había tenido un escalofrío. Le dolía la garganta y sentía la piel a veces caliente y luego helada. Meggie meneó la cabeza y se acercó a atizar el fuego.

—No me gusta su apariencia, mi señora. Debemos asegurarnos de que se mantenga cómoda y abrigada.

—Estoy segura de que pronto me pondré muy bien —murmuró Rosamund detrás de su pañuelo. Se reclinó sobre las suaves almohadas blancas como la nieve y dijo con un dejo de desesperación—: No puedo estar enferma ahora.

Meggie cacareó como una gallina, se acercó a la cama y alisó las sábanas.

—Bueno, mi señora, quién sabe, pero es posible que esté mucho mejor por la mañana. Quizás debería hacer que me colocaran la cama aquí.

—¡No! No, Meggie, estaré muy bien, déjame sólo una taza de limonada, mi libro y mi vela.

Después de muchos resoplidos, finalmente convencieron a la criada de que se fuera, y Rosamund se quedó sola. Intentó leer, pero le dolía demasiado la cabeza. Poco a poco el ruido de la calle se apagó. Se recostó sobre las almohadas, escuchando cualquier sonido en la casa que pudiera anunciar el regreso de lord Ullenwood. Al final se quedó dormida y se despertó un rato después estornudando.

Se abrió la puerta contigua y entró el marqués llevando un candelabro. Rosamund lo miró con mirada somnolienta. Llevaba una bata ricamente estampada, cuyos colores brillantes resplandecían ante sus sensibles ojos.

—Vi la luz debajo de la puerta —explicó, acercándose a la cama—. No supuse que me esperara tanto tiempo.

—¿Es muy tarde? —murmuró, luchando por sentarse—. No lo sabía... He estado dormida. —Ella estornudó—. ¿Vio a lord Whitworth?

—No. Estará fuera de la ciudad por unos días. Debo esperar su regreso.

—Oh, querido. —Estornudó de nuevo—. Lo siento, mi lord. Creo que tengo un resfriado.

—¡No tiene nada!

Parecía enojado y su ánimo se desplomó. Se escondió detrás de su pañuelo, amenazando

con llorar.

—Por favor, no se acerque a mí, mi lord —le suplicó—. Puedo ser contagiosa.

Ella lo escuchó reír.

—Es posible que sí. Muy bien, señora esposa, será mejor que la deje descansar. Buenas noches, querida.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Rosamund se hundió en su cama, considerándose la desdichada más desafortunada del mundo.

La enfermedad de Rosamund fue violenta pero breve y en tres días se sintió lo suficientemente bien como para sentarse en la cama para cenar, y a la mañana siguiente se reunió con su marido para desayunar. Su sonrisa de bienvenida la animó.

—Me alivia verle por fin fuera de su habitación —dijo, acompañándola hasta la mesa—. Estaba preocupado por usted.

—Sin embargo, nunca fue a verme.

—Estaba siguiendo sus instrucciones, señora. Su doncella insistió en que no debía ser admitido. Estaba demasiado enferma para soportar visitas.

Ella sonrió tristemente.

—Creo que lo que le dije a Meggie fue que no debería verme tan deteriorada. Lo siento, mi lord. Nunca esperé que ella tomara mis divagaciones tan en serio. Pero no le he agradecido por enviar flores frescas de primavera a mi habitación todos los días. Me animaron.

—Me alegro de que le hayan complacido, Ros.

—Confío en que mi ausencia no haya causado ninguna ofensa, mi lord. No quisiera causarle dificultades.

—Es una lástima que haya tenido que quedarse en su habitación, pero ya habíamos acordado que no asistiría al Salón. Por supuesto, era necesario que yo lo hiciera, pero habiendo asistido una vez espero no tener que volver a hacerlo. Lord Whitworth regresará mañana a París. Espero que esté en el salón de Madame du Tille y, como también estamos invitados, podré verlo allí y entregarle la carta de Ashby sin generar especulaciones. Sin embargo, hoy estoy a su disposición, querida. Me dedicaré a mostrarle un poco de París. ¿Se siente lo suficientemente bien como para ir al Louvre?

—Oh, sí, Elliot, por favor. Eso me gustaría mucho.

A pesar de haberle asegurado que se encontraba bastante bien, Rosamund se encontraba agotada cuando regresaron de su excursión. En la galería hacía calor y estaba abarrotada, y se habían visto obligados a detenerse con frecuencia para que el marqués presentara a su nueva esposa a los numerosos visitantes ingleses que se encontraron. Una mirada en el espejo a su regreso le mostró que estaba gris y pálida, y agradeció que su marido le ordenara cenar en su habitación. Él besó su mejilla.

—Que duerma bien, Ros. Le invito a lucir sus mejores galas mañana, para su primera presentación en la sociedad parisina.

Ella se fue a su habitación, con las mejillas hormigueantes por el contacto de sus labios, y con optimismo se dispuso a acudir al salón de Madame du Tille al día siguiente. Meggie podría lamentar el período de luto que le impedía comprar y vestir la última moda francesa, pero en secreto Rosamund pensaba que estaba muy bien con su nueva muselina blanca con bordados plateados. Su cabello oscuro estaba limitado por bandas de cinta blanca y agregó un par de pendientes de perlas finas y un solo collar de perlas a juego realzaba la piel impecable de su cuello y hombros.

—¿Y bien, señor? —murmuró cuando se reunió con su marido en el pasillo—. ¿Está bien?

—Admirablemente. —Su corazón se aceleró cuando él tomó la capa de seda que le tendía el lacayo y se la puso sobre los hombros—. Nunca ha tenido mejor aspecto, Ros. ¿Esa doncella suya ha aprendido por fin a vestirse?

Ella soltó una carcajada.

—Sí, Meggie está muy impresionada por la moda parisina y se ha esforzado mucho en hacerme *à la mode*, a pesar de que estoy de luto.

—Entonces ese es otro de los vestidos que eligió con Arabella. Le felicito, le sienta muy bien.

—Gracias, mi lord. Y eso me recuerda que hoy recibí una carta de Bella: me dice que sus tías aún no se han acercado a ella, pero que está muy ocupada manteniendo a sir James entretenido. ¿No es muy amable por su parte?

—Si la elección es entre sentarse con mi tía Padiham o coquetear con James, no creo que sea difícil saber qué preferiría ella.

Rosamund negó con la cabeza.

—Creo que es demasiado duro con su prima. Ella insiste en decirme que *no* coquetean: leen juntos y discuten sobre literatura.

—¡Dios mío, le ruego que no me diga que Bella se está enamorando de James! Es un soltero empedernido, todo terminará con un corazón roto. Usted sonríe, señora, ¿cree que estoy equivocado?

—A esta distancia prefiero mantener la mente abierta —respondió remilgadamente—. Pero han sido abandonados juntos...

—No —dijo decididamente—. Son demasiado diferentes. No es racional.

Ella reprimió un suspiro.

—El amor no es racional, mi lord.

Mientras conducían por la ciudad, lord Ullenwood le explicó a Rosamund que Madame du Taille era una de las anfitrionas más elegantes de París.

—Sus salones siempre están llenos; ministros de gobierno, visitantes extranjeros... todo el mundo estará allí.

—Creí que ayer nos encontramos a todo el mundo en el Louvre —respondió Rosamund, con los ojos brillantes—. Pero conozco a tan poca gente, ¿habrá caras conocidas, señor?

Dudó por un breve segundo cuando el carruaje se detuvo.

—No —dijo—. Yo creo que no. No necesitamos quedarnos mucho tiempo, querida. No quiero que se esfuerce demasiado. Prométame que me informará cuando esté lista para partir.

Su preocupación la reconfortó.

—Lo haré, señor. Tiene mi palabra.

Rosamund acompañó a su marido a través de una serie de grandes habitaciones, cada una de ellas ricamente decorada en colores brillantes con suntuosas cortinas y abundantes dorados. Madame du Taille fue muy amable y pronto se llevó a Rosamund con ella, ansiosa por presentar a la nueva señora a sus invitados. Cuando Rosamund se encontró con su marido algún tiempo más tarde, sus ojos brillaron y sus mejillas se sonrojaron. Él le sonrió.

—Bueno, mi señora, ¿se está divirtiendo?

—Oh, sí, señor. Mucha gente recuerda a mi abuelo y fue amable conmigo por él.

—Creo que son amables con usted por usted misma, *ma chère* —intervino Madame. Se volvió hacia el marqués—. Le felicito por su esposa, mi lord. Es bastante encantadora y su

francés es impecable. Debería estar muy orgulloso de ella.

Lord Ullenwood atrapó los dedos de Rosamund y se los llevó a los labios.

—Lo estoy, señora. Creo que he hecho una elección excelente.

—¿Lo dice en serio? —susurró Rosamund, con las mejillas sonrojadas de placer.

—De verdad, Rosamund. Mi pequeña Rosa. Tiene tanto aplomo y elegancia que no he oído más que elogios para usted. Ahora creo que nuestra anfitriona quiere llevársela otra vez. —Bajó la cabeza y susurró—: Creo que quiere presentarle a Talleyrand. Un hombrecillo desagradable, pero es el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón y es muy poderoso. Debe ser cortés con él, Ros.

—Soy cortés con todos, señor —murmuró mientras su anfitriona se la llevaba de nuevo.

Rosamund felizmente acompañó a Madame por la habitación, su ánimo se elevó por la aprobación de su lord, pero después de una hora se estaba cansando. Las habitaciones estaban tan calurosas y llenas de gente que le empezaba a doler la cabeza y, excusándose con un animado grupo de volubles damas francesas, fue en busca de su marido. Las habitaciones estaban tan llenas de invitados charlando que incluso con sus tacones enjorados le resultaba difícil ver por encima de la multitud y buscaba en vano la alta figura de su marido. Cruzó hasta donde se habían abierto de par en par las grandes puertas dobles que separaban dos salones y trató de buscar la alta figura de lord Ullenwood.

—Mi lady Ullenwood.

Miró a su alrededor para ver quién había hablado y sonrió insegura al reconocer un rostro familiar.

—Señor Granthorpe.

—Su humilde servidor, señora. ¿Está usted buscando a su marido, tal vez? —dijo—. Creo que sé dónde podemos encontrarlo. ¿Me permitirá llevarle con él?

Rosamund vaciló. No le agradaba el señor Granthorpe, pero él le tendía el brazo y se ofrecía a guiarla hasta el marqués. ¿Qué daño podría haber en eso? Ella inclinó la cabeza y puso la mano en su manga. —Bueno, entonces, mi señora, déjeme ayudarle con esta prensa.

Comenzó a guiarla a través de la habitación. Un espacio momentáneo entre la multitud le mostró a Rosamund que se dirigían hacia los pilares dorados en un extremo de la habitación, más allá de los cuales había una serie de nichos, posiblemente diseñados originalmente para albergar estatuas de mármol, pero ahora cada uno estaba amueblado con una pequeña mesa de juego y enmarcado con ricas cortinas de brocado. El corazón de Rosamund se apretó de repente. Las cortinas de uno de los nichos estaban corridas y los ocupantes participaban en una partida privada de cartas o en algo más íntimo.

Se sintió aliviada de que el señor Granthorpe la alejara de la alcoba con cortinas, guiándola entre la multitud con una palabra tranquila aquí y allá. Su dolor de cabeza estaba empeorando. Se alegró de contar con el brazo de apoyo del señor Granthorpe y ansiaba llegar hasta su marido. El parloteo se hacía cada vez más fuerte, resonaba en las habitaciones altas y sacudía sus nervios destrozados. La multitud parecía apretujarse sobre ella, un alto muro de seda y terciopelo.

—Ah, aquí estamos.

Entonces, de repente, la multitud se separó y se disolvió para que Rosamund pudiera ver a su marido, que estaba de pie justo dentro de uno de los nichos. La ansiosa anticipación de Rosamund por encontrar a su marido se esfumó, reemplazada por una dolorosa consternación. Lord Ullenwood sonreía ante el exquisito semblante de la señora Barbara Lythmore.

Ros quiso dar un paso atrás, darse la vuelta y volver a ser engullida por la multitud, pero el

señor Granthorpe la sujetó del brazo y no pudo liberarse. Un silencio expectante había caído en ese rincón de la habitación, todos parecían estar parados a su alrededor, observando y esperando a ver cómo reaccionaría al ver a su marido y a la hermosa viuda. Rosamund se armó de valor. Unas palabras en voz baja al señor Granthorpe le obligaron a soltarla y ella dio un paso adelante para quedarse sola.

La curiosidad de quienes estaban reunidos a su alrededor era casi tangible. Ros estaba segura de que todos sabían que la señora Lythmore era la amante de Ullenwood. También sintió un fuerte deseo de saltar sobre la mujer y arrancarle los ojos. La señora Lythmore se había estado riendo por algo que había dicho el marqués, pero ahora se giró, con una sombra de molestia cruzando su rostro. Si no le hubiera dolido tanto la cabeza, a Rosamund se le habría ocurrido algo que decir, pero sus pensamientos giraban en un caos silencioso mientras observaba a la viuda meter una nota en el bolsillo del marqués antes de poner su mano en su manga, como indicando su posesión.

—Ah, lady Ullenwood —ronroneó, recuperando la sonrisa—. ¿Ha venido para llevarse a su marido lejos... de nosotros? —hablaba en francés, no perfectamente pero sí competente, y Rosamund supo que la pausa había sido deliberada. Bien podría haber dicho «de mí».

La sonrisa de la viuda se volvió más maliciosa. Ella murmuró: —Me pregunto si puede.

Lord Ullenwood abrió la boca para hablar, pero Rosamund se adelantó y se obligó a sonreír en sus labios secos.

—No sólo puedo hacerlo, sino que lo haré, señora —dijo fríamente—. Hay ocasiones en las que sólo el marido es suficiente. —Con la cabeza en alto, dirigió una mirada al marqués—. ¿Mi lord?

Un caballero con una mata de pelo desordenado y una levita azul que no le sentaba bien se rio entre dientes.

—Sí, váyase, mi lord. Mientras esté en la habitación, la encantadora Madame Lythmore no tiene ojos para nadie más.

Los ojos oscuros de Rosamund brillaron y murmuró: —Qué desgracia para la encantadora señora.

Lord Ullenwood se acercó a ella. —¿Nos vamos, querida?

Mientras el marqués la escoltaba, Rosamund vio el rostro sonriente de Harry Granthorpe y escuchó el tono meloso de la viuda detrás de ella.

—Debemos dejar que el marqués cuide de su pequeña esposa. Me pregunto por qué se apiadó de una criatura tan patética cuando podría haberlo hecho mucho mejor por sí mismo.

Rosamund se puso rígida, pero lord Ullenwood le apretó la mano.

—Ignórela, Ros —dijo en voz baja—. No daremos más ánimos a los chismosos. Parece cansada, querida. ¿Es por eso por lo que vino a buscarme? La llevaré de inmediato.

Su voz era suave, pero ella sintió la molestia detrás de las amables palabras y una desolación gris mezclada con su ira. No estaba bien que una esposa discutiera con una amante. Debería haber permanecido distante, digna, fingir que no sabía nada de la conexión de la viuda con su marido.

En la puerta tuvieron que esperar mientras un lacayo iba corriendo a buscar la capa de su señora.

—Le pido perdón, mi lord, no esperaba verla allí.

—La señora Lythmore se ha convertido en la estrella de París y se la puede encontrar en

todas partes —respondió—. Se ha convertido en una de las favoritas del primer cónsul.

—¿En serio? Entonces hubiera sido mejor si me hubieran avisado —replicó—. ¿O quiere hacerme creer que no sabía que estaba en París?

—No. Sabía que ella estaba aquí.

Rosamund respiró hondo, hinchándose de indignación.

—¿Y no creyó necesario decírmelo? ¡Soy *su esposa*, mi lord!

Él le frunció el ceño.

—No necesito que me lo recuerden, señora. Sin embargo, ya le dije que la señora Lythmore no es digna de su atención. —Él miró hacia arriba—. Venga, el carruaje está aquí.

La acompañó afuera y la ayudó a subir al carruaje, pero no hizo ningún movimiento para unirse a ella. Al volverse, lo vio arrojar una moneda a un lacayo que llevaba una antorcha encendida.

—¿No viene conmigo?

—No. Todavía tengo asuntos que concluir aquí. Estará perfectamente segura con John en la caja. Espéreme en el hotel, señora. No tardaré.

Rosamund lo miró fijamente mientras el carruaje se alejaba, mientras la rabia y la frustración crecían hasta que ya no pudo soportarlo más, y con un pequeño grito golpeó los gordos respaldos del asiento, mientras lágrimas calientes le quemaban las mejillas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Lord Ullenwood observó cómo el carruaje desaparecía en la oscuridad y luego regresó a través de las habitaciones; su altura le daba la ventaja de poder ver a su presa casi tan pronto como entró en el salón más pequeño. Con una sonrisa y unas palabras amables, se unió al pequeño grupo que conversaba con lord Whitworth, sin mostrar impaciencia cuando el embajador felicitó a una dama por su vestido, aconsejó a otra qué ponerse para presentársela a Napoleón y discutió alegremente sobre los caballos de carreras con un ciudadano elegantemente vestido, a quien presentó al marqués como *monsieur* Miseau, una estrella en ascenso en el actual gobierno.

Se intercambiaron cumplidos y cuando concluyeron las bromas, el marqués logró alejar al embajador de la multitud con el pretexto de mostrarle una tabaquera nueva.

—Le he estado buscando toda la noche —murmuró.

El embajador sonrió y levantó su monóculo para inspeccionar la caja esmaltada que le había regalado el marqués.

—Me retuvieron. Creo que me llamó varias veces mientras estaba fuera de París.

—Sí. Tengo un mensaje para usted de parte de sir James Ashby.

—Ah. He estado esperando eso. Démelo, ahora. —Dejó caer su pañuelo y, mientras ambos hombres se inclinaban para recuperarlo, lord Ullenwood le pasó la carta.

—Excelente —comentó lord Whitworth, volviendo su atención a la tabaquera—. Una pieza excelente, mi lord. No sé cuándo he visto algo más fino. Lo llamaré, mi señor, para ver más de su colección. Pero si me disculpan, nuestra anfitriona me está llamando.

Con una reverencia y una sonrisa, el embajador se alejó. Completada su tarea, lord Ullenwood se abrió paso a través del abarrotado salón hacia la puerta, ansioso por irse. Deseó no haber enviado a Rosamund sola al hotel. Recordó la angustia en sus ojos y sintió una punzada de malestar, sabiendo que él había sido la causa del daño. Se detuvo. No debía haber más malentendidos.

Volviendo a la habitación, caminó resueltamente por los salones hasta que vio al animado grupo que estaba buscando. No había forma de confundir el destello de triunfo en los ojos de Barbara Lythmore cuando lo vio acercarse. Estaba rodeada por un grupo de caballeros que reían, al menos dos de los cuales él sabía que eran ministros del gobierno de Napoleón, pero ella los despidió con una sonrisa y se volvió para saludarlo.

—¿Ha vuelto tan pronto, mi lord?

—Sí. —Él la tomó del brazo y la llevó a un rincón tranquilo, donde nadie los escucharía—. He regresado para hacer lo que debería haber hecho antes de salir de Inglaterra. Fui un tonto al no dejar las cosas claras.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo.

—Una nueva esposa debe recibir algo de atención, Elliot. Admito que desearía que hubieras confiado en mí, pero lo entiendo...

—No, Bárbara, no creo que lo hagas. Te dije cuando llegaste a París que lo nuestro se acabó. Te lo dije de nuevo esta noche. —Sacudió la cabeza—. Mi error fue no terminarlo antes de casarme, pero en ese momento pensé...

—Pensaste que tu matrimonio con esa mujer no nos afectaría —lo interrumpió, dedicándole

su sonrisa más seductora—. Y tenías razón, Elliot. Admito que me enfadé porque no me avisaste de antemano, pero eso ya no importa. —Ella puso sus dedos contra su pecho y se acercó para decir suavemente—: Puedo perdonar eso, mi lord.

Le quitó la mano.

—Su perdón no es necesario, señora —dijo con frialdad—. Al tratar de desanimarte suavemente parece que no me has entendido. Nuestra relación ha terminado.

Ella parpadeó y su sonrisa desapareció por un breve momento, pero pronto volvió a su lugar. Ella soltó una risa suave.

—¿Qué, Elliot? ¿Me rechazarías sin un centavo?

Su labio se curvó. —Esos diamantes alrededor de tu cuello me costaron un buen centavo. Véndelos y tendrás suficiente para estar cómoda durante al menos un año.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Por qué ahora? ¿Qué te ha dicho esa mujercita tuya?

—A diferencia de ti, Barbara, ella no ha dicho nada, pero cuando intentaste humillarla esta noche, fuiste demasiado lejos.

—¿Qué puede ofrecerte esa pequeña virgen, excepto novedad?, y eso pronto desaparecerá, te lo prometo.

—No te burles, Barbara. No te sienta bien. —Se alejó de ella—. Cuando regrese a Londres ordenaré a Mellor que venda la casa de Clarges Street. Tendrás la mitad de las ganancias para, mmm, aliviar tu decepción. Bajo ningún concepto volverás a acercarte a mi esposa, ¿quedó claro?

Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero nunca llegó a sus ojos.

—Creo que deberías tener cuidado con cómo me tratas, Elliot. Soy una gran favorita aquí en París.

—¿Con tiranos y regicidas? ¿Estás orgullosa de eso?

—Puedo hacerte la vida muy difícil.

Él arqueó las cejas.

—¿Te rebajarías a chantajearme ahora, Barbara? Pensé que eras mejor que eso.

Él sostuvo sus ojos, los suyos duros e inflexibles como el granito. Ella lo miró con resentimiento por un momento y luego sonrió.

—Vamos, Elliot, separémonos como amigos. Me gustaría pensar que podrías volver a visitarme si lo deseas.

Él ignoró su mano extendida.

—No, señora —dijo con voz gélida—. El trato que usted da a lady Ullenwood impide que coincidamos en el futuro.

Con un movimiento de cabeza la dejó. Al llegar a las puertas del salón escuchó su nombre y se giró para ver al embajador acercándose.

—Lord Whitworth. Disculpe, estoy a punto de despedirme de nuestra anfitriona.

—Sí, sí, en un momento. —El embajador lo tomó del brazo y lo alejó de la multitud hacia una de las largas ventanas—. Una advertencia antes de partir. Debe tener cuidado, mi lord. La ausencia de lady Ullenwood en la corte no ha pasado desapercibida. Esta tarde oí a Misesau hablar de ello con Talleyrand.

—Déjelos hablar. Mi esposa no tiene necesidad de asociarse con este gobierno.

—Habla con ira, señor, pero permítame aconsejarle que se guarde esos sentimientos para usted. La paz es muy frágil y necesitarán pases firmados por el propio Napoleón para salir de Francia.

El marqués contuvo su ira. Suspiró.

—Sí, claro. Mis disculpas, lord Whitworth, ha sido una velada difícil. Por supuesto, haré todo lo posible para suavizar las cosas, pero no presentaré a mi esposa en la corte.

—Muy bien. Pero venga mañana al salón. Al primer cónsul le gusta hacer desfilar a sus invitados ingleses. Y después, si está libre, hay asuntos que discutir.

—Allí estaré. —Con un breve movimiento de cabeza, el marqués salió de la habitación.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Anoche su puerta estaba cerrada con llave, Ros.

La voz de lord Ullenwood era muy tranquila, pero Rosamund echó un vistazo al lacayo que los atendía en el desayuno y se preguntó si entendía inglés.

—Sí, señor. Lo consideraré mejor.

El marqués despidió al criado, diciendo mientras la puerta se cerraba tras él:

—¿Le importaría explicármelo, querida?

Rosamund bajó el trozo de pan, sin apetito.

—Aunque nuestro matrimonio no esté consumado, mi lord, es posible que pueda ser anulado.

Tenía las mejillas ardiendo y no se atrevía a mirarlo. El repentino silencio en la habitación fue alarmante.

—¿Es eso lo que quiere? —dijo al fin.

—Sí.

—¿Y se puede saber por qué?

Su tono era perfectamente razonable, pero Rosamund tembló.

—Para mí está claro que no tengo las habilidades necesarias para convertirme en una buena esposa, señor. Nuestro matrimonio fue un error, pero aún no es demasiado tarde para rectificarlo.

—¿Y eso es lo que quiere? —dijo de nuevo—. Por favor, míreme, querida. Quiero la verdad.

Con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho, Rosamund se obligó a mirarlo a los ojos.

—Sí —dijo claramente—. Sí, es lo que quiero.

—Ya veo. —Cogió un panecillo y empezó a untarlo con mantequilla. Rosamund pensó que podrían estar hablando del tiempo, por lo tranquilo que estaba—. ¿Tiene esto algo que ver con los pequeños contratiempos de anoche? —le preguntó—. Ya le he dicho que no piense más en la señora Lythmore. No volverá a molestarle.

Pero habrá otras.

Ros gritó las palabras en silencio. La agonía que había sentido cuando lo vio con Barbara Lythmore la había conmovido y asustado. No quería volver a sufrir de esa manera nunca más, no quería soportar el dolor punzante y desgarrador de saber que él estaba con otra mujer. Pero por nada del mundo admitiría eso ante el marqués. Reunió su tono de voz más razonable para sus siguientes palabras.

—Vamos, mi lord. Admita que nuestro matrimonio fue un error de juicio por parte de ambos. Es mejor terminar con esto mientras podamos.

—No tengo por costumbre cometer errores de juicio —replicó—. Sin embargo, si esa es su última palabra sobre el asunto, entonces no intentaré disuadirle. Lo único que pediría es que guardemos esta decisión para nosotros hasta que regresemos a Londres.

—Muy bien, mi lord.

—Bien. —Dejó la servilleta y se levantó—. Estoy comprometido para asistir al Salón hoy, pero tengo tiempo para acompañarle al English Divine, si quiere ir a la iglesia.

Rosamund sacudió la cabeza, demasiado abatida para volver a hablar.

—Entonces le dejaré ahora. Le ruego que no me espere para cenar, lord Whitworth desea

hablar conmigo en privado. Cenaré con él.

Rosamund no se movió hasta que él salió de la habitación. Escuchó sus pasos alejándose y sólo cuando se apagaron se dirigió a su habitación, diciéndole a Meggie que tenía dolor de cabeza y que no quería que la molestaran.

Pasar el día y la noche sola no hizo nada para restaurar el ánimo de Rosamund, pero tampoco debilitó su decisión de dejar al marqués. A la mañana siguiente se dirigió a la mesa del desayuno preparada para discutir y se sintió decepcionada cuando lord Ullenwood la saludó con civilizada cortesía. Se sentó y permitió que el lacayo le sirviera una taza de café hirviendo, consciente de un entumecimiento en su interior. Se dijo a sí misma que semejante tristeza era una tontería; nunca había tenido relaciones íntimas con su marido, así que ¿por qué su conducta educada y distante debería parecer tan dolorosa ahora? Se dio cuenta, con un pequeño sobresalto de sorpresa, de que lo que la deprimía era la falta de esperanza.

—¿Qué le parece un día en el campo, querida?

Rosamund levantó la vista, sorprendida.

El marqués continuó: —Me gustaría visitar Château Ullenwood mientras estemos aquí.

—Pero su agente y sus abogados han confirmado que no hay ninguna posibilidad de que pueda reclamarlo —dijo Rosamund con cautela—. ¿Está seguro de que es prudente regresar? ¿No le hará sentir aún más la pérdida si la vuelve a ver?

—Tal vez, pero también puede ayudarme a dejar viejos fantasmas. También me gustaría encontrar a nuestro antiguo mayordomo, si es que vive. Me gustaría que supiera que no lo hemos olvidado. Entonces, ¿qué dice, Ros? No está a más de un par de horas de viaje desde París, y después del estallido de ayer de Bonaparte, creo que sería mejor mantenerse apartado durante unos días.

—¿Perdió los estribos? —dijo ella, entretenida—. ¡Oh, cómo desearía haber estado allí!

Él rio. —¿Pensé que estaba decidida a no tener nada que ver con este régimen?

—Y así es, por supuesto, pero todavía tengo curiosidad. ¿Me dirá qué pasó?

—Muy bien, si así lo desea. Estaba la multitud habitual; los embajadores ruso y español, funcionarios y aduladores, y en el centro, el propio primer cónsul, acicalándose y aceptando los elogios que espera. Entonces entró Whitworth y Boney se acercó a él y lo acusó de estar empeñado en la guerra. Estuvo despotricando durante algún tiempo y dijo a la asamblea que no cumplimos nuestra palabra—. El marqués frunció el ceño—. Por Dios, Ros, en ese momento quise darle un puñetazo en la cara al pequeño monstruo, pero Whitworth se lo tomó todo con calma.

—Él es nuestro embajador, es su deber hacerlo, mi señor.

—Sí, así es, pero no sé cómo se abstuvo de desenvainar su espada cuando Boney gritaba y agitaba su bastón hacia él, como un loco. Finalmente, salió furioso, gritando que depende de los ingleses, ¡los ingleses!, respetar los tratados. Una excelente muestra de hipocresía por parte de un hombre que ha utilizado la paz sólo para sus propios fines.

En el silencio que siguió, Rosamund observó a su marido mientras éste fruncía el ceño ante su taza, atrapado en sus propios pensamientos. Al final, sin embargo, levantó la vista, la mirada oscura desapareció y le sonrió. —Así que, querida, tengo intención de salir de París para ver si el aire es más limpio fuera de la ciudad. ¿Qué dice?

Rosamund se preguntó si la invitación sería una rama de olivo. Ella asintió.

—Iré con usted, mi lord, y con mucho gusto. Sólo deme unos minutos para cambiarme de vestido.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Un sol brillante acompañó a lord y lady Ullenwood mientras salían de París y seguían la carretera hacia Chartres.

—¿Wilson conoce el camino, señor? —preguntó Rosamund mientras avanzaban.

—Le he dado instrucciones. Me han informado que la casa y los terrenos han sido divididos y vendidos. Château Ullenwood tendrá un nuevo nombre.

El viaje se realizó sin contratiempos, y cuando se detuvieron para cambiar los caballos, el posadero tenía muchas ganas de que mi lord inglés y su dama entraran a tomar un refrigerio.

—Meggie me lo había comentado, y tengo que admitir que me sorprende que todos a los que conocemos sean tan amables y serviciales —murmuró Rosamund mientras se alejaban de la posada, mientras su anfitrión sonreía y saludaba con una reverencia hasta que se perdieron de vista.

—Y así lo son, muy dispuestos a aceptar nuestro dinero.

—Es usted demasiado cínico, mi señor.

—Y usted es demasiado confiada, mi señora.

Ella sonrió, pero se negó a discutir el asunto y se dispuso a disfrutar del viaje. Justo al sur de Rambouillet abandonaron la carretera principal por un camino de tierra que se prolongaba tanto que el marqués pidió al cochero que se detuviera para poder preguntarle direcciones a una anciana que conducía gansos en la dirección opuesta. Pronto estaban de nuevo en camino.

—Esto parece prometedor —murmuró el marqués cuando el camino empezó a bordear un alto muro de piedra—. Sí. Aquí es.

Rosamund vio un par de postes de piedra delante de ellos, cada uno rematado con un gran pájaro de piedra, con las alas extendidas y un pico enorme y desproporcionado.

—¿Se supone que son grajos? —preguntó, con los labios temblando de risa.

—Por supuesto. Señora, es descortés por su parte burlarse de mi herencia.

—Lo siento. Quizás las torres francesas sean diferentes.

Él rio.

—No, tiene razón. Están terriblemente acabados.

Las puertas estaban abiertas de par en par, pero cuando el carruaje entró en el camino de entrada se pudo ver que hacía algún tiempo que no las habían movido, porque estaban cubiertas de hierba y zarzas. El cochero frenó a su equipo e hizo todo lo posible para evitar lo peor de los grandes agujeros. Rosamund ya no tenía ganas de reír, y una rápida mirada a su compañero demostró que su rostro estaba inusualmente sombrío. La casa, cuando estuvo a la vista, la dejó sin aliento.

En tiempos había sido una hermosa mansión de campo, de tres pisos de altura y con una amplia terraza de piedra en el frente, pero la mitad de la casa había sido destruida por el fuego y estaba ennegrecida y abandonada, mientras que la otra mitad estaba en mal estado, le faltaban tejas al alto techo, contraventanas que colgaban de las ventanas y los anchos y poco profundos escalones que conducían a la casa estaban cubiertos de maleza. El coche se detuvo y el marqués saltó. Examinó la casa sin hacer ningún movimiento para ayudar a Rosamund a apearse. Ella bajó y se paró a su lado. Incapaz de pensar en nada que decir, puso su mano en su brazo como

muestra de su apoyo. Él levantó la mano para cubrir sus dedos.

—Pensé que la casa de su abuelo estaba en mal estado, pero no era nada comparado con esto. Por Dios, creo que están utilizando la parte quemada como cobertizo para el ganado.

Un hombre corpulento con pantalones culotes y un jubón de cuero apareció por un lado de la casa y se detuvo al verlos, apoyando los puños en las caderas.

—¿Y ustedes quiénes son?

Su francés era tosco, pero Rosamund no tuvo dificultad en entenderle, ni tampoco su postura amenazadora. Elliot le respondió en su propia lengua.

—Estaba buscando una familia que solía residir aquí. Nombre de Volages.

El hombre escupió al suelo.

—Se fueron hace años, cuando este lugar se le devolvió a la gente. Ahora es mío.

Su tono implicaba que no daba la bienvenida a los visitantes.

—¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrar al señor Volages? —preguntó el marqués.

El hombre volvió a escupir. Elliot buscó en su bolsillo y sacó una moneda.

—Quizás esto te ayude a recordar.

Arrojó la moneda hacia el hombre que la cogió hábilmente, la miró y asintió.

—Sí. Tiene una casa en Maintenon.

—Gracias. Lo intentaremos allí.

Una vaca salió del arco ennegrecido donde una vez se habían abierto enormes puertas dobles que daban a un gran pasillo. La boca de Elliot se apretó con disgusto y se giró para ayudar a Rosamund a regresar al carruaje. Le gritó una orden a su cochero y saltó a su lado mientras emprendían el regreso por el camino lleno de baches.

—¿Está lejos Maintenon, señor? ¿Mi lord?

—¿Qué? Oh. —Se encogió de hombros—. No. No está lejos.

Se hundió en la esquina del carruaje y miró por la ventana.

—Debe ser muy angustiante ver su propiedad tan degradada —observó—. Era una casa muy bonita.

—Sí, lo fue. Debería estar agradecido de que ahora sea una granja. Sería insoportable ver allí a uno de los aduladores del pequeño tirano. Iremos a Maintenon y encontraremos Volages. Era un servidor leal, me ocuparía de que tuviera suficiente dinero. Luego regresaremos a París, haremos las maletas y partiremos hacia Inglaterra. Ya estoy harto de este país.

Llegaron al pueblo sin contratiempos, pero tardaron un poco en localizar al señor Volages, que vivía con su hija casada. Cuando supo quién había venido a verlo cayó de rodillas ante el marqués, abrumado por la ocasión.

—¡Ah, mi lord, vivimos en tiempos oscuros! —gritó—. Durante muchos años mantuvimos el *château* en buen estado para usted, viviendo tranquilamente, tratando de no llamar la atención. Tenía la esperanza de poder guardárselo hasta que volviéramos a estar en paz, pero lamentablemente no fue así. Hace tres años vinieron los soldados, mi lord, nos echaron. A mi esposa le rompió el corazón; vinimos aquí a vivir con Suzanne, pero mi esposa nunca se recuperó. Estaba muy orgullosa del *château*.

—Estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste, Sebastian. —El marqués habló en voz baja, tomando al anciano del brazo y levantándolo.

Rosamund se alejó, permitiendo que lord Ullenwood y su antiguo sirviente hablaran en privado. Era evidente que el anciano estaba muy afectado por la visita de su antiguo amo y nada le serviría excepto que mi lord y su señora entraran y conocieran a su hija, y tomaran todos juntos una copa de vino. En consecuencia, el sol se estaba poniendo cuando lord y lady

Ullenwood abandonaron Maintenon. El marqués conversó rápidamente con John Wilson y, mientras salían de la ciudad, le explicó a Rosamund que tendrían que pasar la noche en una posada.

—Sin luna, sería una tontería intentar el viaje de regreso a París. John recuerda que de camino hacia aquí pasamos por una posada de aspecto respetable, el Coq d'Or. Sí, ahí está. Confío en que no se sentirá demasiado decepcionada.

—No, mi señor, agradezco que no viajemos más lejos esta noche. El viaje me ha cansado más de lo que esperaba.

Rosamund le permitió llevarla al patio, donde el posadero de mejillas rojas, con muchas reverencias, les rogó que entraran en su humilde propiedad. Se prepararon las habitaciones, se designó una camarera para atender a la dama y se les preparó una cena sustanciosa. Rosamund estaba muy cansada, pero intentó comer un poco, aunque sólo fuera para hacerle compañía a su marido.

Lord Ullenwood parecía distraído y ella supuso que estaba pensando en el Château Ullenwood en ruinas y en la gente que había vivido en las propiedades, todos expulsados. Ansiaba tomarle del brazo y compartir su pena, pero no tenía derecho. Sus preguntas vacilantes encontraron respuestas breves y concisas. El marqués no podía o no quería confiar en ella. Decepcionada, Rosamund le dio las buenas noches y se retiró a su solitaria cama.

Una mañana soleada contribuyó mucho a restaurar el ánimo de Rosamund y bajó al salón privado reservado para ellos, decidida a estar alegre. Encontró a su marido desayunando con un plato grande de jamón y panecillos largos y crujientes que estaba acompañando con café caliente y leche hervida.

—Buenos días, mi lord, ¿confío que haya dormido bien? Mi cama no parecía nada prometedora, pero fue sorprendentemente cómoda. De hecho, creo que me habría quedado dormida esta mañana si no hubiera sido porque el pastor de gansos pasó junto a mi ventana con su rebaño al amanecer.

—¿Ha oído eso también? —Él rodeó la mesa para sostenerle la silla—. Modos rurales, querida. En Leverhill, mi padre siempre deploró la proximidad de Home Farm a Hall. Si viviera allí, pronto se acostumbraría al ruido.

—Estoy segura de que debería hacerlo. —Reprimió el impulso de decir que, dado que habían acordado poner fin a su matrimonio, ella no tendría oportunidad de visitar Wiltshire. La idea no le produjo ningún placer—. ¿Cuándo podremos salir de París y regresar a Inglaterra?

—Cuando regresemos hoy comenzaré los preparativos para nuestro viaje. Pobre Ros, ¿tiene tantas ganas de abandonar Francia?

—Al contrario, mi lord. Todavía no he tenido la oportunidad de comprar el llamativo vestido que tanto desea Arabella.

—Ah. —Asintió—. Veo que es un asunto importante. Bueno, no deseo retrasar nuestra salida de París, pero estaremos de regreso en la capital hoy poco después del mediodía. Si John puede conseguirnos caballos frescos y no está demasiado cansada, puede salir a buscar un vestido para mi prima.

—¿Cree que puedo completar la operación en unas pocas horas? —le preguntó con los ojos muy abiertos—. Bella esperará que agonice por la decisión durante al menos una semana.

Él la miró a los ojos con una sonrisa en los suyos.

—Por todo lo que he aprendido sobre usted, Ros, no creo que haga eso.

—Oh, ¿no es así como se espera que se comporten todas las mujeres?

—Usted no. Creo que es una mujer con un sentido bastante superior.

Las mejillas de Rosamund se calentaron.

—¿En serio? —ella tartamudeó.

—Sí. De hecho...

Rosamund contuvo la respiración, mientras la esperanzada anticipación crecía en su pecho, pero cualquier palabra que el marqués hubiera estado a punto de pronunciar se perdió. Se oyeron voces elevadas fuera de la puerta y al momento siguiente la doncella de Rosamund irrumpió en la habitación.

—¡Oh, señora, gracias a Dios que la hemos encontrado!

Sorprendida, Rosamund se levantó de un salto.

—¡Meggie! Por Dios, ¿qué pasa?

En lugar de responder, la criada se arrojó en los brazos de su señora y sollozó ruidosamente.

—Afortunadamente Davis también está aquí —comentó el marqués—. Tal vez él nos ilumine.

El ayuda de cámara hizo una leve reverencia. Estaba pálido, pero parecía perfectamente sereno. Despidió al curioso sirviente y cerró la puerta con cuidado.

—Ven y caliéntate junto al fuego, hombre —le ordenó lord Ullenwood—. Debes haber estado viajando media noche para llegar aquí tan temprano.

—Sí, señor. Nos levantamos antes del amanecer.

Rosamund volvió a sentarse y sentó a Meggie en una silla a su lado.

—Entonces, por favor, dínos qué ha provocado tal acción —dijo ella.

Davis asintió.

—Por supuesto, señora. Anoche, el propio lord Whitworth visitó la casa. Al saber que aún no habías regresado pidió hablar conmigo. Dijo que había venido para aconsejarle que hiciera las maletas y abandonara la ciudad inmediatamente.

—En efecto —dijo el marqués—. ¿Dio una razón?

—Sí, señor, al final —respondió el ayuda de cámara, con una sombra de sonrisa—. Dudo que considerara necesario que yo supiera por qué debería aconsejarle así, pero le expliqué que había salido de París, y como no esperaba que regresara hasta la mañana siguiente, haría las maletas y le seguiría a usted fuera de la ciudad. Cuando escuchó eso, lord Whitworth decidió, ejem, compartirlo conmigo. Gracias, mi lord. —Davis hizo una pausa cuando el marqués le entregó una taza de café y bebió un poco antes de continuar—. El embajador dice que alguien ha aportado información contra usted, mi lord. Se supone que usted llegó aquí llevando mensajes perjudiciales para Francia. Se han emitido órdenes para arrestarlos a usted y a mi lady.

—¡Dios mío! —murmuró Rosamund, llevándose la mano a la mejilla.

—Sí, señora, se lo aseguro, teníamos mucho miedo —añadió Meggie secándose los ojos con la manga—. Empezamos a hacer las maletas inmediatamente, listos para abandonar la ciudad antes de que llegaran los soldados.

—Nos fuimos tan pronto como amaneció, mi señor —explicó Davis—. Les dije a los postillones contratados que lord Whitworth había traído un mensaje de lady Padiham en Inglaterra, ordenando su regreso inmediato. Esperaba que disipara sus sospechas.

—Buena idea, Davis. Bien hecho.

El ayuda de cámara sacó una hoja doblada de su bolsillo.

—Lord Whitworth también me ordenó que le diera esto.

El marqués abrió el periódico y lo leyó en silencio.

—¿Has leído esto? —dijo, dirigiendo una mirada inquisitiva a Davis.

—No, mi lord.

—Bien.

Lord Ullenwood llevó el papel al fuego y lo empujó entre los leños. Casi inmediatamente las llamas lo rodearon. Rosamund lo miró con el ceño fruncido.

—¿Son malas noticias, mi lord? —dijo ella.

—Es mejor que nadie más que yo sepa lo que estaba escrito en esa nota. —l regresó—. Se le podría acusar de espionaje.

Tres pares de ojos estaban fijos en él, pero no dio más detalles.

—Vamos —dijo—, debemos darnos prisa para marcharnos.

Davis levantó la mano.

—Una cosa más, mi señor. El embajador dijo que los puertos del norte están siendo vigilados. Y no podemos despedir a los postillones: si regresan a París podrían dar pruebas de nuestra dirección.

—Cierto. Será mejor que vayamos al sur y al oeste hasta la costa. Venga —le tendió la mano a Rosamund—. Debemos darnos prisa para partir ahora. Davis, por favor haz saber aquí que hemos sido convocados de regreso a Inglaterra. Eso explicará nuestra prisa.

Pasó una tensa hora antes de que salieran de la posada. Rosamund temió que en cualquier momento se oiría el grito y los detendrían, pero finalmente el carruaje salió a la carretera, seguido por Davis y Meggie en el coche de equipajes.

Rosamund echó un vistazo al marqués, que estaba mirando por la ventana con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Quién cree usted que aportó información contra nosotros, mi lord?

—No puedo estar seguro, pero creo que podría ser Barbara Lythmore.

—Yo también lo creo —respondió ella—. Si me permite hablar claramente, creo que le quería para ella.

El marqués se encogió de hombros.

—Ya que estamos hablando claro, entonces déjame disculparme con usted, querida. Fue negligente por mi parte no llegar a un acuerdo con ella antes de casarme con usted.

—Hubiera sido cortés informarle de lo ocurrido —coincidió Rosamund.

—Lo sé. Fue arrogante por mi parte no hacerlo, pero pensé que entendía nuestra situación; le dejé muy claro que nunca me casaría con ella.

—Tal vez esperaba hacerle cambiar de opinión.

—Ella me dijo que no quería casarse.

—Por supuesto que dijo eso, era lo que usted quería oír —replicó Rosamund—. Realmente, los hombres pueden ser muy ciegos a veces. No tengo ninguna duda de que esperaba que su reticencia despertara su interés.

—¿Es por eso por lo que se resistió, para aumentar mi deseo? —le preguntó a ella.

Ella levantó la barbilla.

—Nunca me ha deseado —destelló—. El nuestro fue un matrimonio de conveniencia. Sus palabras, mi lord, si recuerda.

—Sí. —Él frunció el ceño y se alejó de ella—. ¿Alguna vez me dejará olvidarlo?

Rosamund se encogió de hombros y miró por la ventana.

—Sí, señor, cuando estemos libres de esta farsa. Entonces no me importará cuántos *billets* le envíe esa señora.

—¿Y qué debo entender por eso?

—¿Cree que no vi las notas que le envió en Ullenwood House?

Él frunció el ceño.

—*Entonces* yo no estaba casado, ni siquiera prometido. No toleraría que algo así continuara ahora.

—¡Ja!

Se sentó. —¡Por Dios, no tenía ni idea de que me había casado con semejante arpía! ¿Qué quiere decir con ese *¡ja!*, señora?

Ella se giró para mirarlo, su pequeño pie golpeaba furiosamente el suelo y sus ojos se oscurecían por la furia.

—¿Cómo voy a creerle cuando la vi con mis propios ojos metiéndole una nota en el bolsillo?

—Imposible.

—¿Lo es, mi lord? Cuando Harry Granthorpe me llevó a casa de Madame du Taille, vi a la señora Lythmore metiéndole una carta en su bolsillo. *Ahora* ¿qué dirá?

Ella esperó, pero él no parecía estar escuchando.

—Así que eso fue. Por Dios, la pequeña zorra. ¡Por eso estaba tratando de distraerme! Ros, lo que me estaba dando no era una nota de amor, esa noche tenía la carta de Ashby en mi abrigo, dirigida a lord Whitworth. Barbara debía de haberla sacado *de* mi bolsillo cuando usted subió y, sabiendo que la había visto, la regresó. —Soltó una risa áspera—. ¿Qué es esa frase de Congreve? *El cielo no conoce rabia como la del amor convertido en odio, ni el infierno furia como la de una mujer despreciada*. Gracias a Dios no me la robó. No apostaría ni un centavo a que no se la pasaría a sus nuevos amigos franceses. Todavía me está frunciendo el ceño, Ros. ¿No me cree?

—Sí, le creo —dijo lentamente—, pero hablar en su contra de una manera que pueda hacerle daño, podría incluso llevarle a... —se estremeció—. Es bastante, bastante malvado. No puedo pensar en ello sin sentir aborrecimiento.

Él extendió la mano y tomó sus manos.

—¡Entonces no piense en eso en absoluto! Concentrémonos en salir de este maldito país. —Él le apretó los dedos—. Vamos, señora, podríamos intentarlo mucho mejor que esto, *debemos* hacerlo si queremos escapar de este problema. ¿Qué dice? ¿Amigos?

—Sí, mi lord, si así lo desea.

Rosamund se recostó en su rincón y observó los campos y los árboles que pasaban. Dentro de ella sintió el primer pequeño destello de esperanza.

CAPITULO DIECINUEVE

Tomaron la carretera de Chartres y, mientras se alejaban de la influencia de la capital, Rosamund notó un cambio en la actitud de la población local. No había terratenientes alegres dispuestos a salir corriendo y ofrecer sus mejores caballos al mi lord inglés, y mientras avanzaban a toda velocidad por el campo abierto, los pocos trabajadores que encontraron se limitaban a observarlos con caras hostiles y ceñudas mientras pasaban los carruajes. Se detuvieron para pasar la noche en una gran posada al lado de la carretera y Rosamund fue muy consciente de la actitud hosca de los mozos de cuadra. El propietario se mostró bastante cortés, pero cuando fueron al carruaje a la mañana siguiente, John Wilson lucía uno ojo muy colorido.

—Tuve una pequeña pelea con uno de los muchachos —explicó cuando su señor comentó al respecto—. Parecía pensar que Inglaterra está llena de inútiles cobardes, pero no se preocupe, mi señor —añadió alegremente, recogiendo las riendas—, pronto lo puse en su lugar, ese joven descarado y mequetrefe.

—No pensé que John fuera un personaje tan exaltado —comentó Rosamund, mientras se alejaban.

—No lo es. —Lord Ullenwood frunció el ceño—. La provocación debe haber sido grande. Temo que se está difundiendo la noticia de que la paz no durará.

—La gente aquí ciertamente no parece tan amigable. En nuestro camino de Calais a París todo el mundo se alegró mucho de vernos.

—Estuvieron felices de aceptar nuestro dinero —corrigió secamente—. ¿Todavía me considera demasiado cínico?

—No —suspiró—. Mucho me temo que tiene razón.

Otro largo día de viaje los llevó más allá de Le Mans y de camino a Rennes. Lord Ullenwood expresó su intención de conducir hasta Bretaña antes de dirigirse a la costa y encontrar un barco que los llevara a Inglaterra.

—Pero —vaciló Rosamund—. ¿No necesitamos permisos o papeles para salir de Francia?

Él le sonrió. —Tenemos que esperar que los lugareños estén dispuestos a aceptar sobornos.

Se detuvieron a pasar la noche en una pequeña posada rural, donde el propietario se inclinaba a regatear el coste de proporcionar tantas habitaciones a mi lord y su séquito.

—No me gusta el aspecto de nuestro anfitrión —murmuró el marqués mientras los conducían a su salón privado—. Meggie compartirá con usted esta noche. Asegúrese de tenerla contigo.

Rosamund aprovechó la oportunidad.

—Si es tan peligroso, preferiría tener su compañía, mi lord.

Ella mantuvo su tono ligero, pero contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta.

Lord Ullenwood la miró divertido.

—¿Lo haría, querida? Me siento halagado, por supuesto, pero no debo permitir que me tiente, esta noche debo mantener la cabeza fría.

Rosamund se dio la vuelta, con las mejillas ardiendo. La había desairado de nuevo. Se dedicó a quitarse la capa mientras recobraba la compostura, de modo que cuando se sentaron a cenar ella había ocultado su decepción y podía conversar tranquilamente con él.

La mañana trajo otro problema. Rosamund bajó al salón y encontró a lord Ullenwood hablando ya de un abundante desayuno. Él se levantó cuando ella entró y se adelantó para acercarle una silla.

—Meggie me dice que los postillones han huido —dijo sin preámbulos.

—Sí. —Volvió a sentarse—. Han cogido el carruaje de alquiler. Debemos estar agradecidos de que John haya decidido dormir en el carro, o sería posible que también lo hubiéramos perdido.

Rosamund lo observó mientras él le servía una taza de café, sin ningún signo de ansiedad en su rostro. Ella luchó por igualar su actitud fría.

—Entonces, ¿qué cree que deberíamos hacer, mi lord? ¿Podemos conseguir otro carruaje?

—Le pregunté al propietario, pero sin éxito. No puede o no quiere ayudarnos con un carruaje, y aunque pudiera proporcionarnos uno, me dice que los postillones no viajarán con un grupo inglés.

—¿Entonces somos tan impopulares?

—Eso parece, querida. No debe preocuparse, Ros. La llevaré a casa sana y salva.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Tengo plena confianza en usted, mi lord. Sin embargo, también he estado considerando nuestra situación. ¿No podemos arreglárnoslas con un solo carro? Puede que esté un poco lleno, pero no imposible. Por supuesto, creo que nos veríamos obligados a dejar algunos de nuestros baúles.

—¿Podría hacer eso?

—Por supuesto, mi lord, si es necesario.

—Entonces creo que eso es lo que debemos hacer. Meggie viajará dentro con nosotros, Davis puede sentarse en el pescante y hacer de guardia.

Ella miró hacia arriba, sorprendida.

—Dios mío, ¿las cosas son tan malas?

—Estamos muy lejos de París ahora. Los soldados de Napoleón mantienen la paz en la capital y hacen cumplir su voluntad, aquí en el campo su mano de hierro no es tan firme; debemos estar preparados.

Después de una hora de volver a empacar los baúles, partieron en el único carruaje que les quedaba.

—¿Qué cree que será de nuestro equipaje? —preguntó Rosamund mientras se alejaban de la posada.

El marqués se encogió de hombros. —Le dije a nuestro anfitrión que mis sirvientes volverían a recogerlo, pero no tengo ninguna duda de que habrá desaparecido esta tarde.

Meggie se aferró a la sombrerera que sostenía sobre sus rodillas y resopló indignada.

—Es vergonzoso.

Rosamund era más filosófica.

—Megs, no hay nada que no podamos reemplazar una vez que estemos de regreso en Inglaterra.

—Si volvemos —murmuró la doncella, frunciendo el ceño terriblemente.

Durante las primeras horas viajaron sin contratiempos, pero cuando se detuvieron a buscar caballos de repuesto en un pequeño pueblo rural, varios individuos vestidos con harapos se acercaron a mirarlos, murmurando entre dientes mientras contemplaban el elegante carro de viaje con su escudo de armas orgullosamente adornado sobre la puerta.

Meggie miró por la ventana y olfateó.

—Nunca he visto tantos campesinos de mal aspecto. Espero que continuemos pronto.

—Silencio, Megs, ya estamos en camino.

Rosamund intentó tranquilizarla mientras partían de nuevo, pero cuando se alejaban, uno de los hombres se agachó para quitarse el zapato y lo arrojó contra el costado del carruaje.

—¡Dios ten misericordia de mí! —gritó Meggie—. Están intentando matarnos.

—Tonterías —replicó Rosamund enérgicamente—. Era sólo un zueco con suela de madera. Siéntate derecha, Meggie, y demuéstales que no tenemos miedo.

Sus valientes palabras le valieron una mirada de aprobación del marqués, lo que le levantó el ánimo.

El carruaje aceleró y pronto dejaron atrás la ciudad. Avanzaron a buen ritmo porque el camino estaba bien trazado y discurría entre acres de tierra marrón que no mostraba signos de nuevo crecimiento primaveral. Rosamund dormitaba en un rincón, tratando de recuperar el sueño perdido durante su inquieta noche, pero una repentina desaceleración del ritmo la despertó y se sentó, parpadeando. Mirando por la ventana, más allá del conductor, pudo ver que el camino descendía suavemente hacia un cruce, donde se había reunido una pequeña multitud. Parecían estar andrajosamente vestidos, algunos con jubones de cuero o batas sucias y la mayoría llevaban horcas o palas. Lord Ullenwood bajó la ventanilla y se asomó.

—Anima a los caballos, John. Se dispersarán cuando vean que no tenemos intención de parar. Davis, mantén tu escopeta lista, pero no dispares a menos que sea necesario. —Cerró la ventana y empezó a bajar la persiana, pidiendo a Rosamund y Meggie que hicieran lo mismo. El carruaje tomó velocidad y avanzó por el camino, balanceándose y sacudiéndose de manera alarmante.

Los gritos de la multitud se hicieron más fuertes, pero con las persianas cerradas sólo podían imaginar lo que estaba sucediendo afuera. Desde el carruaje a oscuras oyeron que su conductor gritaba advirtiéndoles que se hicieran a un lado. Rosamund se mordió el labio para evitar gritar cuando se escucharon golpes y golpes en el marco del carruaje. Entonces la puerta se abrió de golpe y un hombre de aspecto tosco estaba encaramado en el escalón, aferrándose precariamente al marco de la puerta.

Meggie gritó y se arrojó hacia Rosamund. Elliot saltó hacia adelante y le estrelló el puño en la cara sonriente. El hombre cayó al camino y el marqués se asomó para alcanzar la puerta que se movía violentamente. Sonó un disparo y, con un reniego, retrocedió tambaleándose. Rosamund empujó a Meggie a un lado. Agarró el abrigo de Elliot y lo arrastró hasta el asiento. Luego pasó sobre él para agarrar la puerta y cerrarla. Todo el tiempo el carruaje avanzaba atronador, sin disminuir el paso.

—Por Dios, está muerto —gritó Meggie—. ¡Han matado al señor!

—No, está vivo. —Rosamund intentó no temblar. Necesitaba pensar con claridad—. Está vivo —dijo de nuevo, añadiendo en voz baja—, pero no sé qué hacer.

Miró al marqués, desplomado en el asiento. Intentó colocarlo en una posición más cómoda y sólo lo logró parcialmente, pero se sintió aliviada cuando él gimió y abrió los ojos.

—Gracias a Dios —murmuró.

Extendió su mano buena.

—Ayúdeme a sentarme. ¿Qué pasó?

—Le dispararon. Creo que cuando intentó cerrar la puerta.

Con dificultad, ella luchó por quitarle el abrigo, jadeando cuando se lo quitó del brazo herido y vio la mancha roja brillante que se filtraba a través de su chaqueta.

El marqués consideró su herida con indiferente interés.

—Salpicado de perdigones, por Dios.

—No hay nada que hacer hasta que podamos parar —dijo Rosamund, repentinamente decidida—. Lo vendaré lo mejor que pueda hasta entonces. —Ella se quitó el pañuelo de lino que llevaba alrededor del cuello y empezó a enrollarla alrededor de su brazo, tratando de no mirar los pequeños agujeros irregulares de la manga.

Meggie estaba temblando en un rincón, gimiendo para sí misma. Rosamund la ignoró y trató de pensar qué debería hacer a continuación. Las frenéticas sacudidas del carruaje se habían convertido en un movimiento más rodante. Se arriesgó a subir una de las persianas. No había señales de nadie en el camino y subió el resto de las persianas antes de abrir la ventana para llamar.

—John, John. El señor está herido. ¿Cuándo podremos parar?

Oyó al cochero ahogar una blasfemia y luego mantuvo una rápida conversación con Davis. Ella se aferró, el aire frío le picaba las mejillas, hasta que John se inclinó y le gritó.

—Podremos un poco más de distancia entre nosotros y esa ciudad, señora, luego nos detendremos y Davis echará un vistazo al señor.

Rosamund se hundió en su asiento. Estaba temblando

—Oh, Dios mío, oh, señor, mi señora... ¿Qué haremos? —sollozó Meggie, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

—Ya basta, Megs. No me sirves de nada si estás histérica. —Rosamund sabía que su tono era brusco, pero se sintió aliviada al ver que la doncella se enderezaba un poco y se secaba los ojos con la manga. Se volvió hacia Elliot.

—Quédese quieto, mi lord. Pronto podremos parar y hacerle sentir más cómodo.

—Cuando lo hagamos, dile a Davis que saque el brandy de mi baúl. —Luchó por sentarse. Con alivio, descubrió que el carruaje disminuía la velocidad y se salía de la carretera. Casi tan pronto como se detuvo, Davis apareció en la puerta, su habitual semblante impasible ahora pálido y ansioso.

—¿Cómo está el señor? Si me permite ir a verle, señora.

Rosamund salió del carruaje, empujando a su sirvienta delante de ella. Descubrieron que John había asegurado los caballos y bajó del pescante. Ahora estaba de pie, ansiosamente, junto a Meggie, tratando de ver qué hacía Davis dentro de la caja en sombras del carruaje. Por fin Davis volvió a la puerta.

—Tiene perdigones de plomo en el brazo y en el hombro —le dijo a Rosamund—. Deben salir, pero... no puedo hacerlo. Aquí no.

Rosamund miró más allá de él. Lord Ullenwood todavía estaba desplomado en un rincón, pero Davis le había quitado el abrigo y arrancado la manga de su camisa de lino para dejar al descubierto la carne ensangrentada. Ella tragó.

—Entonces dale un poco de brandy, si eso le calma el dolor. Luego debemos encontrar una casa que nos acoja. No importa el costo. —Se interrumpió alarmada cuando se escuchó el sonido de un caballo acercándose. John sacó la escopeta del espacio para los pies. Reconfortada por esta muestra de apoyo, Rosamund caminó hasta el borde del camino. A buen paso se acercaba un carruaje; el conductor y único ocupante era un caballero con levita negra, gorro de piel en la cabeza y bufanda de lana alrededor del cuello. A medida que la calesa se acercaba, el conductor detuvo su caballo.

—Buenos días, señora. —Rosamund se animó al ver que era un caballero mayor, con una voz suave y culta—. ¿Hay algún problema? ¿Puedo ayudarle?

—Gracias, señor —respondió Rosamund en su impecable francés—. Hemos sufrido un percance, pero no queremos importunarle.

El anciano levantó la mano.

—Son ingleses, ¿no? No debe temerme, señora. Soy el doctor Sireuil, médico del pueblo del valle.

—¡Un médico! —Las frías defensas de Rosamund desaparecieron—. Señor, si fuera tan amable de bajar y atender a mi marido. Nos asaltaron unos kilómetros atrás...

Con sorprendente agilidad, el anciano saltó.

—Muéstreme.

Rosamund lo condujo hasta el carruaje, donde llevó a cabo un rápido examen de lord Ullenwood.

—Necesita atención inmediata —dijo, bajando del carruaje—. Mi casa está a menos de un kilómetro de aquí. Dígale a su cochero que me siga.

—Señor —lo detuvo Rosamund—. El pueblo por el que pasamos era muy hostil con nosotros. Está seguro...

—Señora, soy médico. Las heridas de su marido deben limpiarse y vendarse lo antes posible. Cada minuto que retrasamos aumenta el riesgo de infección. Ahora, ¿vendrán?

—Parece que no tenemos otra opción, señor.

Él la miró con un par de ojos grises que eran sorprendentemente comprensivos.

—No si quisiera salvara a su marido, señora.

Siguieron al médico por la colina hasta un pequeño pueblo. El sol se había puesto y dentro del carruaje estaba demasiado oscuro para que Rosamund pudiera ver al marqués. Sólo su respiración estentórea le indicó que todavía estaba vivo.

La casa del médico era un edificio cuadrado de piedra en las afueras de la ciudad. Se detuvieron ante la amplia puerta de roble y el criado del médico salió para ayudar a Davis y John a llevar al marqués al interior de la casa. Rosamund los siguió en silencio mientras lo acostaban sobre una fría mesa cubierta de cuero en la consulta del médico. Ella se quedó con él mientras el médico daba instrucciones a los sirvientes. Momentos después regresó y comenzó a quitarse el abrigo.

—Envié a su doncella a prepararle una habitación, señora, y le ordené a su cochero que dejara el carruaje en el granero contiguo a la casa. La gente de aquí es muy buena —murmuró con una sonrisa de disculpa—, pero no verían con buenos ojos un grupo inglés en su ciudad. —Comenzó a arremangarse—. Mi hermana viuda vive conmigo y hace de ama de llaves y de mi asistente, pero, desgraciadamente, se fue a asistir al parto de su hija; lamento que no haya nadie para recibirla, señora...

—Ullenwood —murmuró Rosamund—. Soy lady Ullenwood.

Las palabras no le resultaban familiares en su lengua. Rosamund se dio cuenta de que era la primera vez que pronunciaba su apellido de casada. —Soy yo quien debería disculparme por causarle molestias, señor, pero dadas las circunstancias sólo puedo estar agradecida de que haya venido a vernos —se le quebró la voz y el médico le dio unas palmaditas en el brazo.

—No debe preocuparse, señora. He tenido que lidiar con muchas lesiones de este tipo aquí. Después de todo, es un país agrícola y a mis vecinos les gusta su deporte. Pero necesitaré ayuda y le he pedido al ayuda de cámara de mi lord que me ayude. —Le hizo un gesto a Davis cuando entró en la habitación.

—¿Debo irme? —Rosamund volvió su mirada solemne hacia el médico—. He tenido algunas pequeñas experiencias con la enfermería y me gustaría ayudarle, si me permite.

Esos amables ojos grises le sonrieron.

—Pero claro, señora. *Alors*, comencemos. Vaya con su marido, señora. Le acepto para

consolarlo mientras trabajamos. Ánimo, *ma petite*, no es tan malo como parece. Gran parte del disparo no ha penetrado la piel, sólo la ha magullado, pero hay varios trozos que debemos sacar.

El médico hizo sus preparativos con calma y eficiencia, dando tranquilas instrucciones a Davis, quien comenzó a cortar los restos de la camisa ensangrentada de lord Ullenwood. Rosamund permanecía en silencio junto a la mesa, donde el marqués yacía boca arriba; su respiración entrecortada era el único signo de vida en él. Se sentía muy impotente; le habían ordenado que cuidara de su marido, que estaba inconsciente y por el momento no requería de sus servicios. Con ganas de ser útil, sólo podía mirar alrededor de la habitación. Era testimonio de la profesión de su propietario, ya que estaba repleto de armarios y estanterías en las que se guardaban ordenadamente libros, botellas y tarros.

La limpieza y el orden le dieron a Rosamund cierta confianza, y aunque se congeló cuando el doctor Sireuil abrió un gran maletín de cuero y comenzó a sacar una selección de instrumentos de aspecto letal, estaba impaciente por que él comenzara a retirar los pequeños trozos de perdigones. Miró hacia abajo y descubrió que el marqués había abierto los ojos y la estaba mirando. Él levantó su mano buena y ella la cogió, sosteniendo sus dedos contra su pecho.

—¿Dónde estoy?

—El buen doctor le ha traído a su casa, mi lord.

—Ah, mi lord está despierto —dijo el médico, arremangándose—. Le sugiero, mi lady, que le dé más brandy, tanto como pueda. Entonces sentirá menos dolor.

—¡Al diablo que lo haré! —murmuró lord Ullenwood.

Rosamund cogió la taza.

—Venga, señor, esto le hará sentirse más cómodo.

Ayudó al marqués a beber. Luego volvió a llenar la taza.

—Señora, no seré responsable de mi lenguaje si me obliga a beber todo eso.

Se permitió una pequeña sonrisa.

—Con mucho gusto soportaré algunas blasfemias si eso le ahorra algo de dolor, señor.

Mientras Davis sujetaba a lord Ullenwood, el médico le limpió el brazo y comenzó el lento y tortuoso proceso de retirar los fragmentos. Rosamund permaneció junto al marqués, tomándole la mano y de vez en cuando secándole la cara con un paño húmedo. Cada vez que el médico pinchaba y sondeaba, el marqués le agarraba los dedos, murmurando una disculpa, pero a medida que el brandy infectaba su cerebro, sus comentarios corteses fueron reemplazados por invectivas y una serie de blasfemias que hacían reír al médico.

—Bravo, señor. ¡Maldice con tanta fuerza como un francés!

Al observar su rostro ceniciento, Rosamund se dio cuenta de que el marqués ya había ido más allá de la razón y comenzó a agitarse, tratando de levantarse. Ella y Davis lucharon por sujetarlo y ella estaba a punto de sugerir que pidieran más ayuda cuando de repente dejó de moverse.

—No se alarme tanto, señora, simplemente se ha desmayado —murmuró el médico—. Es lo mejor. *Vite*, sigamos adelante mientras no sienta dolor.

Rosamund se arriesgó a echar una breve mirada al brazo herido. Donde la carne no estaba lacerada y sangrienta ya mostraba moretones oscuros. Rápidamente apartó la mirada, reprimiendo un escalofrío. Mientras Elliot estaba inconsciente, Rosamund se alejó y se hizo lo más útil que pudo, reemplazando las velas apagadas, manteniendo el fuego encendido y buscando las vendas que el médico le dijo que necesitaría pronto para vendar las heridas. Cuando ya no pudo hacer más, se dejó caer en una silla para observar al médico continuar con su arduo

trabajo. Las persianas estaban cerradas para protegerles de la noche helada y una tetera suspendida al borde de un fuego ardiente cantaba suavemente. Rosamund se quedó dormida.

—*Voilà, c'est fini.* —El doctor Sireuil retrocedió—. He untado bálsamo sobre las heridas. Ahora lo vendaremos y lo trasladaremos a una cama, donde podrá descansar. Entonces estará en manos del Señor.

Rosamund se levantó de un salto y le acercó las vendas. Admiró la eficacia con la que el médico envolvió firmemente las vendas alrededor del brazo y el hombro. Se preguntó qué diría el anciano si le confesara que era la primera vez que veía el torso de su marido. De hecho, nunca había estado tan cerca de la carne masculina desnuda y tuvo que esforzarse para no sonrojarse y temblar mientras desnudaban al marqués y le ponía un camisón limpio antes de llamar al sirviente para que le ayudara a llevarlo a la cama.

El dormitorio preparado para ellos era grande y acogedor. En la pared brillaban velas y en la chimenea crepitaba un alegre fuego. Meggie había bajado las mantas y ahora ayudó a Davis y a los sirvientes a colocar suavemente su carga entre las sábanas. Rosamund se limitó a mirar, como en un sueño, mientras el doctor Sireuil acomodaba cómodamente a su paciente en la cama. Por fin le tocó el brazo.

—Está usted cansada, señora. Su criada le está esperando en la habitación de al lado. Me sentaré con mi lord mientras usted duerme.

—No, me gustaría quedarme aquí, al menos por un tiempo. Usted también debe estar cansado, señor, no ha descansado desde que llegamos.

—Muy bien, si está segura. Dormiré, pero estaré con usted en un instante si me necesita. Sólo necesita enviar un sirviente.

—Es usted muy bueno.

El médico salió de la habitación y cerró la puerta silenciosamente tras él. Rosamund se sentó en una silla junto a la cama. Observó al ayuda de cámara arreglar las mantas.

—Bebió mucho brandy —dijo—, me temo que tendrá un terrible dolor de cabeza cuando se despierte.

—Él no, mi señora. El señor tiene una cabeza fuerte y también un corazón fuerte. Saldrá de esto, no tema.

—Rezo por que tengas razón. Estabas muy tranquilo cuando ayudaste al médico. ¿Has tenido que lidiar con heridas así antes?

El ayuda de cámara se permitió el atisbo de una sonrisa.

—He estado con mi señor desde que era niño, señora. Más de veinte años. No todos tan pacíficos como estos últimos años en Inglaterra.

Ella suspiró.

—Hace muy poco que conozco a lord Ullenwood. Hay mucho que aprender.

—Pero vale la pena, señora, si se me permite decirlo. —Davis vaciló—. Mi señor es un hombre orgulloso, mi lady —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Nunca fue alguien que le abriera su corazón a cualquiera, como dice el refrán. Y algunos dicen que está demasiado inclinado a guardarse sus opiniones. Pero puede ser amable, señora. Hasta ahora nunca ha traicionado mi confianza y hemos pasado por algunos problemas juntos, créanme.

—Creo que le tienes mucho cariño a tu señor.

—Pues sí, señora. Un hombre no podría pedir un mejor señor. No lo abandonaría a la ligera. —Rosamund sintió que las lágrimas le picaban en los ojos y se vio obligada a parpadear rápidamente. Después de un momento, Davis continuó—: El señor debería dormir todavía unas

horas, señora, y si usted desea quedarse con él, entonces, con su permiso, me retiraré a mi cama y la relevaré por la mañana.

—Sí, gracias, Davis.

—Buenas noches, mi señora.

El ayuda de cámara se retiró y Rosamund se quedó a solas con lord Ullenwood. Acercó la silla a la cama y se sentó. La casa quedó en silencio y ni siquiera se oía el tictac de un reloj en la habitación para romper el silencio. Sin nada que hacer, las horas pasaban. Rosamund caminó alrededor de la cama, tocando los muebles desconocidos y mirando los cuadros oscuros de las paredes antes de regresar a la cama. Elliot no se había movido y ella extendió una mano temblorosa para posarla en su cuello, buscando el pulso. Tranquilizada, lo observó dormir unos momentos y luego se acercó para encender el fuego.

A medida que avanzaba la hora, le entró sueño. La única silla que había en la habitación era de madera y tenía el respaldo como un huso; allí no podía descansar. Miró a su marido, que dormía plácidamente en la gran cama. Encogiéndose un poco de hombros, apagó la lámpara, se subió a su lado y se cubrió con la colcha. Ahora, tumbada junto al marqués, era consciente de su respiración regular. Se acercó un poco más. Todavía estaba completamente vestida y había varias capas de mantas entre ellos, pero midió su longitud contra la de su marido y se acercó poco a poco hasta que su cabeza tocó su hombro bueno. En cuestión de segundos ya estaba dormida.

Rosamund se despertó instantáneamente cuando lord Ullenwood se movió. Ella se incorporó sobre un codo.

—¿Mi lord? ¿Está adolorido?

—Sediento.

Fue sólo un susurro, pero Rosamund se deslizó de la cama y corrió hacia la mesa, donde tomó la taza y se la acercó a los labios, mientras con la otra mano sostenía suavemente su cabeza. Se hundió de nuevo, su respiración siseaba entre los dientes apretados.

—¿Llamo al doctor Sireuil?

—No, fue el movimiento. Estaré bien si me quedo quieto. Regrese a la cama.

—¿Le ruego me disculpe?

Él la miró, con un atisbo de brillo en sus ojos.

—Estaba durmiendo a mi lado.

—Yo...

—Regrese. Por favor.

Torpemente volvió a subir a la cama y se acostó.

—Estaba mucho más cerca.

—Me temo que lo molestaré, mi lord.

Extendió su mano buena y encontró la de ella, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Quiero saber que está cerca de mí —murmuró adormilado.

CAPITULO VEINTE

Cuando Rosamund se despertó de nuevo, el sol brillaba y se filtraba por el borde de las gruesas cortinas. Estaba muy tranquilo y ella yacía quieta, preguntándose qué la había despertado. Escuchó un suave sonido y miró hacia la puerta cerrada. Su rostro ardió. Todavía estaba acostada bajo la colcha con los dedos entrelazados con los de su marido. ¿Davis había entrado y se había retirado rápidamente? Ella se rio en silencio ante su ingenuidad. Estaba segura de que el ayuda de cámara conocía la mayoría de los secretos de su señor y era tan digno de confianza como su querida Meggie.

Salió de la cama, se sacudió la falda y se dirigió a la puerta. Davis subía las escaleras con una jarra de agua caliente.

—Buenos días, mi lady. Me he tomado la libertad de ordenar que le lleven agua caliente a su habitación. Puede dejar al señor a mi cuidado ahora, si gusta.

Su tono y semblante eran tan impasibles como siempre, pero ella estaba convencida de que había entrado en el dormitorio y la había visto durmiendo con el marqués.

—Gracias —murmuró y huyó a su dormitorio.

Rosamund regresó a la habitación de lord Ullenwood tan pronto como se hubo cambiado el vestido arrugado y desayunado. Descubrió que el médico ya había hecho su examen y se declaró satisfecho de que las heridas de su paciente estaban sanando bien. Rosamund miró dudosa la figura pálida e inmóvil en la cama.

—Le he dado otro somnífero —explicó el doctor Sireuil, observándola fruncir el ceño—. Necesita descansar todo lo que pueda.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó.

El anciano negó con la cabeza.

—Vigile y ore, señora. Vigile y ore.

Los días adoptaron un patrón familiar. El pequeño grupo se turnó para vigilar la cama de lord Ullenwood, incluso John rogó que le permitieran unirse, en lugar de estar todo el día pataleando en la cocina del médico. Se acordó que John y Meggie compartirían la guardia nocturna, y Davis cuidaría de su señor durante la mayor parte del día. Rosamund se sentaba con su marido tan a menudo como podía, pero Davis la echaba cortésmente cada vez que el médico entraba a examinar al marqués y no le permitía ayudar a cambiar los vendajes ni realizar ningún pequeño servicio.

—Debe guardar fuerzas, señora —le dijo, sacándola de la habitación—. Mi señor no sabe quién está a su lado en este momento, cuando recobre el sentido, le querrá con él y debe estar preparada.

Así que Rosamund se fue y ocupó sus horas libres ayudando en lo que podía en la casa. Pronto se llevó muy bien con el médico y se rio de él cuando éste exclamó que mi lady no debería estar remendando sábanas.

—¿Por qué no? —replicó, volviendo a enhebrar la aguja—. Será una tarea menos para su hermana cuando regrese. ¿Ha tenido noticias de ella?

—Sí, me dice que su hija está muy débil después del nacimiento y que la necesitarán allí por algún tiempo todavía.

—Entonces estoy feliz de poder ayudarle aquí, y además debo hacer algo para ganarme el sustento. Somos una gran imposición para usted, señor.

—No, no, es un placer, señora. Sus sirvientes hacen tantas cosas que apenas nos fijamos en ustedes.

—Su cocinera debe notar que hay más bocas que alimentar —dijo secamente.

El médico abrió las manos.

—Ustedes pagan por su comida, su criada le ayuda con la preparación y su cochero, Wilson, corta los troncos. Mi cocinera es *très heureuse*. Recuerda los viejos tiempos cuando mi esposa estaba viva. Entonces teníamos una casa mucho más grande, con muchos sirvientes. A ella le gusta cocinar para todos ustedes.

—Son todos ustedes muy amables con nosotros, señor. Especialmente cuando podría ser peligroso para usted.

—No se angustie, señora, usted ha explicado su dilema y me comprometo a ayudarla. He hecho saber que su marido es un colega mío de Inglaterra. Por eso hemos escondido el carruaje. —Sus ojos brillaron—. He dicho que es un caballero. Nadie creería que un humilde médico rural pudiera conocer a un marqués, ¿eh?

—Entonces es lógico que yo ayude con la costura de la casa —replicó, cogiendo otra sábana.

Pasaron otros tres días antes de que hubiera algún cambio en su situación. Rosamund estaba desayunando con el doctor Sireuil cuando Davis entró para decirle que el marqués estaba despierto y preguntaba por ella.

—Por favor, termine su café, señora —murmuró el doctor Sireuil—. Él no huirá.

Cinco minutos más tarde entró en el dormitorio y encontró a lord Ullenwood apoyado sobre un banco de almohadas.

—Buenos días, mi lord —se adelantó, sin poder ocultar su alegría al verlo despierto—. Hay que felicitar a Davis. Está lavado, cepillado y afeitado a la perfección.

—Mentirosa —dijo en voz baja.

Se sentó en la silla al lado de la cama.

—¿Está usted sufriendo mucho, señor?

—Sólo si muevo el brazo o el hombro.

—Estoy muy agradecida de habernos encontrado con el doctor Sireuil en el camino.

—Sí, me ha curado muy bien. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Casi una semana, mi señor.

—¿Y ha dormido bien, señora? ¿Ha estado tranquila su conciencia al dejarme a merced de mis sirvientes cada noche? Quizás me estaba reprochando de nuevo el hecho de no haberle visitado cuando tenía ese pequeño resfriado.

—No, señor. No estaba lúcido, y tan lleno de láudano que decidimos...

—¿Decidimos? —Él le frunció el ceño—. Está adquiriendo ideas revolucionarias, señora. ¡Cuanto antes le lleve de vuelta a Inglaterra, mejor!

—Bueno, sí, eso creo —respondió ella alegremente—. El doctor Sireuil tiene un amigo cerca de Saint-Brieuc que, según dice, tiene contactos marítimos dudosos. Está un poco más lejos que Saint-Malo, pero creo que sería aconsejable aceptar la ayuda del médico. Además, ha sugerido que dejemos nuestro carruaje aquí y nos preparará otro vehículo menos llamativo.

—¡Por Dios, señora, ha estado muy ocupada mientras yo dormía!

—Haciendo planes, mi señor, sí, pero no haremos nada sin su aprobación.

—Me alegro mucho de oírlo —gruñó—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Sí, mi señor: debe recuperarse. —Se levantó—. Ahora aquí está Davis con su desayuno. Con su permiso, señor, me iré.

—¿Y si le ordeno que se quede? —Sus ojos la desafiaron. Rosamund se encontró disfrutando de este nuevo juego.

—Entonces, por supuesto que lo haría, mi lord, aunque temo que provocaríamos el disgusto de su ayuda de cámara, y sé que podría hacerle sentir *muy* incómodo. ¿No es así, Davis?

—Mi señor sabe que existo sólo para cumplir sus órdenes —respondió el ayuda de cámara con suavidad.

El marqués soltó una carcajada, interrumpida cuando el movimiento le desgarró el hombro.

—¡Al demonio con eso! Muy bien, señora, váyase, pero quiero que venga a sentarse conmigo más tarde, ¡aunque sólo sea para evitar que siga tramando más planes con mis sirvientes!

Rosamund entró tarareando en su habitación y encontró a Meggie guardando sus vestidos.

—Así que el amo está despierto, señora. ¿Cómo está?

—Mucho mejor —respondió Rosamund, sonriendo al recordar su intercambio verbal—. Él está muy bien en verdad.

Rosamund pronto descubrió que la profecía de Davis era correcta; el marqués estaba impaciente por levantarse y fue necesario el esfuerzo combinado de su médico, su esposa y su ayuda de cámara para mantenerlo en cama incluso unos días más. Rosamund ahora tenía poco tiempo para las tareas domésticas; pasaba sus días con el marqués, leyéndole en francés los numerosos libros del médico, jugando a las cartas o, por las noches, hablando hasta que las velas chisporroteaban en sus candelabros.

Tan pronto como lord Ullenwood estuvo lo suficientemente bien como para levantarse de la cama, comenzó a hablar de continuar su viaje, pero Rosamund no quiso saber nada de eso. El doctor Sireuil dijo que era demasiado pronto, que las heridas no estaban lo suficientemente curadas como para soportar las sacudidas de un carruaje a lo largo de kilómetros de caminos irregulares. Rosamund se negó a irse. Observó al marqués pasear de un lado a otro por su habitación, con el brazo herido en cabestrillo.

—Deberíamos irnos. Cada día que pasamos aquí la situación se vuelve más peligrosa. Y tengo... mensajes que transmitir en Inglaterra.

—Dado que no le diré a nadie cuáles son esos mensajes, es importante que le llevemos a casa con vida —respondió ella, muy razonablemente.

—¡Maldita sea, mujer! —Caminó hacia ella, elevándose sobre ella.

Rosamund lo miró.

—Así que no me obedecerá, señora, y no hará preparativos para marcharse.

—No, mi lord, no lo haré. Ahora, por favor regrese a su cama. El médico llegará en cualquier momento.

—¡Que me condenen si lo hago!

—Entonces siéntese, señor. No le hará ningún bien moverse tanto.

Con un gruñido se dejó caer en la silla, haciendo una pequeña mueca.

—¿Dónde está John?

—Cortando madera. —Cruzó la habitación para buscar una manta—. Y por favor, no crea que lo obligaré a cumplir sus órdenes, le he dado instrucciones de que nos quedemos aquí hasta que el doctor Sireuil esté de acuerdo en que usted se encuentra lo suficientemente bien como para viajar.

—Por Dios, entonces los despediré a todos. —Le arrojó—. ¡Y a usted también!

—Ya estamos de acuerdo en eso, mi lord —dijo, enrollándole la manta alrededor de las piernas—. Les encontraré empleo conmigo.

Extendió su mano buena, tomó su barbilla entre sus dedos y la obligó a mirarlo.

—Eso pensé —gruñó—. Se está riendo de mí.

Ella sonrió y levantó la mano para cubrir la de él.

—No, señor, me estoy riendo *con* usted. No puede engañarme con sus duras palabras.

Su ceño desapareció. —¿Entonces soy tan fácil de entender?

—Sí, ahora he llegado a conocerle.

Su mano se movió hacia su mejilla, acunándola por un momento, pero la retiró cuando se abrió la puerta.

Rosamund se enderezó y dijo: —Doctor Sireuil. Su paciente está listo para recibirle, ya ve.

Ella fue hacia la puerta. La voz de lord Ullenwood la siguió.

—¿Regresará?

—Más tarde, mi señor, cuando haya descansado.

El marqués maldijo en voz baja mientras salía de la habitación y antes de cerrar la puerta escuchó reír al doctor.

—Las damas son tiranas, ¿no es así, señor marqués? Ahora, mi lord, déjeme mirarle el brazo...

Lord Ullenwood continuó recuperándose rápidamente y unos días después el doctor Sireuil estuvo de acuerdo en que estaba en condiciones de viajar. Rosamund inmediatamente dio instrucciones a los sirvientes para que comenzaran a empacar. Meggie suspiró mientras contemplaba los baúles abiertos.

—Le prometo, señora, que pronto no le quedará nada, primero tuvimos que dejar atrás la mitad de nuestras pertenencias cuando nos redujeron a un solo carruaje, ahora me dice que sólo se nos permitirá llevarnos un baúl de regreso a Inglaterra. ¡Sólo Dios lo sabe cómo vamos a decidir qué llevarnos y qué quedarnos!

—Debemos aprovecharlo lo mejor que podamos, Meggie. Empaca sólo lo necesario y el resto se lo dejaré al médico para que se lo dé a los pobres. ¡Vamos, Megs, ánimo, no puedo soportar ver esa cara larga!

—No veo qué motivo hay para estar tan alegre —refunfuñó su doncella—. El señor está herido, el carruaje perdido y todos regresamos a casa con poco más que la ropa que llevamos puesta. Yo lo llamo vergonzoso.

Rosamund se rio.

—Estás demasiado triste, Meggie. El doctor Sireuil confía en que mi lord se recuperará por completo y, cuando lleguemos a Inglaterra, tendremos el placer de comprar un carruaje lleno de vestidos. Piensa en lo entretenido que será.

Tarareando para sí, Rosamund bajó las escaleras, donde encontró al marqués y a su anfitrión en la consulta del médico.

—Bueno, Ros —dijo lord Ullenwood cuando ella entraba—, el buen doctor me ha atado el brazo con tanta seguridad al pecho que no hay posibilidad de que se mueva. Dice que el viaje será más seguro.

—*Vraiment*, mi lord, debe hacer todo lo posible por mantener el brazo quieto. Le he dado instrucciones a su hombre sobre qué hacer si necesita cambiarse el vendaje.

—Sí, gracias. Viajaré sin levita y con la sobrevesta echada sobre el hombro herido. ¿Qué opina, Ros, pasará por un héroe herido?

Incluso vestido sólo con su camisa, chaleco y pantalones, ella lo consideraba un apuesto héroe en cada centímetro, pero no estaba dispuesta a decírselo. En lugar de eso, ella dijo:

—Meggie está terminando de hacer las maletas, mi lord.

—Bien. John ya ha salido a inspeccionar el carruaje que nos ha conseguido el buen doctor.

—Mis disculpas, mi lord, no es tan lujoso como su carro inglés —dijo el doctor Sireuil—, sin embargo, debería llevarlos a Saint-Brieuc y atraer poca atención. Con la luna y el cielo despejado podrán viajar durante la noche. Le he dado a Wilson instrucciones sobre la mejor ruta a seguir y le he escrito una carta de presentación para que se la entregue a Jean-Paul Diot cuando lleguen a Saint-Brieuc. —Le tendió la carta al marqués, quien levantó la mano.

—Tal vez, señor, debería dársela a mi esposa. Ella se ha hecho cargo de esta aventura.

Rosamund se sonrojó, se rio y dio un paso adelante.

—Muy bien, mi lord, si insiste en hacerse el inválido...

El marqués extendió la mano y tomó la carta justo cuando ella levantaba la mano para cogerla.

—En ese caso, la aceptaré. —Sus ojos brillaron hacia ella—. Estoy cansado de hacer el papel de inválido, como descubrirá muy pronto, querida.

Su rubor se hizo más intenso y, murmurando que necesitaba hablar con su doncella, Rosamund se alejó rápidamente.

Por fin todo estaba listo. Una vez amarrado el equipaje al carruaje, lady Ullenwood se despidió afectuosamente del doctor, prometiendo escribirle tan pronto como estuvieran sanos y salvos en Inglaterra.

—Que Dios le dé buena suerte, señora —el médico le besó la mano—. Y a usted, mi lord. Sería mejor que no utilizara su título cuando viajara por Bretaña; en el clima actual su rango podría ser usado en su contra, incluso más que su nacionalidad.

Lord Ullenwood hizo una reverencia.

—Puede que tenga razón, señor. Debemos usar mi apellido. Seremos sencillamente el señor y la señora Malvern.

El viejo se rio entre dientes. —Nunca sencillo, mi lord. Nunca sencillo.

Con unas últimas palabras de agradecimiento, Elliot acompañó a Rosamund hasta el carruaje que esperaba. Davis subió al pescante con John, pero Meggie estaba apretujada junto a Rosamund y el marqués. Rosamund había insistido en que lord Ullenwood debería ocupar un asiento en la esquina, con su hombro herido apoyado sobre almohadas adicionales para protegerlo lo más posible de las sacudidas del carruaje.

—Es lo mejor que puedo hacer por usted —dijo Rosamund, siguiéndolo hasta el carruaje y ajustando las almohadas detrás de él—. Con Meggie sentada con nosotros será un apretón, señor. Lamento que no podamos hacerle sentir más cómodo.

—Me parece una situación ideal —sonrió, acercándola a su lado. Aplastada en el rincón más alejado, Meggie resopló y meneó la cabeza.

—No lo sé —murmuró para sí misma—, aquí estamos, atrapados en una tierra extranjera, dejando atrás todo lo que poseemos y ninguno de los dos está preocupado en lo más mínimo.

El marqués tomó la mano de Rosamund.

—Hemos perdido algunas bolsas, Meggie, eso es todo.

—¡Mmm! —dijo Meggie de nuevo—. Eso es lo que dijo mi señora.

Lord Ullenwood sonrió a su esposa.

—Cuando volvamos iremos a Bond Street y le compraré un ajuar digno de una esposa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Viajaron durante la noche con la luna llena sobre ellos en el cielo despejado, haciendo que el paisaje desconocido fuera aún más extraño al bañarlo todo en tonos de azul y negro. Rosamund intentó permanecer despierta, pero Elliot la rodeó con su brazo bueno e insistió en que se apoyara en él, con la cabeza apoyada en su hombro. Dormitó intermitentemente hasta que las primeras luces del amanecer anunciaron un día frío pero soleado.

Cuando se detuvieron para desayunar en una concurrida posada de carretera, el marqués sugirió que tomara un turno en la caja. La máscara impasible de su ayuda de cámara se deslizó por un momento.

—¡Dios mío, no, mi señor! Si me permite decirlo, con un solo brazo bueno no está en condiciones de conducir, y si tenemos problemas, dudo que pueda manejar la escopeta.

—Tiene razón, señor —dijo Rosamund, guiándolo al interior de la posada—. Davis es mucho más útil de lo que sería usted en la caja. Creo que John incluso condesciende en dejarle manejar las cintas en los tramos más tranquilos de la carretera.

—Una concesión en verdad —respondió el marqués—. Davis estará tan arraigado en su propia importancia que no tendrá ninguna relación con él.

Rosamund respondió del mismo modo, contenta de fomentar este humor más alegre. Sabía cuánto molestaba la enfermedad a su marido, pero el doctor Sireuil se ha esforzado en insistir en que debía descansar para que sus heridas sanaran adecuadamente. Estaba decidida a seguir sus instrucciones.

Otro día completo de viaje los dejó a todos exhaustos y Rosamund agradeció la carta de presentación del médico al alcalde de un pequeño pueblo en su ruta, que les aseguró alojamiento para pasar la noche. A pesar de que se le mostró todo el consuelo, Rosamund vio que lord Ullenwood parecía muy gris y demacrado cuando partieron de nuevo, y le indicó a John que mantuviera un paso constante y evitara sacudir al marqués más de lo necesario. El cochero se tocó el sombrero.

—Sí, señora, lo haré, pero estos caminos extranjeros destrozados están en tan mal estado que es casi imposible evitar todos los surcos.

—Bueno, sé que harás lo mejor que puedas.

Observó atentamente al marqués a medida que avanzaba el día, pero, aunque parecía pálido, no parecía empeorar. Se sintió agradecida cuando llegaron a Saint-Brieuc y encontraron habitaciones en una concurrida posada al borde de la carretera, donde lord Ullenwood se encontraba lo suficientemente bien como para llevar a cabo las negociaciones. Rosamund observaba ansiosamente, pero a su anfitrión sólo le interesaba saber que tenían los medios para pagar el viaje. Había visto demasiadas familias elegantes en circunstancias reducidas como para sentir curiosidad.

—El propietario nos está preparando habitaciones separadas, querida —dijo el marqués, acompañándola al interior de la posada y hasta una mesa vacía—. Parecía pensar que lo esperaríamos y no lo desilusioné.

Una camarera vestida de *paysanne* les trajo vino y, cuando se retiró, Rosamund se lo pensó mejor antes de pronunciar la protesta que subió a sus labios. La cercanía que habían desarrollado

durante su estancia con el doctor Sireuil se había desvanecido una vez que estuvieron de viaje. El marqués se había vuelto abatido y taciturno. Ella lo había atribuido al viaje agotador y a la frustración por su continua debilidad, pero le dolía su negativa a confiar en ella y su fría aceptación de una habitación separada sólo confirmó su creencia de que él quería poner fin a su matrimonio.

Dado que Rosamund había sido quien había sugerido una anulación, le parecía grosero que ahora se sintiera molesta por sus esfuerzos por protegerla, pero lo *hizo* y criticar a Meggie sólo aumentó su descontento.

Una mañana aburrida y húmeda no le reconfortó el ánimo, pero un mensaje de que el marqués llamaría para acompañarla escaleras abajo sí le hizo sonreír. Dejó que Meggie la peinara, se abotonó la chaqueta de su ajustado vestido de viaje y estaba lista para recibirlo cuando llamaron a la puerta. Cuando Meggie la abrió.

—Buenos días, señora. —El marqués hizo una reverencia, pero pareció no darse cuenta del grito ahogado de Rosamund—. He eliminado el cabestrillo, como puede ver.

Pudo ver que llevaba su chaqueta de conducir azul, pantalones de ante y botas altas y, a primera vista, no parecía tener ninguna herida. Sin embargo, cuando él entró en la habitación, notó que no movía el brazo izquierdo.

—¿Cómo logró ponerse el abrigo sobre las vendas? —le preguntó con recelo.

—Davis las reemplazó todas esta mañana; el brazo está mucho mejor y no requirió tanta venda. Y, afortunadamente, nunca quise que mis abrigos me quedaran tan ajustados que no pudiera vestirme sin mi ayuda de cámara, por eso la manga me quedaba bastante bien. Entonces, mi señora, ¿puedo acompañarla escaleras abajo?

—Sabe que, si me hubieran informado, no habría tolerado que se quitara el cabestrillo —comentó mientras tomaban asiento a la mesa.

El marqués se limitó a sonreír y esperó hasta que les sirvieran café y panecillos antes de responder.

—Tuve una tarea ardua para convencer a Davis de que me ayudara. Sabía que, si usted hubiera estado presente, habría resultado aún más difícil.

—Ya veo. —Jugó con su taza de café—. ¿Es por eso por lo que estaba tan contento de tener habitaciones separadas?

—En parte. —Él extendió la mano y tomó la de ella—. Ros, le prometí que no hablaríamos de nuestro matrimonio hasta que llegáramos a Inglaterra, pero hay algo que debo decirle. Confieso que he estado tentado en llevarle a mi cama una docena de veces y, si no hubiera resultado herido, es posible que ya lo hubiera hecho.

—Pero estuvimos juntos algunas semanas antes de que le dispararan —señaló, tratando de no parecer enojada.

Él se recostó. —Ah, sí. Me obligó usted a ello, señora.

—¿Lo hice? —ella lo miró dudosa.

—Sí. Cuando se lo ofrecí pensé que era un acuerdo muy práctico. Nos casaríamos, me daría un heredero y seguiríamos con nuestras propias vidas. Pero poco después de acordar el matrimonio, me dijo que desde la muerte de su abuelo yo era su único amigo. A partir de ese momento se volvió importante para mí hacerle feliz. Estaba decidido a no forzarle ni hacerle daño. —Su labio se curvó—. Así que ha resultado lo mejor; todavía es una doncella y debo asegurarme de que siga siéndolo. Que yo le tocara, aunque fuera una vez sería fatal para sus posibilidades de anulación y no le haría pasar por la ignominia de un divorcio.

—Oh —dijo en voz baja.

Él le apretó los dedos antes de soltarlos.

—Estas son circunstancias extraordinarias, Ros. No permitiría que hiciera nada de lo que pudiera arrepentirse una vez que volvamos a la sociedad.

—Oh —dijo de nuevo.

Tomó un sorbo de café, tratando de encontrarle sentido al torbellino de emociones que sus palabras habían conjurado en su interior. Su amabilidad la conmovió y, si había que creerle, entonces su tolerancia fue enteramente por ella. Cuando llegaron a Inglaterra, ella podría elegir si continuar o no con el matrimonio. Pero no serviría: no estaba más cerca de saber lo que *él* quería.

Levantó la vista y descubrió que él la estaba mirando. Su corazón se apretó al verlo, el cabello negro, liso como el ala de un cuervo, su hermoso rostro sonriéndole ahora con tanta calidez que se preguntó cómo alguna vez lo había considerado frío y arrogante. Él merecía mucho más de lo que ella podía darle; merecía hacer un matrimonio brillante, uno que complaciera a sus tías y trajera honor y fortuna a su familia.

—¿Qué sucede, Rosamund?

Ella tragó y sacudió la cabeza. Le costó hablar, pero logró tres palabras.

—Nada de importancia.

—Muy bien, discutamos nuestro próximo paso. Después de haber roto el ayuno, creo que deberíamos buscar a ese conocido de Sireuil, el señor Diot. ¿Vendrá conmigo?

—Por supuesto.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sus preguntas los llevaron a una botica donde presentaron la carta del médico al señor Diot, el propietario, y rápidamente los condujeron a la trastienda, donde los obligaron a tomar una copa de vino con la familia y les hicieron muchas preguntas sobre el doctor Sireuil y su hermana. Rosamund hizo todo lo posible por responder antes de que el boticario despidiera a su familia y le pidiera a lord Ullenwood que explicara su situación. Escuchó atentamente, asintiendo de vez en cuando. Cuando el marqués terminó de describir su huida de París, el señor Diot asintió.

—Bueno, señor Malvern, ya veo por qué mi viejo amigo le ha enviado a mí. Yo haré todos los arreglos, señor, pero llevará algunos días. Deben regresar a la posada y permanecer allí. Dígales que han venido a visitar la catedral. Creo que lleva el nombre de un santo galés.

Los acompañó hasta la puerta.

—Le enviaré un mensaje tan pronto como pueda.

Siguieron unos días tensos en espera de noticias. Ninguno de ellos podía ser fácil, pero Rosamund encontró cierto consuelo al saber que las heridas del marqués se estaban curando rápidamente, ahora que habían dejado de viajar. Por fin llegó la noticia y, en una tempestuosa mañana de primavera, partieron de Saint-Brieuc, cruzaron el río y se dirigieron al noroeste hacia la costa. El señor Diot los esperaba en el cruce, a las afueras de la ciudad. Estaba montado en un caballo de cola larga y abrió el camino a través de senderos sinuosos hasta una pequeña ensenada que contaba con algunos botes, media docena de casas y una pequeña posada en ruinas. Un hombre fornido y barbudo salió de la posada y tuvo una breve conversación con el señor Diot. Se llevó a cabo a gran velocidad y en un dialecto que Rosamund no pudo entender, pero cuando el boticario llevó al hombre al carruaje y lo presentó, se sintió aliviada de que su francés, aunque con mucho acento, fuera comprensible.

—Ahora Henri cuidará de ustedes. —El señor Diot recogió las riendas—. Adiós, señor, señora. Puede que sea necesario que se queden en la posada unas cuantas noches a la espera de cruzar, pero aquí estarán perfectamente seguros. —Se tocó el sombrero y con un último movimiento de cabeza se alejó, dejándolos seguir a Henri hasta la posada.

—¡Dios mío, oh, señor, nunca dijeron que navegaríamos en una de esas pequeñas bañeras! —exclamó Meggie, mirando horrorizada los pequeños barcos pesqueros amarrados a la orilla del agua.

—Navegaría en un barco de papel si eso me permitiera llegar a Inglaterra —declaró Rosamund. Pasaron junto a un grupo de pescaderas que limpiaban la pesca del día. Rosamund los escuchó reír y entendió lo suficiente de su discurso como para oírlos comentar que la corpulenta criada sería un buen lastre si el cruce fuera difícil. Rosamund pensó que sería mejor no traducirle esto a Meggie.

La posada contaba sólo con dos habitaciones, y el marqués insistió en que Meggie y Ros compartieran una mientras él ocupaba la otra con John y Davis. Vio el rostro escandalizado de Meggie y se echó a reír.

—Su doncella cree que soy irreproachable por compartir habitación con mis sirvientes —le dijo a Rosamund—. ¿Qué quiere que haga? ¿Ordenarles que duerman afuera?

—Por supuesto que no. Por favor, señor, no se burle de Meggie —replicó Rosamund,

intentando no sonreír—. Usted me acusó de mostrar tendencias revolucionarias: parece que usted también las comparte.

Le acarició la mejilla con un dedo descuidado.

—Me sorprende continuamente lo parecidos que somos.

La comida en la posada era sencilla, pero bien preparada y presentada por la esposa de Henri, quien le confió a Rosamund que en algún momento había sido ayudante de cocina en una de las grandes casas.

—¿Cuánto tiempo cree que tendremos que esperar para cruzar? —le preguntó lord Ullenwood cuando se sentaron a cenar la segunda noche. Estaban solos en la posada, pero aun así la mujer miró a su alrededor antes de responder.

—Estamos en manos de los dioses, señor. El barco debe esperar la marea y el viento, pero vendrá, ya lo verá.

La noche siguiente los despertó la noticia de que un lugre inglés estaba en el puerto.

—*Vite, vite* —siseó la posadera, entrando en la habitación de Rosamund y encendiendo la lámpara—. Está descargando ahora y le llevará de regreso con él.

La idea de estar de nuevo en Inglaterra actuó como un acicate para Rosamund y Meggie, quienes rápidamente bajaron a la taberna donde los demás estaban esperando. Su baúl fue atado con cuerdas y llevado al agua. Un rayo de luna se elevaba en lo alto del cielo, y Rosamund agradeció no tener que depender de la débil luz de la linterna de su guía para mostrarles el camino. Mientras caminaba con el marqués hacia el lugre se sorprendió al ver tantas figuras moviéndose en la oscuridad. Por un lado, los marineros y los aldeanos trabajaban para descargar barriles y paquetes que luego se colgaban a lomos de una hilera de ponis de carga, mientras que por el otro se cargaban más barriles en la cubierta. Henri se acercó a ellos, seguido de un gigante de anchos hombros.

—Éste es Branscombe, capitán del lugre —dijo, señalando con la cabeza al gigante, que dio un paso adelante y dijo con un marcado acento típico del oeste del país:

—Estamos a tope, señor. Pero usted y su grupo pueden subir a bordo, siempre y cuando no les importe pasar el viaje en cubierta. Sopla viento favorable, así que calculo que estaremos en Devon en unas ocho horas.

Meggie gimió en voz baja y Rosamund le estrechó la mano, deseando que fuera valiente. Ella guardó silencio mientras se llegaba a un acuerdo, subieron el baúl a bordo y muy pronto siguieron al capitán por las estrechas tablas que hacían de muelle y los ayudaron a subir al barco.

—Dios, mi señora, ¿es seguro? —susurró Meggie—. Parece tan pequeño para salir al mar.

Uno de los marineros escuchó y se volvió para darles una sonrisa desdentada.

—Dios mío —se rio entre dientes—. No se preocupe por el Halcón, señorita. Es un lugre de quince toneladas y con casi cien metros cuadrados de lona extendida, estará de regreso en poco tiempo.

El capitán Branscombe les mostró una zona de la cubierta donde se les aseguró que no serían molestados.

—En todos los demás lugares, mis muchachos necesitan trabajar con barriles, velas y aparejos, y no les pedirán permiso si se interponen en el camino.

John se sentó en un barril cercano y sacó su pipa.

—Entonces creo que sería mejor quedarnos quietos.

Los demás se acomodaron en cubierta, envueltos en sus gruesas capas de viaje. A su alrededor, la tripulación estaba ocupada cargando el resto del cargamento y haciendo preparativos para volver a hacerse a la mar.

—¡Por Dios! —Rosamund miró a su alrededor con los ojos muy abiertos—. ¿Todo esto puede ser contrabando?

El marqués se sentó a su lado.

—Indudablemente. Sospecho que nuestro excelente capitán es un librecambista.

—Qué emocionante.

Él rio. —Debería sorprenderse, señora.

—Es imposible para mí condenar a alguien que nos está ayudando. Además, siempre leemos en los periódicos que la mayor parte del té y del brandy que bebemos en Inglaterra nunca ha pagado impuestos. —Observó fascinada cómo se daban las señales para hacerse a la mar. Miró hacia atrás y observó cómo los diminutos puntos de luz de las linternas del puerto se hacían más pequeños. Al salir del refugio de la ensenada el viento arreció y el marqués sugirió que se sentaran en cubierta para que los toneles les dieran resguardo.

Al recordar su viaje de ida, a Rosamund le preocupaba que Meggie volviera a sufrir mareos, pero su doncella se apresuró a tranquilizarla.

—¡Vaya, mi señora! ¡Estoy tan cómoda sentada aquí en cubierta! Es muy diferente estar aquí arriba, en el aire, que estar en una cabina cerrada.

Davis también parecía estar sobreviviendo al viaje, sentado junto a John Wilson y sin mostrar signos de su enfermedad anterior.

El pequeño barco se puso en movimiento constante y cuando hubo suficiente luz para ver, la única vista en cualquier dirección era el agua gris y un cielo despejado. El capitán se acercó a ellos, balanceándose con el barco mientras caminaba.

—¿Está todo bien para usted y los suyos, señor Malvern? —Aceptó una pizca de rapé del marqués y se sentó a su lado, dispuesto a corresponder a esta señal de camaradería con una conversación.

Rosamund quedó fascinada y, mediante amables preguntas, convenció al hombre para que le contara algo sobre su oficio. El marqués, divertido, se recostó y se alegró de convertirse en observador.

—Bueno, esta noche tenemos un cargamento mixto a bordo, señora. Medias anillas del primo Jack... eso son barriles de brandy para usted, señora, y sedas y especias a salvo bajo cubierta.

—¿Y qué pasaría si le atraparan? —preguntó Rosamund.

El Capitán sonrió.

—Dios mío, señora, nos avisan mucho. Ningún cortador podría acercarse sigilosamente a un hombre aquí. No, si el cortador de ingresos aparece a la vista y lo persigue, entonces, simplemente sembramos la cosecha. Es decir, atamos las medias ancas, las cargamos con piedras y las tiramos por la borda.

—Pero ¿cómo sabría dónde los ha dejado? —preguntó Meggie mirando la interminable extensión de aguas grises.

—Hay mapas, señorita, que podemos marcar y luego volvemos tarde para recoger nuestra carga.

»Pero no podemos dejarlo mucho tiempo, porque si no el agua del mar entraría en los barriles y estropearía el brandy.

—Y cuando lleguen —dijo Rosamund, intrigada—. Seguramente hay más riesgo que el de

que le sorprendan.

—Sí, señora, pero tenemos vigías que nos dan el visto bueno si hay problemas. Por ejemplo, cuando estamos frente a la bahía, miramos hacia la cima del acantilado. Si vemos a un hombre montado en un caballo gris cabalgando hacia el sur por el acantilado, entonces sabremos que podremos llegar a salvo.

—¿Debería usted contarnos todo esto, capitán? —murmuró el marqués—. ¿Cree que se puede confiar en nosotros?

El gigante echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—Sólo le he dicho lo que los agentes de impuestos ya saben, señor. Y en cuanto al vigía, eso cambia en cada viaje, tanto que la información no servirá.

Con un movimiento de cabeza, el capitán se fue, todavía riendo.

Acurrucada detrás de los barriles y protegida del viento, Rosamund cerró los ojos y disfrutó del cálido sol en su rostro. De vez en cuando, a medida que avanzaba la mañana, el rocío tocaba su piel, pero no la molestaba y con sus compañeros durmió el resto de la travesía hasta que una palabra tranquila del marqués la hizo incorporarse. Estaban a la vista de la tierra; los escarpados acantilados y las verdes colinas de la costa de Devon estaban cada vez más cerca.

El marqués señaló.

—Creo que ese es nuestro destino —dijo—. Esa pequeña grieta en las colinas. Y allí, si no me equivoco, está el vigía.

Ella siguió su dedo extendido, mirando hacia la cima del acantilado. Se podía ver una figura diminuta, un jinete sobre un caballo gris, cabalgando a lo largo de la cresta.

—Se dirige al sur. Eso significa que está claro. —Se volvió hacia el marqués—. Estamos en casa, Elliot.

Él la rodeó con el brazo y la atrajo hacia él. Antes de que ella se diera cuenta, él la estaba besando. Era áspero y salado, la barba incipiente de todo el día en su barbilla le rozaba la cara, pero quería que continuara para siempre. Ella levantó la mano y pasó los dedos por su cabello oscuro. Finalmente, él la soltó, pero sólo para poder mirarla a la cara.

—Es la primera vez que utiliza mi nombre —murmuró.

—¿En realidad? No me di cuenta.

Él la abrazó.

—Espero que siga usándolo. Me gusta cómo suena en sus labios.

Los acantilados se elevaban ahora sobre ellos, el sol casi directamente arriba.

—Pensé que deberíamos llegar aquí en una noche sin luna —confesó Rosamund.

Davis se permitió una rara sonrisa.

—El capitán dice que estas playas remotas son bastante seguras, incluso de día.

Se dirigían hacia la estrecha franja de playa en la desembocadura de la ensenada, donde ya esperaba una recua de caballos de carga. El capitán llevó el lugre de quilla poco profunda directamente a la playa, dejando sólo unos pocos centímetros de agua por sortear. Los hombres se quitaron las botas y saltaron para vadear la orilla mientras Meggie era sometida a la indignidad de ser arrojada sobre el hombro del capitán para evitar mojar sus gruesas faldas. Rosamund se sometió al mismo trato y pronto se encontró en la playa, junto al marqués, un poco sonrojada, pero perfectamente serena.

El capitán les deseó buena suerte para el resto del viaje. Lord Ullenwood le entregó un bolso que se guardó en el bolsillo con una palabra de agradecimiento y un guiño, y agregó:

—Haré que uno de los muchachos del pueblo lo acompañe a la vicaría. El reverendo podrá

acogerle hasta que pueda conseguir un carruaje que le lleve de vuelta a Londres.

—Tal vez primero necesite encontrar un banquero —respondió el marqués—. Mis fondos disponibles están casi agotados.

—Bueno, una vez que el dinero esté de vuelta, deberíamos poder encontrar un carruaje y caballos decentes, mi lord —comentó John, sacando su pipa y llenándola de nuevo.

—¿Mi lord? —repitió el capitán, levantando una ceja inquisitiva.

—Marqués de Ullenwood, a su servicio, capitán. —Elliot hizo una reverencia—. Se consideró aconsejable no utilizar el título en Francia.

—No, muy cierto —murmuró el capitán, mirándolo fijamente por un momento antes de sonreír ampliamente—. ¡Maldita sea! Así que he tenido un verdadero marqués vivo a bordo. ¡Bueno, nunca me había pasado!

Se alejó, riendo entre dientes, y lord Ullenwood tomó a Rosamund del brazo y comenzó a seguir a un pilluelo harapiento hasta la vicaría, dejando que Meggie la siguiera con Davis y John, que estaban esperando a que aseguraran su baúl en un caballo de carga de repuesto.

No habían abandonado la playa cuando el marqués miró hacia atrás y vio que los demás estaban fuera del alcance del oído.

—Bueno, Ros, estoy demasiado impaciente para esperar más. Es hora de tomar algunas decisiones —afirmó—. Se ha convertido en una mujer tan administradora estas últimas semanas que no debería ser difícil para usted.

—¿Qué hay que decidir, mi lord?

—En París, señora, usted decidió que nuestro matrimonio era un error y debía ser anulado. Necesito saber si quiere que le lleve a Londres y llame a nuestros abogados, o si vamos directamente a Leverhill.

Ella tragó.

—¿Qué... qué *le* gustaría hacer, Elliot?

Él se detuvo y se volvió hacia ella, tomándole las manos. Sus pulgares rodearon la zona desnuda de piel entre el guante y la manga, enviando pequeñas ondas de choque por sus brazos y haciéndole aún más difícil quedarse quieta.

—Wiltshire está, por supuesto, más cerca.

Ante sus palabras, ella dio un suspiro exasperado y su agarre se apretó más.

—Perdóname. —Fijó sus ojos en algún punto por encima de su cabeza y dijo con cuidado—. Siempre fui un tipo solitario, Ros. Nunca he tenido la costumbre de dar explicaciones y no me resulta fácil compartir mis pensamientos con nadie. Es especialmente difícil ahora, cuando se trata de algo tan cercano a mi corazón. Nunca has visto Leverhill. Creo que te gustaría. Llegaremos demasiado tarde para ver las flores de primavera, pero las campanillas del bosque de la casa tienen un aspecto maravilloso. Mi padre hizo construir Leverhill para su esposa y siempre lo he considerado mi hogar. —Él bajó la mirada hacia ella—. Hemos tenido un mal comienzo, Ros. Me gustaría que volviéramos a empezar: esta vez será un verdadero matrimonio para los dos.

—Pero dijo que deberíamos seguir nuestro propio camino, mi lord —le recordó—. Iba a ser un matrimonio de conveniencia. Una elección lógica. Podría tener a sus amantes y yo...

Se detuvo cuando el agarre de sus manos se volvió doloroso.

—¡Al diablo con la lógica! —replicó salvajemente—. Fui un tonto al pensar en ello. Si vamos a continuar, señora, no habrá nadie más para ninguno de los dos. Te haré esta promesa, Rosamund, en el futuro no habrá ninguna amante en mi vida excepto tú.

Él se detuvo. Observó el músculo de su mejilla trabajando y quiso estirar la mano para

suavizar su mirada preocupada, decirle que entendía, pero que necesitaba que él le dijera lo que había en su corazón.

Continuó: —Me gustaría llevarte a casa conmigo ahora. Para amarte y respetarte, a partir de este día. ¿Qué dices, Ros?

Ella miró sus manos entrelazadas.

—Dijo que sólo un tonto buscaría la perfección, señor, pero ¿sería yo demasiado tonta al esperar que usted me amara?

—Que yo... bueno, ¡por supuesto que lo hago!

—Nunca me lo ha dicho.

Le puso los dedos bajo la barbilla y le inclinó la cara hacia él. —Mi querida Rosamund, te amo más que a la vida misma. ¡Te amo, si quieres saberlo, hasta el punto de la locura!

Ella parpadeó, pero esta vez las lágrimas no pudieron contenerse. Se derramaron sobre sus mejillas, incluso cuando su rostro estaba coronado de sonrisas.

—¡Oh, Elliot, mi amor, hacía mucho que quería que dijeras eso!

Él la besó.

—Bueno, entonces, señora, ¿qué será? Haz tu elección.

—A Leverhill, por favor. —Con un suspiro feliz, se apoyó contra él—. Llévame a casa, Elliot.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Lord y lady Ullenwood regresaron a Ullenwood House en septiembre, a tiempo para la boda de la señora Tomlinson con sir James Ashby. Llegaron a Ullenwood House y encontraron a Arabella esperándolos. Cuando entraron al salón, ella corrió hacia ellos, charlando sin parar.

—Primo Elliot, ¡qué bien te ves! Y Rosamund, cariño, déjame mirarte. ¡Declaro que estás floreciendo positivamente! Hemos estado deseando verlos, porque, aunque tus cartas explicando cómo escapaste de Francia fueron fascinantes, querida, hay tantas cosas que quiero preguntarte, y no debes preocuparte en absoluto porque no conseguiste mi vestido llamativo, porque he encontrado aquí en la ciudad a la costurera francesa más maravillosa. Mi amor, ¿le darías crédito? Ah, y mamá se vio obligada a salir, pero dice que debo asegurarme de agradecerte que nos hayas permitido vivir en Ullenwood House hasta la boda. Está muy feliz de ser la anfitriona aquí, pero todo eso tendrá que cambiar ahora que has venido, por supuesto.

El marqués se acercó a sir James y le tendió la mano.

—Dios mío, Ashby, ¿realmente quieres casarte con un charlatán así?

—¿No es un encanto? —sir James sonrió—. Está emocionada, eso es todo. ¿Te sorprendió cuando supiste que estábamos comprometidos? Espero que no te opongas.

Lord Ullenwood extendió la mano.

—¿Haría alguna diferencia si me opusiera? Mi esposa adivinó en qué dirección soplabla el viento, así que estaba preparado. Felicidades, mi amigo.

Sir James le apretó la mano. —Gracias, Elliot. Pero dime, ¿cómo estás? Ahora, confío, completamente recuperado.

—Sí, mejor que nunca.

—¿Y cómo está lady Ullenwood? Espero que la mantengas ocupada. Bella me dijo que tu señora estaba decidida a encontrar una ocupación.

El marqués sonrió. —Ahora es mi mano derecha y entiende muy bien los negocios inmobiliarios. Lo cual es útil, ya que está decidida a que yo participe más activamente en política.

—¡Ya era hora! —Sir James asintió vigorosamente—. Te he estado instando a que lo hagas durante años.

—Bueno, parece que se cumplirá tu deseo. Debo abandonar mis costumbres hedonistas y convertirme en un ciudadano útil. Ros quiere apoyar a Wilberforce en su llamado a la abolición de la esclavitud y está interesada en que apoyemos el esfuerzo de guerra. Preveo que nos esperan unos años muy ocupados.

—Bueno, gracias a Dios que has tenido el verano en Leverhill para recuperarte. Por lo que supe de tu estancia en Francia creo que te lo merecías. El mensaje que me enviaste, de que Napoleón había decidido vender Luisiana y concentrarse en construir sus puertos occidentales, finalmente convenció al gobierno de actuar. Muy tarde, por supuesto, pero podría haber sido mucho peor.

—Así que estamos de nuevo en guerra y ante la inminente expectativa de una invasión.

—Sí, pero es mejor eso que ser tímido mientras Bonaparte se sale con la suya. Nos hemos adelantado a él, Elliot. Personalmente, no creo que Boney intente invadirnos ahora. Le disparamos las armas. Déjame servirte un poco de este excelente coñac, Elliot.

—Gracias —los labios de lord Ullenwood se torcieron—. Después de todo, es mío. Y

después de los acontecimientos de la primavera tengo un cariño especial por esto. Entonces, ¿cómo van los preparativos para su boda?

—Muy bien, amigo mío. Bella y su madre discuten todo con mi querida mamá: no me queda más que presentarme ese día.

—¿Y el baile de lady Ashby para celebrar sus próximas nupcias?

—Todo preparado para el viernes, tal como estaba previsto.

El marqués estudió su copa.

—Y en la lista de invitados, ¿has añadido mis sugerencias?

Sir James sonrió.

—Sí. Mamá estaba totalmente en contra, por supuesto, pero después de todo eres el héroe del momento y tus deseos deben ser cumplidos.

—Excelente. Entonces podremos disfrutar de una velada llena de acontecimientos.

Rosamund estaba sentada a su tocador cuando entró el marqués. Levantó la vista y se encontró con sus ojos en el espejo. Su corazón se hinchó de orgullo al verlo con su traje de noche negro, su chaleco blanco y sus ajustados pantalones hasta la rodilla que dejaban al descubierto sus musculosos muslos.

—¿Ya es hora de partir, mi lord? Te pido perdón, pensé...

—No, cálmate, Ros. Tienes un montón de tiempo. Vine a ver cómo te va. —Le puso las manos en los hombros y le sonrió en el espejo—. ¿Qué pasa, mi amor? ¿No deseas ir al baile de lady Ashby?

Ella suspiró.

—Bella es mi amiga más querida y sir James ha sido tu compañero más cercano desde que eran niños. Sabes que debemos asistir, es en su honor.

—Y quiero tener la oportunidad de presumir a mi nueva esposa. Aún no has asistido a un baile de sociedad, Ros. Quizás lo disfrutes.

Pensó en su última aparición pública en París y sus mejillas enrojecieron al recordarlo. Ella dejó caer la cabeza hacia un lado y apoyó la mejilla en su mano.

—Estoy segura de que lo haré, si estás a mi lado.

Él besó su cuello. —Querida mía, estaré contigo siempre. Ahora. Te he traído esto.

Ella tomó el delgado estuche de cuero y lo abrió con cuidado, jadeando cuando la luz brilló sobre los diamantes que descansaban sobre su cama de satén.

—Oh, Elliot, son hermosos.

Él levantó el collar y se lo abrochó alrededor del cuello.

—Las piedras de colores no estarían bien vistas, ya que todavía estás de luto, pero esta noche puedes usar este collar para mí, con los aretes a juego. Ahora levántate y déjame mirarte.

Ella se paró frente a él, sacudiendo las faldas de su vestido blanco y plateado.

—Bueno, ¿lo haré por ti, Elliot? No deseo decepcionarte.

Él cogió su chal con lentejuelas y se lo puso suavemente sobre los hombros.

—Estás magnífica, querida. Y no debes estar ansiosa. Estaré a tu lado durante toda la noche, te lo prometo.

Ashby House estaba en el extremo occidental de la capital, un edificio nuevo e impecable con altísimas columnas blancas en su impresionante entrada. Cuando llegó el carruaje de ciudad de Ullenwood, el amplio camino de entrada ya estaba abarrotado y les llevó varios minutos llegar a los escalones bajos donde unos lacayos con librea se adelantaron para abrir la puerta y ayudarles suavemente a apearse. Lady Ashby, sir James y Arabella estaban esperando en lo alto

de la gran escalera y, cuando Rosamund se acercó, lady Ashby le tendió las manos llenas de anillos.

—Así que eres la nueva esposa de Elliot. Por fin nos conocemos. ¿Cómo estás, querida? ¡Qué aventuras las que has tenido! James me lo ha contado todo. No es que tuviera que hacerlo, porque lo sabe toda la ciudad, ¿sabes? Creo que Elliot y tú serán muy festejados esta noche. — Apenas esperó la tímida respuesta de Rosamund antes de decir—: Pero supongo que no debo retenerte para mí. Ahora ve y habla con Arabella.

Cuando Rosamund se alejó, lady Ashby se volvió hacia lord Ullenwood.

—Bueno, Elliot. No es de extrañar que parezcas tan satisfecho contigo mismo. Tu esposa es adorable.

—Gracias señora.

—¿Y tus tías lo aprueban?

—Lo hacen, mi lady. Llevé a lady Ullenwood a visitarlas a cada una durante el verano.

Ella le dio unos golpecitos en el brazo. —¡Cómo si te importara mucho si desaprobaban tu elección!

—Es cierto, pero a mi esposa le importaría, así que me alegra que les guste.

—Mmm, parece tenerle mucho cariño a tu esposa, lo que hace aún más desconcertante que me pidieras que agregara *a esa mujer* a mi lista de invitados. Pero bueno, todo el mundo estará aquí esta noche, así que dudo que siquiera nos fijemos en ella.

Él sonrió. —Oh, creo que lo haremos, señora. Espero que todos se fijen en ella.

El marqués fue por su esposa y la acompañó por las habitaciones. Dondequiera que iban, Rosamund encontraba gente que quería que se la presentaran y le hablaran de su huida de Francia. Elliot cumplió su palabra y permaneció a su lado, y poco a poco Rosamund empezó a relajarse y disfrutar. Se negó a bailar, excusándose con que todavía estaba de luto, pero estaba feliz de estar junto a su marido, observando a James y Arabella dirigir el baile.

—No sabrías que se rompió tan gravemente la pierna el invierno pasado —se maravilló, mirándolo realizar una animada gavota con su prometida. La música se detuvo y ella se unió al cortés aplauso—. Me alegré mucho cuando Arabella me escribió para decirme que estaban comprometidos. Estoy segura...

Ella se interrumpió y miró al otro lado de la habitación. Se hizo el silencio y todos los ojos estaban fijos en una figura vestida de oro que estaba parada en la entrada. Ros era consciente de la sangre que le palpitaba en los oídos y, si no hubiera sido por el brazo de apoyo de su marido, pensó que sus piernas se habrían derrumbado debajo de ella. Ella lo miró.

—¿Elliot?

Le dio unas palmaditas en la mano. —Confía en mí, mi amor.

La señora Lythmore hizo una pausa, satisfecha con el efecto de su llegada tardía. Estaba magníficamente ataviada con un vestido de hilo dorado con un turbante a juego y plumas doradas. Le había costado una buena cantidad, pero pensó que valía la pena invertir en un vestido nuevo para el baile de lady Ashby. Las invitaciones no habían sido tan abundantes últimamente, pero al regresar a la ciudad después de pasar el verano con Harry Granthorpe en su finca de Sussex, se encontró con la tarjeta con bordes dorados de lady Ashby esperándola. Nunca le habían abierto las puertas de Ashby House, pero sir James siempre había estado muy cerca del marqués de Ullenwood: esto sólo podía significar una cosa. Elliot se había cansado de su pequeña ingenua y quería recuperarla.

Ahora, al contemplar el silencioso salón de baile y los rostros sorprendidos, sintió un momento de triunfo. Por supuesto, estaba de boga llegar tarde, y ella siempre había estado a la última moda. Ignoró las frías miradas de sir James y su futura esposa y se dirigió hacia el marqués. Apenas notó la pequeña figura pálida a su lado. ¿Por qué debería hacerlo? Después de todo, ella era una nulidad.

Barbara Lythmore hizo una reverencia a su anfitriona, quien le hizo un leve gesto de asentimiento y luego pasó al marqués.

—Buenas noches, mi lord.

—Me preguntaba si tendría la temeridad de asistir. —El tono de lord Ullenwood era frío y deliberadamente se alejó de ella para decirle a su esposa—: Ven, mi amor. Creo que hace más fresco en la terraza. Déjame ir a buscarte el chal.

El desaire fue inconfundible. Los ojos de la señora Lythmore ardieron de furia, pero mantuvo su sonrisa y se volvió hacia los demás invitados. En todos los sentidos que ella se movía, le daban la espalda, negándose incluso a reconocer su presencia. Sólo sir James y su prometida, la pequeña Bella Tomlinson, permanecían frente a ella.

—Debería saber, señora —dijo sir James, su voz resonando claramente por toda la habitación—, que sus hazañas en Francia se han vuelto legendarias mientras estuvo fuera de la ciudad. Oh, no culpe a Ullenwood —continuó mientras ella lanzaba una mirada fulminante hacia el marqués, de pie con su esposa en la terraza—. Fue el embajador quien nos informó de su... mmm, posición *privilegiada* ante Bonaparte y sus ministros. Semejante noticia es bastante escandalosa, señora, pero poner información en contra de su propia gente es imperdonable.

—Sí —murmuró alguien cerca—. Vergonzoso.

—Pero no hice nada, ¡es mentira! —gritó desesperadamente.

Una figura se adelantó entre la multitud y se encontró frente a lord Whitworth.

—Un embajador debe tener necesariamente muchos contactos —dijo lentamente—. ¿Creía que no descubriría quién había denunciado a un inglés leal y a su esposa?

Los murmullos iban en aumento. Los murmullos de «vergüenza» y «traidora» se hicieron más fuertes.

Lord Whitworth continuó. —Su señoría me ha informado que no desea continuar con el asunto, lo cual, dadas las circunstancias, es muy generoso de su parte. Sin embargo, quizá le convenga alejarse de la ciudad por un tiempo. —Y añadió con mucho énfasis—: Durante *mucho* tiempo.

La señora Lythmore miró a su alrededor, buscando entre la multitud un rostro amistoso. No hubo ninguno; incluso Harry Granthorpe le dio la espalda. Con un grito de molestia, se recogió la falda y salió corriendo de la habitación.

A su partida siguió el silencio y luego un regreso gradual de la conversación. Lady Ashby ordenó a los músicos que tocaran y momentos después las parejas volvían a bailar. James y Arabella salieron para reunirse con Rosamund y su marido en la terraza.

—¿Lo viste todo? —preguntó Arabella.

—Sí. —Rosamund suspiró—. Me pareció bastante escalofriante.

Arabella miró hacia el salón de baile y sacudió la cabeza.

—Y ahora todo es como era. Casi como si nunca hubiera sucedido.

Rosamund miró al marqués.

—¿Planeaste esto, mi lord? Si es así, fue bastante reprensible.

—No, querida, no planeé esto exactamente. Digamos más bien que sugerí que la invitaran.

Sólo habría aparecido una mujer de un inmenso engreimiento.

—Casi lo siento por ella —murmuró Rosamund mientras sir James y Arabella se adentraban en los jardines a oscuras.

—No lo hagas. Ya es bastante malo que intentara hacerme daño, pero el trato que te dio exigía alguna retribución —dijo lord Ullenwood—. Creo que esto fue justo. Puede que ahora le resulte difícil persuadir a un hombre para que se convierta en su protector.

—Oh, no estaría muy segura —murmuró Rosamund—. Los mejores hombres pueden ser tan tontos por una cara bonita. La historia lo confirma: Helena de Troya, Dalila, lady Macbeth.

Él la tomó entre sus brazos. —¿Y nos muestra la historia que los hombres pueden enamorarse de sus propias esposas?

Sus ojos brillaron, pero respondió muy gravemente. —Decididamente no, mi lord.

Él la abrazó con más fuerza.

—Bueno, entonces, mimada —dijo, con sus ojos brillando amenazadoramente—, ¡creo que tendré que ser la excepción que confirme la regla!

*** Fin ***